

L A G U E R R A D E
J U G U R T A

C A Y O S A L U S T I O

EDITADO POR "EDICIONES LA CUEVA"

PRÓLOGO

Mi intento en esta traducción es que puedan los españoles, sin el socorro de la lengua latina, leer y entender sin tropiezo las obras de Cayo Salustio Crispo. Su hermosura, su gracia y perfección han dado en todos tiempos que admirar a los sabios, los cuales a una voz le han declarado por el príncipe de los historiadores romanos. Ninguno de ellos es tan grave y sublime en las sentencias: tan noble, tan numeroso, tan breve y, al mismo tiempo, tan claro en la expresión. En él tienen las palabras todo el vigor y fuerza que se les puede dar, y en su boca parece que significan más que en la de otros escritores: tan justa es la colocación y tan propio el uso que hace de ellas. Aun por esto, son casi inimitables sus primores, y no es menos difícil conservarlos en una traducción. Pero si en algún idioma puede hacerse,

es en el español. A la verdad nuestra lengua, por su gravedad y nervio, es capaz de explicar con decoro y energía los más grandes pensamientos. Es rica, armoniosa y dulce; se acomoda sin violencia al giro de frases y palabras de la latina; admite su brevedad y concisión, y se acerca más a ella que otra alguna de las vulgares. Bien conocieron esto los sabios extranjeros que juzgaron desapasionadamente; y aun hubo entre ellos quien la vindicó de cierta hinchazón y fasto, que algunos le han querido injustamente atribuir. Por otra parte, los genios españoles aman de suyo lo sublime y no se contentan con la mediocridad, y así nuestros escritores de mayor crédito se propusieron imitar a Salustio, con preferencia a César, Nepote, Livio y demás historiadores latinos; como se echa de ver en don Diego de Mendoza, Juan de Mariana, don Carlos Coloma, don Antonio Solís y otros. Pedro Chacón y Jerónimo Zurita le ilustraron con eruditas notas. Y cuando todavía los griegos no habían renovado en el Occidente el buen gusto de la literatura, ya entre nosotros Vasco de Guzmán, a ruego del célebre Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, había hecho la traducción española de este autor, que se halla manuscrita en la Real Biblioteca de El Escorial, obra verdaderamente

grande para aquellos tiempos y de que no tuvo noticia don Nicolás Antonio. De ella descende la que en el año 1529 publicó el maestro Francisco Vidal y Noya, el cual, especialmente en el Jugurta, apenas hizo otra cosa que copiar a este autor, aunque no le nombra. Otra hizo Manuel Sueiro, que se imprimió en Amberes en el año 1615. Y es bien de notar la estimación con que se recibieron en España estas traducciones, pues la del maestro Vidal y Noya, o bien se llame de Vasco de Guzmán, se imprimió tres veces en poco más de treinta años. La desgracia es que ninguna de ellas se hiciese en el tiempo en que floreció más nuestra literatura y en que, por la misma razón, se cultivó también la lengua con mayor cuidado. Realmente todas desmerecen cotejadas con el original y distan mucho de aquel decir nervioso y preciso que caracteriza al autor. Esto me ha movido a emprender de nuevo el mismo trabajo, y a experimentar si podría hacerse una traducción más digna de la lengua española y que se acercase más a la grandeza del escritor romano. Para ello, en cuanto al estilo y frases, me he propuesto seguir las huellas de nuestros escritores del siglo XVI, reconocidos generalmente por maestros de la lengua; y evitar con la atención posible las expresiones y vocablos de

otros idiomas, que muchos usan sin necesidad, no debiendo esto hacerse sino cuando en español no se halla su equivalente, o no puede explicarse con propiedad y energía lo que se intenta declarar. Tal vez porque huyo este escollo, habrá quien diga que doy en el opuesto, y que en mi traducción uso afectadamente de alguna voz española ya anticuada. Si se creyese afectación, la misma notaron muchos en Salustio respecto de las voces latinas. Y ojalá que con esto abriera yo camino a nuestros escritores, amantes de la riqueza y propiedad de su lengua, para que hiciesen lo mismo y poco a poco le restituyesen aquella su nobleza y majestad que tuvo en sus mejores tiempos. No puede verse sin dolor que se dejen cada día de usar en España muchas palabras propias, enérgicas, sonoras y de una gravedad inimitable, y que se admitan en su lugar otras, que ni por su origen, ni por la analogía, ni por la fuerza, ni por el sonido, ni por el número son recomendables, ni tienen más gracia que la novedad.

Para mayor exactitud en la traducción, he procurado seguir, no sólo la letra, sino también el orden de las palabras y la economía y distribución de los períodos, dividiéndolos, como Salustio los divide, en cuanto lo permite el sentido de la oración y el

genio del idioma. De suerte que en muchos de ellos, si se cotejan, se hallará la misma estructura y los mismos apoyos y descansos con que se sostiene y suaviza la pronunciación

DE LA VIDA Y PRINCIPALES ESCRITOS DE SALUSTIO

(86-35 a. de J. C.)

A Cayo Salustio Crispo hicieron famoso su vida y sus escritos. La memoria de éstos durará cuanto durare el aprecio de las letras. Aquélla debiera pasarse en silencio y aun sepultarse en el olvido. Diré, sin embargo, brevemente que nació en el año 668, o en el 669 de Roma, en Amiterno, pueblo de los sabinos, en el mismo confín del Abruzo, no lejos de la ciudad de la Aquila, la cual, según Celario afirma, se engrandeció con sus ruinas. Fue de familia ilustre. De pequeño se aplicó a las letras, y trasladado a Roma y a los negocios del foro, se dejó arrastrar de la ambición, vicio que no se avergüenza de confesar, o porque era general o porque, según frase del mismo, se acerca más a la virtud. De edad de treinta y cuatro años, en el de 702 de Roma, obtuvo el tribunado de la plebe. En esta magistratura se hubo muy

mal; y en él y en los dos siguientes años dio motivo a que se le echase con ignominia del Senado. Favorecióle Julio César y le restituyó a su lugar y dignidad, honrándole después con la cuestura y pretura y últimamente, por los años 707 de Roma, con el gobierno de la Numidia, en cuyo empleo acabó de darse a conocer saqueando la provincia. Fastidiado de los negocios, quizá porque no le salían a su gusto, se resolvió a vivir privadamente el resto de su vida. Murió de cincuenta años (no de setenta, como Juan Clere afirma) si es cierto lo que también este autor, siguiendo la común opinión, dice que nació en el año 669 de Roma, en el tercer consulado de Lucio Cornelio Cina y Cneo Papirio Carbón, y que murió en el de 719, siendo cónsules Sexto Pompeyo y Sexto (o Lucio) Cornificio, cuatro años antes de la batalla Acciaca.

En cuanto a sus obras hay varias opiniones acerca del tiempo en que las compuso. Juan Clere sospecha, que así el Catilina como el Jugurta se escribieron poco después de haber Salustio obtenido el tribunado. Pero sus conjeturas de haber vivido entonces Salustio apartado de los negocios y de no ser enemigo de Cicerón, son muy endebles. Porque también después del gobierno de la Numidia vivió

retirado, y en los últimos años de su vida en que pudo escribir sus obras, habría ya cesado la enemistad con Cicerón, puesto que éste había muerto algunos años antes, en el de 711 de Roma. Fuera de que, con lo que el mismo Clere añade: no ser aquellos escritos de un hombre de pocos años, destruye sus conjeturas, porque acababa de decir que Salustio nació en el 669 de Roma y, según esta cuenta, en el de 702 tendría poco más de treinta y tres años.

Soy de parecer que ambas obras se escribieron después de la muerte de Julio César o de los idus de marzo del año 710 de Roma. Del Catilina lo da a entender claramente el mismo Salustio en la comparación que hace entre César y Catón. Hubo -dice- en mi tiempo dos varones; y no hablaría de este modo si entonces viviera Julio César. Siendo, pues, constante que el Catilina se escribió antes que el Jugurta, lo que además del general consentimiento de los doctos, se reconoce por el exordio del mismo Catilina, donde se muestra que éste fue el primer ensayo de sus escritos, en las palabras: vuelto a mi primer estudio, de que la ambición me había distraído, determiné escribir la Historia del pueblo romano, se convence que también el Jugurta fue posterior a la muerte de Julio César.

Pero yo añado que esta última obra tardó aún algunos años en escribirse, y que lo indica bastante Salustio, cuando en su exordio, después de haber dicho: los magistrados y gobiernos, y en una palabra, todos los empleos de la república son, en mi juicio, en este tiempo muy poco apetecibles, prosigue hablando de esta suerte contra los que atribuían su retiro o flojedad y desidia: los cuales si reflexionan, lo primero, en qué tiempos obtuve yo empleos públicos y qué sujetos competidores míos no los pudieron alcanzar; y además de esto, qué clases de gentes han llegado después a la dignidad de senadores, reconocerán sin duda que no fue pereza la que me hizo mudar de propósito, sino justa razón que para ello tuve. Porque las palabras en este tiempo, en qué tiempos obtuve yo y qué clases de gentes han llegado después, etc., manifiestan que había pasado mucho tiempo desde que Salustio obtuvo empleos, esto es, desde los últimos años de Julio César hasta que trabajó esta obra.

Aún más claro en el mismo exordio. Habiendo dicho que los que obtienen con fraudes los empleos de la república, no por eso son mejores, o viven más seguros, prosigue así: El dominar un ciudadano a su patria y a los suyos y obligarles con la fuerza,

aun cuando se llegue a conseguir y se corrijan los abusos, siempre es cosa dura y arriesgada, por traer consigo todas las mudanzas de gobierno: muertes, destierros y otros desórdenes; y por el contrario, empeñarse en ello vanamente y sin más fruto que malquistarse a costa de fatigas, es la mayor locura, si ya no es que haga quien, poseído de un infame y pernicioso capricho, quiera el mando para hacer un presente de su libertad y de su honor a cuatro poderosos. Donde, en mi juicio, señala Salustio como con el dedo la mudanza de la república en monarquía en las palabras: todas las mudanzas de gobierno; la muerte de César y las proscripciones que con ese motivo hubo en las inmediatas: muertes, destierros y otros desórdenes; la temeridad y locura de Bruto y Casio, que prometiéndose restituir la libertad a Roma con el asesinato de Julio César, no hicieron más que poner el gobierno en manos de los triunviros, en lo que sigue: es la mayor locura, y hacer un presente de su libertad y de su honor a cuatro poderosos. Y esto prueba bien que Salustio escribió el Jugurta cuando estaba en su auge el triunvirato, esto es, años después del 711 de Roma. No pudo Salustio hablar en otro tono de César, a fuer de agradecido; ni nombrarle no declarar a los triunvi-

ros, porque había en ello riesgo, y así se contentó con darlo a entender por estos rodeos.

La misma serie del Jugurta manifiesta que Salustio no acabó de perfeccionarlo, porque su última mitad está defectuosa en varias partes. No nombra la ciudad que se tomó por la industria y valor del ligur; ni el alcázar real, a cuya conquista fue Mario cuando llegaron los embajadores de Boco al campo de los romanos; y aun la prisión y entrega de Jugurta a Mario y el triunfo de éste lo cuenta con la mayor frialdad, como quien solamente apunta y, por decirlo así, toma los cabos de lo que se propone tratar con más extensión. Ni dice nada del paradero de Jugurta, que unos creen que murió de hambre y frío en un silo, otros que fue precipitado de la Roca Tarpeya y otros, con Paulo Orosio, que le fue dado garrote en la cárcel.

LA GUERRA DE JUGURTA

Sin causa alguna se quejan los hombres de que su naturaleza es flaca y de corta duración; y que se gobierna más por la suerte, que por su virtud. Porque si bien se mira, se hallará, por el contrario, que no hay en el mundo cosa mayor, ni más excelente; y que no le falta vigor ni tiempo, sí sólo aplicación e industria. Es, pues, la guía y el gobierno entero de nuestra vida el ánimo, el cual, si se encamina a la gloria por el sendero de la virtud, harto eficaz, ilustre y poderoso es por sí mismo; no necesita de la fortuna, la cual no puede dar ni quitar a nadie bondad, industria, ni otras virtudes. Pero si, esclavo de sus pasiones, se abandona a la ociosidad y a los deleites perniciosos, a poco que se engolfa en ellos y por su entorpecimiento se reconoce ya sin fuerzas, sin tiempo y sin facultades para nada, se acusa de

flaca a la naturaleza, y atribuyen los hombres a sus negocios y ocupación la culpa que ellos tienen. Y a la verdad, si tanto esmero pusiesen en las cosas útiles, como ponen en procurar las que no les tocan, ni pueden serles de provecho, y aun aquellas que les son muy perjudiciales, no serían ellos los gobernados, sino antes bien gobernarían los humanos acacimientos, y llegarían a tal punto de grandeza, que, en vez de mortales que son, se harían inmortales por su fama.

Porque como la naturaleza humana es compuesta de cuerpo y alma, así todas nuestras cosas e inclinaciones siguen unas el cuerpo y otras el ánimo. La hermosura, pues, las grandes riquezas, las fuerzas del cuerpo y demás cosas de esta clase pasan brevemente; pero las esclarecidas obras del ingenio son tan inmortales como el alma. Asimismo, los bienes del cuerpo y de fortuna, como tuvieron principio, tienen su término; y cuanto nace y se aumenta llega con el tiempo a envejecer y muere; el ánimo es incorruptible, eterno, el que gobierna al género humano, el que lo mueve y lo abraza todo, sin estar sujeto a nadie. Por esto es más de admirar la depravación de aquellos que, entregados a los placeres del cuerpo, pasan su vida entre los regalos y el ocio, dejando

que el ingenio, que es la mejor y más noble porción de nuestra naturaleza, se entorpezca con la desidia y falta de cultura; y más habiendo, como hay, tantas y tan varias ocupaciones propias del ánimo, con las cuales se adquiere suma honra.

Pero entre éstas los magistrados y gobiernos, y en una palabra, todos los empleos de la república son en mi juicio en este tiempo muy poco apetecibles, porque ni para ellos se atiende al mérito, y los que destituidos de él los consiguen por medio de fraudes, no son por eso mejores ni viven más seguros. Por otra parte, el dominar un ciudadano a su patria y a los suyos y obligarles con la fuerza, aun cuando se llegue a conseguir y se corrijan los abusos, siempre es cosa dura y arriesgada, por traer consigo todas las mudanzas de gobierno muertas, destierros y otros desórdenes; y, por el contrario, empeñarse en ello vanamente y sin más fruto que malquitarse a costa de fatigas, es la mayor locura; si ya no es que haya quien, poseído de un infame y pernicioso capricho, quiera el mando para hacer un presente de su libertad y de su honor a cuatro poderosos.

Entre las ocupaciones, pues, propias del ingenio, una de las que traen mayor utilidad es la histo-

ria; de cuya excelencia, porque han escrito muchos, me parece ocioso que yo hable, y también porque no piense alguno que ensalzando yo un estudio de mi profesión, quiero de camino vanamente alabarme. Aun sin esto, creo que habrá algunos que, porque he resuelto vivir apartado de la república, llamen inacción a este tan grande y tan útil trabajo mío; y éstos serán sin duda los que tienen por obra de

plebe y captar su benevolencia a fuerza de convites; los cuales, si reflexionan, lo primero en qué tiempos

dores míos no los pudieron alcanzar, y además de esto, qué clases de gentes han llegado después a la
dores, reconocerán sin duda, que no fue pereza la que me hizo mudar de propósito,

como quieren llamarme, soy de más provecho a la república, que ellos ocupados. Porque muchas veces

Publio Scipión y otros

i-

les inflamaba vehementísimamente el ánimo para la

e-

e-

moria de sus hechos se avivaba en los ánimos de aquellos grandes hombres una llama, que nunca se apagaba hasta igualar con la propia virtud su reputación y gloria. Pero al contrario, ¿quién habrá hoy tan moderado que no exceda a sus antepasados en gastos y riquezas, o que pueda competir con ellos en bondad e industria? Hasta los hombres nuevos y advenedizos que en otro tiempo solían granjearse anticipadamente el grado de nobles a costa de su valor, aspiran hoy a los magistrados y honores, más por vías ocultas y latrocinios que por buenos medios, como si la pretura, el consulado y demás empleos de esta clase fuesen por sí ilustres y magníficos, y no deban solamente estimarse a proporción del mérito del que los obtiene. Pero yo tal mirar con displicencia y tedio las costumbres de nuestra ciudad, he sido algo libre y me he internado en esto más de lo que debiera. Acercándome ahora a mi propósito.

Voy a escribir la guerra que el pueblo romano tuvo con Jugurta, rey de los númidas, ya porque fue grande y sangrienta y la victoria anduvo varia, ya porque entonces fue la primera vez que la plebe romana se opuso abiertamente al poder de la nobleza, cuya contienda trastornó y confundió todo lo sagra-

do y lo profano, llegando a tal extremo de furor, que no se acabaron las discordias civiles sino con la

o-
ción, pienso tomar desde el princ-
pio algunas cosas, a fin de que mejor y más
rir. En la
segunda guerra con los cartagineses en que su ge-

del nombre romano, debilitó en gran manera las
Masinisa númeridas, con
quien Scipión, llamado después por su valor
el Africano, había trabado alianza, hizo muchas y

después de vencidos los cartagineses y de haber he-
cho prisionero a n-

en premio todas las ciudades y territorios que con

Masinisa nos fue constantemente honrosa y útil, ni se acabó sino con su imperio y con su vida. Des-

Micipsa obtuvo solo el reino,
habiendo Gulusa, sus hermanos,
muerto de enfermedad.

Aderbal y Hiempsal, y además de esto crió en su
Jugurta (hijo de su her

mano Manastabal), al cual Masinisa, porque no era legítimo, había privado de su herencia.

Este, luego que llegó a los años de la mocedad, como era esforzado, de bella presencia y especialmente de un claro y despejado ingenio, no se dejó corromper de la ociosidad y el lujo, sino antes bien, según la costumbre de aquella gente, se ejercitaba en montar a caballo, en tirar el dardo, en correr con sus iguales, disputándoles la ventaja; y siendo así que sobrepujaba en reputación a todos, no era por eso menos bienquisto de ellos. Ocupaba además de esto lo más del tiempo en la caza, hería si podía el primero o entre los primeros a los leones y otras fieras, y ejecutando mucho, hablaba con gran moderación de sí. De estas cosas Micipsa, aunque en los principios se alegraba, con la esperanza de que el valor de Jugurta podría algún día contribuir a la gloria de su reino, después que reflexionó que el mancebo se iba ganando más y más crédito en la flor de su edad, siendo tan avanzada la suya y tan tierna la de sus hijos, inquieto sumamente con este pensamiento, daba mil vueltas en su interior. Poníale miedo la condición humana de suyo ambiciosa de mando y nada detenida en cumplir sus deseos, y asimismo la favorable ocasión de su edad y la de sus hijos, capaz

éxito, aun a espíritus menos elevados. Añadíase a
 n-úmidas tenían a J -
 gurta; todo lo que hacía temer mucho a
 si se resolvía a matarle con engaños, podría nacer de
 ahí alguna guerra o sed ción.

Entre estas dificultades, viendo que ni por vía
 un hombre tan bienquisto del pueblo, y por otra
 parte, cuán valiente era o-
 n-

enviar Micipsa al pueblo romano socorros de i -
 fantería y caballería para la guerra de
 eligió por comandante de los n-úmidas que destinaba
 a-
 e-
 cería. Pero la cosa sucedió

Jugurta era de ingenio pronto y perspicaz, luego que
 Publio Scipión, que era ento -
 ces el general de los romanos, y la costumbre de
 cuidado y, además de e
 suma modestia, y muchas veces saliendo al encuen

tro a los peligros, llegó muy en breve a hacerse tan ilustre, que los nuestros le amaban sumamente y no menos le temían los numantinos. Y a la verdad juntaba en sí Jugurta el ser ardiente en las batallas y maduro en las deliberaciones, cosa en sumo grado difícil, porque el conocimiento de los riesgos suele engendrar temor y la intrepidez temeridad. El general, pues, para casi todos los casos arduos se valía de Jugurta, le trataba familiarmente y cada día le insinuaba más en su amistad, viendo que ningún consejo ni empresa suya salía vana. Llegábase a esto su liberalidad y la destreza de su ingenio, con las cuales prendas se había granjeado la amistad de muchos de los romanos.

Había en aquel tiempo en nuestro ejército varios sujetos (de poca cuenta y también nobles) que anteponían las riquezas a lo bueno y honesto; gente de partido y de autoridad en Roma, famosos por eso entre los confederados, más que por su virtud. Estos inflamaban el ánimo elevado de Jugurta, prometiéndole que si llegaba a faltar Micipsa, sería su único sucesor en el imperio de Numidia, así por su gran valor como porque en Roma todo se vendía. Pero después que, destruida Numancia, Publio Scipión resolvió despedir las tropas auxiliares y volver-

se a Roma, habiendo regalado y elogiado magníficamente a Jugurta en presencia de todos, le separó y llevó a su tienda y allí le advirtió secretamente «que no cultivase la amistad del pueblo romano por medio de particulares, sino en cuerpo, ni se acostumbrase a regalar privadamente a alguno, que no sin riesgo se compraba a pocos lo que era de muchos, y que si proseguía obrando bien, como hasta entonces, la gloria y el reino de suyo se le vendrían a las manos; pero que si se apresuraba demasiado, sus mismas riquezas le precipitarían.

Habiéndole hablado de esta suerte, le despidió con una carta suya para Micipsa, cuyo contenido era éste: Tu Jugurta en la guerra de Numancia se ha portado con un valor incomparable, cuya noticia no dudo que te será muy grata. Yo le estimo por su merecimiento y haré cuanto pueda porque le estime también el Senado y pueblo romano. Doite el parabién de ello por la amistad que te profeso. Tienes por cierto en el un varón digno de ti y de su abuelo Masinisa. El rey, pues, viendo confirmado por la carta de Scipión cuanto por noticias había entendido de Jugurta, conmovido en su interior ya por el mérito, ya especialmente por la gallardía del joven, dobló al fin su ánimo y tentó si le vencería a fuerza

de beneficios, y así le adoptó desde luego y le declaró heredero en su testamento, igualmente que a sus hijos. De allí a pocos años Micipsa, agobiado de la vejez y achaques, reconociendo que se le acercaba el término de su vida, dicen que, en presencia de sus amigos y parientes y de sus hijos Aderbal y Hiempsal, habló a Jugurta de esta suerte:

«Pequeño eras tú, Jugurta, cuando, muerto tu padre y viéndote pobre y sin esperanza alguna, te recogí en mi casa, juzgando que, a ley de agradecido, no me amarías menos que si te hubiese yo engendrado. Ni me engañé en esto, porque, dejando aparte otras grandes y excelentes prendas que te adornan, recientemente en tu vuelta de Numancia me has colmado a mí y a mi reino de gloria; con tu valor nos has estrechado más en la amistad de los romanos, renovaste en España la memoria de nuestra familia y, en fin, lo que es para los hombres más difícil de lograr: venciste a la envidia con tu fama. Ahora, pues, que la naturaleza va poniendo término a mi vida, te exhorto y conjuro por esta mi diestra y por la fidelidad que al reino debes, que ames mucho a éstos, que por su linaje te son parientes y por mi beneficio hermanos, y que no quieras más agregarte extraños que conservar a los que te son cercanos

por la sangre. Advierte que no son los ejércitos ni los tesoros la seguridad de un reino, sino los amigos, los cuales ni se ganan por las armas ni se compran con el oro: la buena fe y el obsequio los produce. ¿Quién, pues, más amigo que un hermano para otro? ¿O a quién hallará fiel entre los extraños el que fuese infiel a los suyos? Entrégocis, pues, un reino firme, si hubiere unión entre vosotros; pero débil si llegáis a desaveniros, porque con la concordia se engrandecen los pequeños estados; la discordia destruye aun los mayores. Pero tú, ¡oh, Jugurta!, pues te aventajas, a éstos en edad y prudencia, conviene que seas el primero en procurar que no suceda de otro modo, porque en toda contienda el que es más fuerte, parece que sólo esto a la primera vista, que es el agresor, aunque en la realidad sea el injuriado. Vosotros también, ¡oh Aderbal y Hiempsall!, respetad y no perdáis de vista a este varón insigne: imitad su virtud y haced cuanto podáis para que no se diga de mí que he prohiado mejores hijos que he engendrado.

Jugurta entonces, aunque conocía bien el artificio de aquel razonamiento y estaba muy lejos de pensar de aquel modo, se acomodó al tiempo y respondió al rey benigna y cortésmente. Muere de allí a

pocos días Micipsa, y después de haberle hecho magníficamente las exequias, según la real costumbre, se juntaron los pequeños reyes a tratar entre sí de los negocios. Pero Hiempsal, el menor de los hermanos (que era de condición feroz y ya de antemano despreciaba a Jugurta por la desigualdad de su nacimiento por la línea materna), se sentó inmediato y a la mano derecha de Aderbal, para que de esa suerte no pudiese Jugurta ocupar el medio, lo que también entre los númeridas se tiene por honor, y aun después de haberte su hermano importunado para que cediese a la mayor edad de Jugurta y se pasase al otro lado, con dificultad lo pudo conseguir. Tratando, pues, los tres largamente en aquella punta de la administración del reino, Jugurta entre otras cosas propuso, que convendría anular todas las deliberaciones y decretos hechos de cinco años hasta entonces, alegando que en ese tiempo Micipsa, por su edad decrepita, no había estado en su cabal juicio, Hiempsal, que oyó esto, dijo al instante que le placía, porque en los tres postreros años de Micipsa había él sido adoptado y llegado por ese medio al trono, cuya palabra hizo en el ánimo de Jugurta más impresión de lo que nadie puede imaginar. Así que, desde entonces, agitado del furor y del miedo, todo

era maquinar, prevenir y no pensar sino en trazas y engaños por donde haber a las manos a Hiempsal.

Pero viendo que esto iba largo y no pudiendo entretanto sosegar su ánimo feroz, determinó llevar de todos modos a efecto su pensamiento.

Habían los reyes en la primera junta que tuvieron, como se dijo antes, acordado para evitar discordias, que se dividiesen los tesoros y señalasen a cada uno los límites de su imperio, y así se prefijó término para uno y otro, pero más breve para la repartición del dinero. En el intermedio se fueron cada cual por su parte a las cercanías del sitio donde se guardaban los tesoros. Hallábase Hiempsal en el lugar de Tírmida, y estaba casualmente hospedado en casa de un vecino, que por haber sido lictor de los más allegados de Jugurta era muy estimado y bienquisto de él. A éste, pues (viendo Jugurta que tan favorablemente se le había presentado la suerte), le llenó de promesas y le indujo a que fuese a su casa con pretexto de dar una vista, y procurase falsear las llaves de su entrada, porque las verdaderas se entregaban por las noches a Hiempsal, asegurándole que él vendría en persona con buen número de gente cuando el caso lo pidiese. El númida hizo muy en breve lo que se le había mandado; y según la ins-

trucción que tenía, introdujo de noche en la casa a los soldados de Jugurta, los cuales, derramándose por lo interior de ella, buscan al rey por diversas partes, matan a los que hallan dormidos o se les resisten, registran los escondrijos más ocultos, fuerzan las puertas y lo confunden todo con el ruido y alboroto, cuando en este tiempo fue hallado Hiempsal, que procuraba ocultarse en la choza de una esclava, adonde se había retirado desde el principio, desparovido y sin saber dónde estaba. Los númidas presentan su cabeza a Jugurta, según la orden que tenían.

Divulgada en breve la noticia de tan atroz maldad por toda el África, se apoderó un gran miedo de Aderbal y de todos los antiguos vasallos de Micipsa. Divídense en dos bandos los númidas: el mayor número sigue a Aderbal, los más guerreros a Jugurta. Éste arma cuanta más gente puede, agrega a su imperio varias ciudades, unas por fuerza, otras que voluntariamente se le entregan, y en suma resuélvese a hacerse dueño de toda la Numidia. Por otra parte Aderbal, aunque habla enviado a Roma sus mensajeros para informar al Senado de la muerte de su hermano y del deplorable estado de sus cosas, con todo eso, confiado en el mayor número de tropas,

se apercibía para resistirlo con las armas; pero habiéndose dado batalla y siendo vencido en ella, tuvo que retirarse huyendo al África proconsular, desde donde pasó a Roma. Jugurta entonces, logrado ya su intento, y después que se vio dueño de toda la Numidia, comenzó en su inquietud a reflexionar sobre su hecho y a temer al pueblo romano, sin que hallase en cosa alguna remedio contra su justo enojo, sino en la avaricia de la nobleza y su dinero. Y así, dentro de pocos días envía sus mensajeros a Roma con gran copia de oro y plata y con encargo primeramente de regalar a manos llenas a los amigos antiguos, ganar después a otros y últimamente comprar a fuerza de dones a cuantos más pudiesen, sin detenerse en nada. Luego, pues, que llegaron los mensajeros y según el orden que tenían de su rey, regalaron espléndidamente a sus huéspedes y camaradas y a otros que en aquel tiempo tenían manejo en el Senado; se trocaron las cosas de tal suerte, que en un momento alcanzó Jugurta la gracia y el favor de la nobleza, que antes le aborrecía extremamente; hasta haber muchos, que inducidos por sus promesas o sus dones, visitaban uno a uno a los senadores y se empeñaban en que no se tomase resolución fuerte contra él. Ya, pues, que los mensajeros vieron

la cosa en buen estado, se señaló día de audiencia a las dos partes. Entonces, dicen, que habló Aderbal de esta suerte:

«Padres conscriptos: Micipsa, mi padre, al tiempo de morir me hizo saber que no me tuviese sino por administrador del reino de Numidia, porque el dominio y la propiedad de él eran vuestros. Encargóme también que en paz y en guerra procurase con todo empeño ser del mayor provecho que pudiese al pueblo romano, y que os tuviese en lugar de mis parientes y allegados, asegurándome que si así lo hacía, tendría en vuestra amistad ejército, riquezas y mi reino bien defendido. Cuando yo, pues, observaba cuidadosamente esta máxima, Jugurta, hombre el más malvado de cuantos tiene el mundo, despreciando vuestra autoridad, me echó de mi reino y me despojó de todos mis bienes, siendo, como soy, nieto de Masinisa y así por linaje, confederado y amigo del pueblo romano. Y a la verdad, padres conscriptos, ya que había yo de llegar a este extremo de infelicidad, más quisiera alegar servicios propios, que los de mis mayores, para implorar con mejor derecho vuestra ayuda, y especialmente ser en esta parte acreedor del pueblo romano, sin necesitar de su favor, y en caso de necesitarle, poderme valer de

él como de cosa debida. Pero como la inocencia no tiene bastante apoyo en sí misma, ni podía yo jamás pensar cuán malo había de ser Jugurta, por eso vengo a ampararme de vosotros, padres conscriptos, causándome dolor sumo seros antes de carga que de provecho. Otros reyes fueron admitidos a vuestra amistad después de vencidos en campaña, o a lo más solicitaron vuestra alianza cuando sus cosas corrían peligro; pero nuestra familia trabó amistad con el pueblo romano en tiempo de la guerra de Cartago, en que más era para apetecida su buena fe que su fortuna. No consintáis, pues, padres conscriptos, que siendo yo rama de esta familia y nieto de Masinisa, implore en vano vuestro socorro. Aunque no hubiese para esto más motivo que mi desgraciada suerte y el verme ahora pobre, desfigurado por mis trabajos y dependiente del favor ajeno, habiendo poco antes sido un rey por sangre, fama y riquezas poderoso; sería muy propio de la majestad del pueblo romano impedir que se me atropellase injustamente y no consentir que reino alguno se acrecentase por medios tan inicuos. Pero yo, además de esto, he sido echado de aquellas tierras que dio el pueblo romano a mis antepasados, y de las que mi padre y mi abuelo, juntamente con vosotros, despo-

seyeron a Sifax y a los cartagineses. Lo que vos me disteis, padres conscriptos, es lo que se me ha quitado de las manos, y así vuestra es, no menos que mía, la injuria que padezco. ¡Desdichado de mí ¿Tal pago al fin tuvieron, padre mío, Micipsa, tus beneficios que aquel a quien tú igualaste con tus hijos y diste parte en su reino, ése haya justamente de ser el exterminador de tu linaje? ¿Que nunca ha de tener paz nuestra familia? ¿Que hemos de andar siempre entre muertes, espadas y destierros? Mientras los cartagineses estuvieron florecientes, nos era preciso sufrir cualquier trabajo: teníamos al enemigo al lado, vosotros, que nos podíais socorrer, estabais lejos; toda nuestra esperanza pendía de las armas. Después que aquella peste fue echada de África, vivíamos en paz, con alegría y sin más enemigos que aquellos que vosotros queríais que tuviésemos por tales. Pero heos ahí de repente a Jugurta que, con una avilantez y soberbia intolerables, después de haber dado muerte a mi hermano, que era también su deudo, lo primero que hizo fue usurparle el reino en premio de su alevosía. Después, viendo que no podía haberme a mí a las manos, por los mismos infames medios de que se valió contra mí hermano, cuando en nada pensaba yo menos que en guerra o en que

se me hiciese violencia, me obliga, como veis, a acogerme a vuestro imperio y a abandonar mi patria, mi casa, pobre y lleno de trabajos; de suerte que dondequiera esté más seguro que en mi reino. Yo siempre juzgué, padres conscriptos, según se lo oí a mi padre muchas veces, que los que cultivaban con esmero vuestra amistad, tomaban a la verdad sobre sí un peso muy gravoso; pero que en recompensa eran entre todos los que vivían más seguros. Lo que ha estado, pues, de parte de nuestra familia, es a saber, el asistirnos en todas vuestras guerras, lo hemos cumplido exactamente; toca ahora y pende de vosotros, padres conscriptos, nuestra seguridad en tiempo de paz. Nuestro padre nos dejó a los dos hermanos y nos dio otro, con haber adoptado a Jugurta, creyendo que obligado por sus beneficios, sería nuestro más estrecho allegado. Uno de los dos ha sido ya por él cruelmente muerto; el otro, que soy yo, con dificultad he podido escapar de sus manos. ¿Qué haré, pues, o adónde, infeliz de mí, mejor me acogeré? Los apoyos que tenía en mi familia todos me han faltado. Mi anciano padre murió, como era natural; a mi hermano quitó alevosamente la vida el pariente que más debiera conservársela; mis allegados, amigos, parientes y demás parciales han sido

oprimidos de mil modos; los que Jugurta ha podido haber a las manos, parte han sido ahorcados, otros echados a las fieras, y los pocos que han quedado con vida, la pasan en oscuros calabozos, triste, llorosa y más amarga que la misma muerte. Aunque las cosas que he perdido o de favorables que eran se me han vuelto contrarias, estuviesen todas en su ser, no obstante eso, si me hubiera sobrevenido algún desastre repentino, imploraría yo vuestro favor, padres conscriptos, a quienes, por lo grande de vuestra autoridad, corresponde hacer que se guarde a cada uno su derecho y que los delitos se castiguen. Pero ahora, desterrado de mi patria, de mi casa, solo y necesitado de cuanto pide mi decoro, ¿adónde iré?, ¿o a quiénes apelaré? ¿A las naciones o a los reyes, siendo como son todos contrarios a mi familia, por causa de vuestra amistad? ¿Podré acaso ir a parte alguna donde no haya bastantes memorias de hostilidades hechas por mis mayores en obsequio vuestro?, ¿o se apiadará de mí quien haya algún tiempo sido vuestro enemigo? Finalmente, Masinisa nos crió con esta máxima, ¡oh padres conscriptos!: que ninguna amistad cultivásemos sino la del pueblo romano, que no hiciésemos tratados ni alianzas nuevas, que harto bien defendidos estaríamos con

ser vuestros amigos, y que si a vuestro imperio fuese algún día adversa la fortuna, pereciésemos todos a la paz. Por vuestro valor y por el favor de los dioses sois grandes y poderosos, todo os es favorable, todo os obedece, por lo que podéis mejor tomar a vuestro cargo las injurias de vuestros aliados. Sólo una cosa temo, y es que la amistad particular y encubierta que algunos mantienen con Jugurta, les haga dar al través y apartar de lo justo; porque oigo que los tales se empeñan con el mayor ahínco y os cercan e importunan uno a uno, a fin de que no toméis providencia contra un ausente, sin pleno conocimiento de causa, y aun añaden que yo abulto con estudio mi desgracia y hago del que huye, pudiéndome estar sin riesgo alguno en mi reino. Pero ojalá que vea yo fingir a aquél por cuya execrable maldad estoy reducido a estos trabajos, las mismas cosas que dicen que yo finjo, y que o vosotros o los dioses inmortales muestren una vez que cuidan de las cosas humanas, para que de esa suerte el que hoy por sus maldades se ha hecho insolente y famoso, pague, atormentado cruelmente por todo género de castigos, la pena de su ingratitude contra nuestro padre, de la muerte de mi hermano y de los trabajos en que me ha puesto. Tú a lo menos, ¡oh hermano de

mi alma!, aunque perdiste tempranamente la vida, y a manos del que más la debiera defender, tienes en mi juicio más por qué consolarte, que por qué llorar tu desgracia; pues, aunque perdiste el reino juntamente con la vida, te libraste con eso de verte huido, desterrado, pobre y cercado de los males que a mí ahora me oprimen; pero yo, infeliz, en medio de tantos trabajos, echado del reino de nuestros padres, vengo a ser hoy el espectáculo de las cosas humanas, sin saber qué hacerme, si vengar tus injurias, en el tiempo que más necesito de socorro, o pensar en recobrar mi reino, cuando pende el arbitrio de mi vida o muerte del poder ajeno. Ojalá que muriendo pudiese yo dar honrado fin a mis infortunios, por no vivir despreciado, en caso que el peso de mis trabajos me obligue al fin a ceder a la injuria. Pero ahora que aun el vivir me fastidia y ni morir puedo sin afrenta, os ruego, padres conscriptos, por vuestro estado, por el amor que tenéis a vuestros hijos y parientes, por la majestad del pueblo romano, que me socorráis en mi desgracia, que os opongáis al agravio que padezco, y no consintáis que el reino de Numidia, que en propiedad es vuestro, se inficione y manche por medio de una maldad con la sangre de nuestra familia. Habiendo acabado el rey

de hablar, los mensajeros de Jugurta, confiando más en sus dádivas que en la justicia de su causa, responden brevemente: «que a Hiempsal le habían muerto los númidas por su crueldad; que Aderbal, después de haber movido de suyo la guerra, cuando se veía vencido, se quejaba de que no había podido atropellar a Jugurta; que éste pedía únicamente al Senado que no le tuviese por diferente de aquel Jugurta que había experimentado en Numancia, ni creyese más que a sus obras a las palabras de su enemigo. Con esto se salieron ambos de la corte, y el Senado comenzó luego a tratar el negocio. Los que favorecían a los mensajeros y otros muchos corrompidos con dinero, despreciaban las razones de Aderbal, ensalzaban el mérito de Jugurta y con ademanes, en voz y por todos medios se empeñaban tan eficazmente por la maldad y delito ajeno, como pudieran por su propia gloria. Pero al contrario, algunos pocos que amaban más la equidad y la justicia que el dinero, eran de parecer que se debía socorrer a Aderbal y castigar severamente la muerte de su hermano. Era el principal de éstos Emilio Scauro, hombre noble, resuelto partidario, amigo de mando, de honores y riquezas; pero que tenía gran arte para ocultar sus vicios. Viendo éste la pu-

blicidad y descaró con que regalaba el rey y temiendo (como acontece en tales casos) no le hiciese odioso tan infame libertad, contuvo en esta ocasión su avaricia.

Pero, no obstante eso, prevaleció en el Senado el partido de los que anteponían el favor o el interés a la justicia. La resolución fue enviar diez diputados para que dividiesen entre Aderbal y Jugurta el reino que había sido de Micipsa, y entre éstos fue el primero Lucio Opimio, varón ilustre y entonces muy acreditado en el Senado, porque siendo cónsul, con la muerte de Cayo Graco y Marco Fulvio había vengado acérrimamente a la nobleza de los insultos de la plebe. Jugurta, aunque había sido su amigo en Roma, procuró además de esto esmerarse cuanto pudo en su hospedaje, y a fuerza de dones y promesas consiguió al fin de él que sacrificase su crédito, su fidelidad y sus cosas todas a la conveniencia ajena. Del mismo medio se valió para con los otros y ganó a los más de ellos; pocos antepusieron su honor al interés. En la división, pues, que se hizo, la parte de Numidía, contigua a la Mauritania, que era la más fértil y poblada, se adjudicó a Jugurta; la otra, en que habla más puertos y edificios y que a la vista,

aunque no en realidad, era la mejor, fue dada en parte a Aderbal.

El asunto está pidiendo que expliquemos brevemente la situación de África y digamos algo de aquellas gentes con quienes tuvimos guerra o fueron nuestras aliadas; bien que de los sitios y regiones que, o por lo excesivo del calor, o por su aspereza y soledad, son poco frecuentadas de las gentes, no me será fácil contar cosas ciertas y averiguadas; lo demás procuraré explicarlo con cuanta más brevedad pueda.

En la división del globo de la Tierra, los más de los geógrafos dan al África el tercer lugar. Algunos cuentan sólo al Asia y Europa, en la que incluyen al África. Esta confina por el occidente con el estrecho que divide a nuestro mar del Océano, y por la parte oriental con una gran llanura algo pendiente, a la que los del país llaman Catabatmo. El mar es borrascoso y de pocos puertos: la campiña fértil de mieses y de buenos pastos, pero de pocas arboledas; escasa de fuentes y de lluvias; la gente de buena complexión, ágil, dura para el trabajo, de suerte que si no los que perecen a hierro o devorados por las fieras, los más mueren de vejez, y es raro a quien rinde la enfermedad. Abunda además de esto la tie-

rra de animales venenosos. Acerca de sus primeros pobladores y los que después se les juntaron y del modo conque se confundieron entre sí, aunque en la realidad es cosa muy diversa de lo que vulgarmente se cree, diré, sin embargo, brevísimamente lo que me fue interpretado de ciertos libros escritos en lengua púnica, que decían haber sido del rey Hiempsal y lo que tienen por tradición cierta los habitantes del país; bien que no pretendo más fe que la que merecen los que lo afirman.

En los principios habitaron en África los gétulos y libios, gente áspera y sin cultura, que se alimentaba con carne de fieras y con las hierbas del campo, como las bestias. Estos no se gobernaban por costumbres, ni por leyes, ni vivían sujetos a nadie; antes bien, vagos y derramados, ponían sus aduares donde les cogía la noche. Pero después que, según la opinión de los africanos, murió en España Hércules, su ejército, que se componía de varias gentes, ya por haber perdido su caudillo, ya porque había muchos competidores sobre la sucesión en el mando, se deshizo en breve tiempo.

De estas gentes, los medos, persas y armenios, habiendo pasado a África embarcados, ocuparon las tierras cercanas a nuestro mar; pero los persas se

internaron más hacia el Océano y tuvieron por chozas las quillas de sus barcos vueltas al revés, por no haber madera alguna en los campos, ni facilidad de comprarla, o tomarla en trueque a los españoles, cuya comunicación impedía el anchuroso mar y la diversidad de idiomas. Fueron, pues, los persas uniéndose poco a poco a los gétulos por vía de casamiento, y porque mudaban muchas veces sitios, explorando el que más les acomodaba para los pastos, se intitularon númidas. Aún hoy día las casas de los que viven por el campo, a que en su lengua llaman mapales, son prolongadas y tienen sus costillas en arco, amañera de quillas de navíos. A los medos y armenios se agregaron los libios que vivían cerca de la costa del mar de África (los gétulos, más bajo la influencia del sol y no lejos de sus ardores). Estas dos naciones tuvieron muy en breve pueblos formados, porque como sólo las dividía de los españoles una corta travesía de mar, se habían acostumbrado a permutar con ellos las cosas necesarias, y los libios desfiguraron poco a poco su nombre, llamando a los medos en su lengua bárbara moros. Pero el estado de los persas se aumentó en breve tiempo, y después, habiéndose muchos de ellos, con el nombre que habían tomado de númidas, separado

de sus padres a causa de su gran número, ocuparon las cercanías o fronteras de Cartago, llamadas por esta razón Numidia, y ayudándose unos y otros entre sí, sujetaron a su imperio a sus comarcas, ya con las armas, ya con el terror, y se hicieron ilustres y famosos, especialmente los que más se habían acercado a nuestro mar (porque los libios son de suyo menos guerreros que los gótulos), y, en fin, los númeritas vinieron a hacerse dueños de la mayor parte de la inferior África, pasando desde entonces los vencidos a ser y a llamarse como los vencedores.

Después de esto los fenicios, parte a fin de aliviar a sus pueblos de la muchedumbre, parte habiendo por su ambición de mando solicitado a la plebe, y otros deseosos de novedades, fundaron en la costa del mar a Hipona, Adrumeto, Leptis y otras ciudades, las cuales, habiéndose aumentado mucho en breve tiempo, vinieron después a ser, unas escudo, otras ornamento de los pueblos de donde descendían, y esto sin hablar de Cartago, lo que es mejor que haberme de quedar corto, pues me llama el tiempo a tratar de otro asunto. De la parte, pues, del Catabatmo, que es el linde que divide a Egipto de África, siguiendo la costa, se halla lo primero Cirene, colonia de los tereos, después las dos Sirtes

y entre ellas la ciudad de Leptis, luego las aras de los filenos, término que era del imperio de Cartago por la parte que mira a Egipto; más adelante otras ciudades cartaginesas. El resto hasta la Mauritania lo ocupan los númeritas. Los mauritanos son los más cercanos a España. Sobre la Numidia, tierra adentro, se dice que habitan los gétulos, parte en chozas, parte vagos y a la inclemencia, y sobre éstos los etíopes, y que después se encuentran tierras desiertas y abrasadas por los ardores del sol. En tiempos, pues, de la guerra de Jugurta, el pueblo romano administraba las más de las ciudades cartaginesas y las fronteras de su imperio, que había recientemente ocupado, por medio de magistrados que enviaba. Gran parte de los gétulos y los númeritas hasta el río Muluca, obedecían a Jugurta: los mauritanos todos al rey Boco, que no conocía al pueblo romano sino por el nombre, ni antes de esto, en paz ni en guerra, teníamos nosotros de él noticia alguna. Del África y sus habitantes creo haber dicho lo que basta para mi propósito.

Después que dividido el reino se partieron los diputados de África, y Jugurta, en lugar del castigo que recelaba, se vio premiado por su maldad reconociendo por experiencia cuán cierto era lo que en

Numancia había oído a sus amigos, es a saber, que en Roma todo se vendía, y engreído con las promesas de aquellos a quienes poco antes había llenado de dones, aspiró al reino de Aderbal, cosa para él muy fácil, siendo como era fuerte y belicoso y a quien invadía, quieto, pacífico, de genio blando, a propósito para ser injuriado y antes medroso que temible. Acometiendo, pues, de repente con buen número de tropa a sus fronteras, cautiva a muchas gentes, róbales sus ganados y hacienda, pone fuego a sus casas, entra por varias partes con su caballería haciendo grandes daños, y después se retira con todo el ejército a su reino, creyendo que Aderbal, con el dolor de la injuria, querría tomar satisfacción de ella con las armas, y que esto daría ocasión para la guerra. Pero Aderbal, ya porque se contemplaba desigual en fuerzas, ya porque confiaba más en la alianza con el pueblo romano que en los númidas, envía sus mensajeros a Jugurta para que se quejen del agravio y, aunque la respuesta con que volvieron fue una nueva afrenta para Aderbal, resolvió éste sufrirla y pasar por todo, a trueque de no volver a una guerra, cuyo ensayo le había salido mal. Pero ni esto apagó la ambición de Jugurta, el cual ya en su idea se contemplaba dueño absoluto de todo aquel

reino; y así, no ya con una partida de gente destinada a correrías como antes, sino con grande ejército, comienza a hacer la guerra y pretender declaradamente el dominio de toda la Numidia; y asolando, talando y saqueando los pueblos y campiñas por donde pasaba, añadía ánimo a los suyos y espanto a sus enemigos.

Aderbal, cuando vio que las cosas habían llegado a un término que, o bien era necesaria desamparar el reino o mantenerle con las armas, obligado de la necesidad, junta sus tropas y sale al encuentro de Jugurta. Acamparon los dos ejércitos en las vecindades del pueblo de Cirta, no lejos, y porque quería ya anochecer, no se dio entonces la batalla. Pasado lo más de la noche, aún entre sombras y alguna escasa luz, los soldados de Jugurta, dada la señal, acometen los reales de los enemigos, ahuyentan y desbaratan a unos que estaban medio dormidos y a otros que tomaban las armas. Aderbal, con pocos caballos, se acogió a Cirta, y si no hubiera sido por la muchedumbre de los del pueblo, que apartaron de sus murallas a los númidas que le seguían, en un mismo día se hubiera entre los dos reyes comenzado y acabado la guerra. Visto esto por Jugurta, sitia al pueblo y le estrecha con trincheras, torres y má-

quinas de todos géneros, dándose gran prisa para ganarle antes que volviesen de Roma los mensajeros que sabia haber enviado Aderbal antes de la batalla. Cuando el Senado tuvo noticia de esta guerra, envió a África tres sujetos de poca edad con orden de que vieses a los dos reyes y les notificasen de parte del Senado y pueblo romano, «que dejaras desde luego las armas, que esa era su determinación y voluntad; y lo que debía mandar y ellos hacer.

Los enviados se dieron gran prisa para llegar a África, porque ya en Roma, cuando estaban de partida, comenzaba a susurrarse la pasada batalla y la toma de Cirta; pero eran sólo rumores vagos. Jugurta habiendo oído su embajada, respondió: «que para él no habla en el mundo cosa mayor, ni de más aprecio que la autoridad del Senado; que desde su juventud había procurado portarse de suerte que todos los buenos aprobasen su conducta; que por ella, y no con engaños, se había conciliado el amor de un varón tan ilustre como Publio Scipión; que la misma razón había tenido Micipsa para adoptarle, y no por falta que tuviese de hijos; pero que por lo mismo que vivía satisfecho de su buen porte y su valor, no sabía ni podía sufrir que nadie le injuriasse; que Aderbal había maquinado contra su vida y que,

sabido esto por él, se había opuesto a su maldad; que el pueblo romano no obraría con justicia ni equidad si le impedía que para su defensa usase del derecho de las gentes, y últimamente que él enviaría en breve sus mensajeros a Roma para que informasen de todo. Con esto se disolvió el congreso, sin que los enviados pudiesen hablar a Aderbal.

Jugurta, cuando hizo juicio que habrían ya partido de África, reconociendo que a fuerza de armas le era imposible ganar a Cirta por lo fuerte de su situación, cércala formalmente con su vallado y foso, levanta torres al derredor y las guarnece con su tropa; no cesa ni de día ni de noche de inquietarla con asaltos y ardidés militares; ofrece unas veces premios, otras amenaza a los sitiados; exhorta y anima a los suyos a que se porten con valor, y puesto del todo en la conquista, nada omite de cuanto cree conducente a ella. Aderbal, viendo sus cosas en el último apuro, que su enemigo era implacable, que ni habla esperanza de socorro, ni la ciudad podía largo tiempo defenderse por falta de lo necesario, escoge entre los que se habían refugiado con él en Cirta dos, los que le parecieron más resueltos, y a fuerza de promesas y de hacerles presente su desgracia, logra y se asegura de ellos, que

atravesando las trincheras de los enemigos, harán por llegar de noche a la vecina playa, y de allí pasarán a Roma.

Cúmplenlo en pocos días los númeridos y léese en el Senado la carta de Aderbal, que en sustancia decía así:

«No es culpa mía, ¡oh padres conscriptos!, si os importuno con mis ruegos. Oblígame a ello la violencia de Jugurta, el cual está tan empeñado en que yo muera, que ni vuestro respeto, ni los dioses inmortales le detienen, y sobre cuanto hay en el mundo desea derramar mi sangre. Cinco meses ha que me tiene sitiado, no obstante ser aliado y amigo del pueblo romano, sin que me valgan los beneficios que recibió de mi padre Micipsa, ni vuestros decretos, y sin poder decir si me estrecha más por hambre que con las armas. Más os diría de Jugurta, si no me retrajese mi desgracia y el tener experimentado antes de ahora que son poco creídos los infelices. Sólo sé que aspira a más que a mi vida, y que conoce bien que quitarme el reino y ser al mismo tiempo vuestro amigo, es imposible. Lo que piensa, pues, nadie lo ignora. Al principio mató alevosamente a mi hermano Hiempsal, después me echó del reino de mis padres. Nuestras injurias privadas nada os

tocan. Pero hoy ocupa con sus armas vuestro reino y a mí, a quien vosotros hicisteis gobernador de Numidia, me tiene sitiado estrechamente. Cuán poco caso ha hecho de vuestros legados, lo manifiesta el sumo riesgo en que me hallo. ¿Qué resta, pues, para contenerle sino vuestras armas? Cuanto os digo, y cuantas quejas he dado antes de ahora al Senado, quisiera yo que fuesen ponderaciones y que no las hiciese creíbles mi desgracia. Pero pues he nacido para que en mí hiciese Jugurta ver al mundo sus maldades, no pretendo ya libertarme de la muerte ni de otros trabajos, si sólo de caer en manos de mi enemigo y de ser cruelmente atormentado. Del reino de Numidia, supuesto que es vuestro, disponed como os parezca con tal que me saquéis de las crueles garras de Jugurta: como os lo pido por la majestad de vuestro imperio y por la fe de nuestra alianza, si queda aún en vosotros alguna memoria de mi abuelo Masinsa. Léida esta carta en el Senado, hubo pareceres de que cuanto antes se enviase ejército a África en socorro de Aderbal, y que entretanto se viese qué debería hacerse de Jugurta, por no haber obedecido a los legados. Pero los antiguos valedores del rey se opusieron con el mayor empeño a esta resolución, y así prevaleció el privado interés al pú-

blico bien, como sucede frecuentemente en los negocios. No obstante esto, se enviaron a África algunos nobles de edad propecta y que habían obtenido empleos grandes, y entre ellos aquel Marco Scauro, de quien se habló antes, cónsul que había sido y que a la sazón era príncipe del Senado. Éstos, ya porque veían irritados los ánimos, ya importunados por los dos númeridas, se embarcaron al tercer día, y habiendo llegado brevemente a útica, escriben a Jugurta que pase allá al instante, que tienen que hablarle de parte del Senado. Cuando Jugurta supo que habían venido unos hombres tan ilustres, cuya autoridad sabía ser grande en Roma, para oponerse a sus designios, al principio se alteró mucho, fluctuando entre el miedo y la ambición. Temía por un lado la ira del Senado si no obedecía a los legados; por otro, su ánimo ciego de pasión, le arrebatava a llevar adelante su malvado intento. Pero al fin venció en su ambicioso genio la depravada resolución. Empeñase, pues, con el mayor esfuerzo en tomar a Cirta por asalto, atacándola a un tiempo con su ejército por todas partes, con la esperanza de que, dividida también la guarnición, hallaría el momento favorable para la victoria, ya fuese por fuerza o por medio de algún ardid militar. Pero saliéndole al re-

vés y viendo que no podía lograr su intento de apoderarse de Aderbal, antes de ver a los legados, temeroso de irritar con más dilaciones a Scauro, a quien temía en extremo, vase a la provincia de los romanos con pocos de a caballo. Y aunque de parte del Senado se le amenazó terriblemente, si no desistía del sitio, después de malgastada una larga conferencia, se fueron los legados sin concluir nada.

Luego que esto se supo en Cirta, los italianos de la guarnición, por cuyo esfuerzo se habla hasta entonces defendido la ciudad, confiados en que si se entregaban no se les haría agravio por respeto a la grandeza del pueblo romano, aconsejan a Aderbal que se entregue y entregue la ciudad a Jugurta, sin más condiciones que la vida, diciéndole que de lo demás cuidaría el Senado. Aderbal, aunque en ninguna cosa del mundo fiaba menos que en las palabras de Jugurta, como veía que los italianos mismos que le aconsejaban así podrían, si lo repugnaba, obligarle a ello, tuvo que conformarse con su parecer, e hizo la entrega. Jugurta, ante todo, quita la vida a Aderbal, habiéndole cruelmente atormentado; después pasa a cuchillo a todos los númidas de catorce años arriba y a los mercaderes indistintamente, según se iban presentando a sus soldados.

Sabida esta novedad en Roma y habiéndose comenzado a tratar de ella en el Sonado, los valedores del rey, que antes dijimos, mezclando otros asuntos y ganando tiempo, ya por el favor que lograban, ya con altercaciones y porfías, procuraban suavizar la atrocidad de su delito, de suerte que sino fuera por Cayo Memio (nombrado para el siguiente año tribuno de la plebe), hombre de resolución y enemigo del poder de la nobleza, el cual hizo ver al pueblo romano que por la negociación de algunos sediciosos se trataba de dejar sin castigo a Jugurta, sin duda alguna se hubiera desvanecido todo el aborrecimiento que le tenían, con sólo ir alargando las deliberaciones y consultas; tal era la fuerza del favor y de su dinero. Pero el Senado, entrando en temor del pueblo, por lo que le acusaba su conciencia, resolvió que, según la ley Sempronia, se encargase el gobierno de las provincias de Numidia y de Italia a los cónsules que habían de elegirse para el año venidero. Fueron éstos Publio Scipión Nasica y Lucio Bestia Calpurnio, de los cuales a éste tocó por suerte la Numidia y al primero la Italia. Alistase después de esto el ejército que había de pasar a África, decretase la paga militar y lo demás necesario para la guerra.

Pero Jugurta, habiendo recibido esta noticia contra lo que esperaba, por haberse fijado en el pensamiento de que en Roma todo se vendía, envía por mensajeros al Senado a un hijo suyo y a dos de sus confidentes, con orden «de que procuren ganar por dinero a toda suerte de gentes, como había hecho en la muerte de Hiempsal. Cuando éstos se iban acercando a Roma, juntó Bestia el Senado para tratar si convendría o no que entrasen en la ciudad, y se resolvió «que si no venían a entregar el reino y al mismo Jugurta, saliesen de Italia dentro de diez días. Manda notificarlo el cónsul a los númidas por orden del Senado, y así tuvieron que volverse a sus casas sin hacer nada. Entretanto, Calpurnio, estando ya el ejército a punto, elige por asociados a algunos hombres nobles y de séquito, cuya autoridad le defendiese, si en algo delinquía. Uno de éstos fue aquel Scauro, cuyo genio y costumbres se dijeron antes, porque a la verdad nuestro cónsul estaba adornado de muchas bellas prendas de ánimo y de cuerpo, sólo que su avaricia lo echaba a perder todo. Era sufridor de los trabajos, de ingenio perspicaz, de bastante prudencia, perito en el arte militar y de gran presencia de ánimo en los peligros y asechanzas. Las legiones se encaminaron por Italia a Regio,

desde donde pasaron a Sicilia y de allí a África. Calpurnio en los principios, dispuesto lo necesario, entró con gran furia en Numidia, cautivando mucha gente y tomando algunas ciudades a fuerza de armas.

Pero apenas le representó Jugurta por medio de sus mensajeros, la dificultad de la guerra de que estaba encargado y le tentó con dinero, aquel ánimo propenso a la avaricia se trocó enteramente. Ni lo hizo mejor Scauro, a quien había elegido por su compañero y confidente en todos los negocios. Porque aunque primero, estando ya cohechados los más de los suyos, se opuso acérrimamente a los designios del rey, la suma grande que se le ofrecía vino al fin a corromperle y desviarle de la justicia y del honor. Jugurta en los principios no solicitaba sino largas, confiando que entretanto conseguiría en Roma algo por el favor o por su dinero. Pero cuando supo que también Scauro tenía parte en la negociación, entrando en grande esperanza de alcanzar la paz, se resolvió a tratar con ellos por si mismo cuanto hubiese de estipularse. A fin, pues, de que lo pudiese ejecutar sobre seguro, envió antes el cónsul al cuestor Sextio a Vaca, ciudad de Jugurta, con pretexto de que iba por cierto trigo, que Calpurnio,

en presencia de todos, había mandado aprontar a los diputados de ella, porque mientras se efectuaba la entrega, habían cesado las hostilidades. Vino, pues, el rey a nuestro campo, según había determinado, y habiendo en público hablado muy poco en disculpa de su hecho y acerca de entregarse, el resto de la conferencia lo tuvo a solas con Bestia y con Scauro, y al día siguiente, habiéndose tomado los pareceres del Consejo tumultuariamente y sin formalidad alguna, se entrega al cónsul y, según lo que se le había mandado, pone en poder del cuestor treinta elefantes, cantidad de ganado y de caballos, pero dinero poco. Pártese Calpurnio a Roma a la elección de magistrados, en cuyo intermedio en Numidia y nuestro ejército hubo paz.

Divulgadas las cosas de África, y el modo cómo habían pasado, no se hablaba en Roma sino del hecho del cónsul en todos los lugares y corrillos; la plebe estaba sumamente irritada; los senadores cuidadosos y sin saber si aprobarían una maldad tan grande o darían por el pie a la capitulación, pero les detenía mucho para que obrasen en razón y justicia el poder de Scauro, porque se decía que no sólo era cómplice con Bestia, sino el que le había dado este consejo. Pero Cayo Memio, de cuyo genio libre y

poco afecto al poder de la nobleza se habló antes, entre estas dudas e irresoluciones del Senado, no cesaba en los concursos de exhortar al pueblo a que tomase satisfacción. Persuadiales que no desamparasen la república, ni su libertad; poníaes delante muchos desprecios y crueldades que había usado con ellos la nobleza, y puesto de todo punto en este empeño, no omitía medio de inflamar los ánimos de la plebe. Pero porque en aquel tiempo era muy celebrada y tenía gran séquito en Roma su elocuencia, he tenido por conveniente poner aquí una de sus muchas oraciones, y especialmente la que en presencia de un gran concurso dijo al regreso de Bestia en estos términos:

«Muchas cosas me ponen a punto de abandonaros, ¡oh quirites!, si no prevaleciera a todo mi amor a la república: el poder de los nobles, vuestra tolerancia, la falta entera de justicia y especialmente el ver que la inocencia está muy expuesta, en vez de ser premiada. No tengo valor para acordaros la burla que en estos quince años han hecho de vosotros algunos insolentes; cuán indigna y cuán impunemente han hecho morir a vuestros defensores; cuánto os habéis dejado corromper de la pereza y flojedad; vosotros, digo, que aún hoy, que veis caí-

dos a vuestros enemigos, no sabéis aprovecharos, y estáis temiendo a los mismos a quienes debierais causar terror. Pero aunque sea esto así, no sé, ni puedo dejar de oponerme al poder de la coligación. A lo menos haré ver que mantengo la libertad que heredé de mis padres. Que lo haga o no con fruto, pende de vosotros, ¡oh quirites! Ni esto es decirnos que venguéis con las armas vuestro agravio, como hicieron muchas veces vuestros mayores. No es necesaria fuerza, ni tumulto. Sin nada de esto es preciso, según obran, que ellos mismos se precipiten. Muerto Tiberio Graco, a quien achacaron quería alzarse con el reino, se procedió en la pesquisa con el mayor rigor contra la plebe romana. Después que mataron a Cayo Greco y a Marco Fulvio, perecieron asimismo en la cárcel muchos de vuestro estado, sin que ley alguna contuviese en uno ni otro lance a los autores, hasta que, hartos de sangre, lo dejaron de suyo. Pero doy que el haber Tiberio Graco querido reponer a la plebe en sus derechos, fuese aspirar al reino; doy que se derramase justamente la sangre de los ciudadanos, si no había otro medio de contenerles. No hago mérito de esto. Los años pasados mirabais con dolor, pero sin atreveros a hablar palabra, que se robaba al erario; que los reyes y pue-

blos libres eran tributarios de algunos de los nobles; que en ellos estaban estancadas las mayores honras y riqueza. Ahora pareciéndoles poco el haber hecho esto impunemente, por remate de todo han puesto vuestras leyes, vuestra majestad, lo sagrado y lo profano en poder de nuestros enemigos. Ni se avergüenzan o arrepienten de ello los autores; antes bien, pasan por delante de vosotros muy ufanos, haciendo alarde de los sacerdocios, de los consulados y alguno de sus triunfos, como si esos fuesen justo „galardón de su mérito y no fruto de sus usurpaciones. Los siervos comprados con dinero no sufren el dominio injusto de sus amos, ¿y vosotros, quirites, nacidos para el mando, sufriréis con paciencia tan dura servidumbre? ¿Mas quiénes creéis que sean estos que se han alzado con la república? Unos hombres llenos de maldades, sanguinarios, avaros sin término y en sumo grado dañosos e insolentes; hombres que hacen granjería de su palabra, de su honor, de la religión y últimamente de todo lo honesto y de lo que no lo es. Parte de ellos afianza su seguridad en haber muerto a vuestros tribunos, otros en haberos injustamente atormentado y los más en haber hecho en vosotros una cruel carnicería; de suerte que el que más daño os hizo,

ése vive más seguro. El miedo que debieran tener por sus maldades le han trasladado a vuestra inacción y flojedad, y el haberse unido es porque desean, aborrecen y temen todos unas mismas cosas; pero esta unión entre buenos es amistad; entre malos, partido. Y a la verdad, si vosotros miraseis tanto por vuestra libertad, como ellos por adelantar su despotismo, no estaría, como está hoy, desolada la república, y obtendrían vuestros empleos, no los más osados, sino los más dignos. Vuestros mayores, a fin de recobrar sus derechos y sostener la majestad del imperio, tomaron en dos ocasiones las armas, y separándose del resto de los ciudadanos, ocuparon el monte Aventino, ¿y vosotros no habéis de trabajar con el mayor empeño por mantener la libertad que de ellos recibisteis? Y esto con tanto más ardor cuanto el perder las cosas ya adquiridas es mayor afrenta que el no haberlas jamás solicitado. Pero, me preguntará alguno de vosotros, ¿qué debemos hacer? ¿Qué? Procurar se castigue a los que han vendido infamemente al enemigo la república; pero esto, no con mano armada, ni con violencia (lo que, aunque ellos tenían bien merecido, es cosa indigna de vosotros), sino a fuerza de cuestiones y torturas, y por la declaración del mismo Jugurta, el cual, si se

ha rendido y entregado de buena fe, como ellos dicen, sin duda hará cuanto le mandareis, pero si rehúsa obedecer, entonces, entonces conoceréis cuál sea el fondo de aquella paz y de aquella entrega, de que no hemos visto otro fruto sino quedar Jugurta sin castigo, enriquecerse mucho algunos poderosos y perjudicarse y cubrirse de oprobio la república. Y ya no es que no estáis aún hartos de sufrir su tiranía y que mal hallados con estos tiempos, gustáis más de aquellos en que los reinos, las provincias, las leyes, los derechos, los tribunales, la paz, la guerra y últimamente todo lo divino y lo humano estaba en poder de algunos pocos; y vosotros, esto es, el pueblo romano, jamás vencido por los enemigos y dueño del mundo, os contentabais con que os dejaran vivir. Porque, hablando por la verdad, ¿quién de vosotros tenía valor para rehusar la servidumbre? Yo, pues, aunque juzgo que para un hombre honrado es cosa en sumo grado vergonzosa recibir agravio y no tomar satisfacción, con todo eso llevaría bien que perdonaseis a estos hombres llenos de maldades, sólo porque son ciudadanos, si la piedad que con ellos se use no hubiera de redundar en vuestro daño. Porque, según es su insolencia, no se contentarán con el mal que hasta ahora impune-

mente han hecho, si no les quitáis la libertad de continuarlo; y vosotros viviréis en un perpetuo sobresalto desde el punto en que echéis de ver, que os es preciso servir o mantener vuestra libertad a fuerza de brazos. Porque, ¿qué esperanza puede haber de buena fe o de acomodamiento? Ellos quieren dominar, vosotros ser libres; ellos hacer injuria, vosotros impedirla. Tratan, finalmente, a vuestros aliados como a enemigos, y a éstos como si fueran aliados. ¿Puede acaso haber paz o amistad en tan encontrados pareceres? Por esto os exhorto y amonesto, que en ninguna manera dejéis tan gran maldad sin castigo. No se trata aquí de haber robado el erario, ni de haber quitado violentamente la hacienda a vuestros aliados (cosas que, aunque tan enormes, han venido ya con la costumbre a tenerse en nada), sino de haber vendido la autoridad del Senado, de haber vendido vuestro imperio al enemigo más terrible. En paz y en guerra ha sido puesta en precio la república. Si esto, pues, no se inquiere, si no se castigan los culpados, ¿qué restará sino que vivamos perpetuamente esclavos de ellos? Porque, ¿qué otra cosa es ser rey sino hacer lo que se quiere impunemente? Ni os digo con esto, ¡oh quirites!, que por vengaros queráis más que vuestros ciuda-

danos se hallen culpados, que inocentes; sí sólo que no oprimáis a los buenos perdonando a los malhechores. Fuera de que en un Estado es mucho menor inconveniente el dejar sin galardón los hechos ilustres, que sin castigo los delitos; porque el bueno, si no es premiado, lo más que hace es entibiarse; el malo, si no se castiga, se empeora. Y en fin, si no hubiese agravios, ni habrá tampoco necesidad de recursos para que se reparen. Con estos y otros tales razonamientos, que Cayo Memio hacía frecuentemente al pueblo, le persuadió a que se enviase Lucio Casio, que a la sazón era pretor, a Jugurta y le trajese consigo a Roma bajo la fe pública, a fin de descubrir más fácilmente por su declaración el delito de Scauro y de los demás a quienes acusaban de haberse dejado cohechar. Mientras pasaba esto en Roma, los que Bestia había dejado en Numidia con el mando del ejército, cometieron, a ejemplo de su general, muchos y muy enormes excesos. Hubo entre ellos quien, sobornado por Jugurta, le volvió sus elefantes; otros que le vendieron sus desertores, y muchos que hacían robos y correrías en los pueblos con quienes teníamos paz; tal era la avaricia que como un contagio se había apoderado de los ánimos de todos. Pero el pretor Casio, habiéndose hecho el

plebiscito, según la proposición de Cayo Memio, lo que puso en consternación a toda la nobleza, se parte para Jugurta, y viéndole temeroso y desconfiado por su mala conciencia del buen éxito de sus cosas, le induce «a que no quiera más experimentar la fuerza que la clemencia del pueblo romano, una vez que se le había ya rendido. Dale además de esto su palabra, que aunque privada, no la estimaba él menos que la pública; tal era en aquel tiempo la buena opinión que se tenía de Casio.

Viene, pues, Jugurta a Roma en traje muy poco correspondiente a su real decoro; y aunque de suyo era hombre de gran pecho, confortado más y más por todos aquellos a cuya sombra había ejecutado las maldades que arriba dijimos, gana con gran suma de dinero a Cayo Bebio, tribuno de la plebe, para que su avilantez le asegure contra cualquiera resolución, justa o injusta. Pero habiendo Cayo Memio llamado a junta, no obstante que la plebe aborrecía mucho al rey y algunos querían que se le prendiese y otros que, según la costumbre de los mayores, se le impusiese pena capital como a enemigo público, si no descubría los cómplices de su maldad, teniendo más consideración al propio decoro que a desahogar su enojo, procuraba apaciguar el tumulto, ablan-

dar los ánimos y protestar que la fe pública sería porque cesó el su parte inviolablemente guardada. Pero luego clamor, sacando a Jugurta al público, toma la palabra, cuenta muy por menor los males que ha ejecutado en Roma y en Numidia, hace ver a todos su crueldad contra su padre y hermanos, y vuelto a él, le dice «que aunque el pueblo romano sabe bien quiénes le han ayudado y favorecido para ello, quiere, sin embargo, asegurarse más y oírlo de su boca; que si declara la verdad, puede con gran fundamento prometerse mucho de la buena fe y clemencia del pueblo romano, pero si la oculta, no salvará a sus cómplices y él se perderá y malogrará todas sus esperanzas.

Habiendo concluido Memio y dicho a Jugurta que diese sus descargos, Cayo Bebio, también tribuno de la plebe, que, como se dijo antes, estaba cohechado, mándale callar. Y aunque la muchedumbre que se hallaba presente, en gran manera irritada, le atemorizaba con gritos, con lo airados de sus rostros y muchas veces con ademanes de insultarle y lo demás que suele dictar la ira, prevaleció no obstante eso la desvergüenza, y así el pueblo se retiró burlado de la junta, Y Jugurta, Bestia y los demás a quienes

tenía aquella disputa cuidadosos, cobraron grande ánimo.

Hallábase a la sazón en Roma cierto númida llamado Masiva, hijo de Gulusa y nieto de Masinisa, el cual, porque en la discordia de los reyes había sido del partido contrario de Jugurta, luego que se entregó Cirta y fue muerto Aderbal, se escapó huyendo de África. Spurio Albino, que en compañía de Quinto Minucio Rufo había sucedido a Bestia en el consulado, induce a este hombre a que se querelle de Jugurta, procurando hacerle odioso y temible por sus maldades; y supuesto que él es de la línea de Masinisa, pida para sí al Senado el reino de Numidia. Estaba el cónsul (a quien había tocado por suerte esta provincia, como a su compañero la de Macedonia) deseoso de hacer la guerra, y así quería que las cosas se revolviesen y no se dejasen enfriar. Entablada por Masiva la pretensión y no teniendo Jugurta en sus amigos bastantes fuerzas para rebatirla (porque unos por su misma conciencia, otros por temor de desacreditarse o por su cobardía no se atrevían a sacar la cara), manda a Bomílear, su deudo y confidente íntimo «que con dinero, como había negociado otras cosas, busque asesinos que secretamente, si ser pudiese, y si no de cualquier modo,

quiten la vida a Masiva. Bomílear obedece prontamente, y valiéndose de sujetos abonados para tales máquinas, explora menudamente los pasos y entradas y salidas de Masiva, los sitios y momentos oportunos para su intento y apuesta, según el caso lo pedía, los agresores. Uno de éstos, acometiendo in consideradamente a Masiva, le mata; y siendo cogido en flagrante, descubre a persuasión de muchos, y especialmente el cónsul Albino, quién le ha inducido a ello. Hácesele causa a Bomílear, más por pedirlo así la natural razón y equidad, que por el derecho de las gentes, pues había venido a Roma acompañando a uno que tenía salvaguarda pública. Pero Jugurta, aunque reo notorio de tan gran delito, no cesó de porfiar negándolo, hasta que echó de ver que el aborrecimiento que este hecho le había conciliado sobrepujaba a su favor y a su dinero. Y así, aunque en la primera acusación de Bomílear le había afianzado con cincuenta de sus amigos, como su mira única era el reino, los abandonó del todo y despachó ocultamente al reo a Numidia, receloso de que si le quitaban la vida en Roma, sus vasallos entrarían en temor de obedecerle, y él mismo le siguió de allí a pocos días, por haberle mandado el Senado salir de Italia. Ya fuera de Roma, dicen que volvió a

ella el rostro muchas veces, sin hablar palabra, pero que al fin prorrumpió diciendo: ¡Oh ciudad venal! ¡Cuán poco durarías si hallases comprador!

Albino, entretanto, habiéndose renovado la guerra, se da gran prisa de transportar a África víveres, pagas y lo demás necesario para ella, y pasa allá al instante con ánimo de acabarla, si ser pudiese, bien por fuerza o por negociación, o de otra suerte, antes del día de los comicios, que no estaba muy lejos. Pero al contrario, Jugurta todo era dar largas, buscar para ello cada día nuevos pretextos; prometer que se entregaría y luego aparentar miedo; ceder si se le estrechaba y poco después volver sobre los nuestros, a fin de que no desmayasen sus soldados. De esta suerte, mostrando unas veces querer guerra, otras paz, burlaba y entretenía al cónsul. Ni faltó quien ya entonces sospechase que Albino tenía inteligencia con el rey; porque parecía increíble que la gran prisa que manifestó en los principios se hubiese, sin estudio y por sola flojedad, trocado tan presto en otra tanta lentitud. Pero ya que con el curso del tiempo se acercaba el día de los comicios, fuese Albino a Roma, dejando a su hermano Aulo el mando del ejército en calidad de propretor.

Hallábase a la sazón atrozmente combatida la república con los alborotos de los tribunos de la plebe. Publio Lúculo y Lucio Anio, que obtenían este magistrado, estaban empeñados en que habían de continuar en él, a pesar de sus compañeros, cuya contienda impedía los comicios de todo el año. Lisoneado, pues, el propretor Aulo de que entre estas dilaciones o acabaría la guerra o el rey, a trueque de evitarla, pondría en sus manos alguna gruesa suma, saca a Jos soldados de sus cuarteles en mitad de enero, y a grandes jornadas, en lo más riguroso del invierno, llega a la ciudad de Sutul, donde el rey tenía sus tesoros, la cual, aunque por lo crudo de la estación y por la fortaleza de su sitio ni ganarse, ni aun sitiarse podía (porque alrededor de la muralla, construida en la cima de un monte muy agrio, había una llanura cenagosa, que con las lluvias del invierno estaba hecha una laguna), con todo eso, fuese ficción de Aulo para aumentar el miedo al rey o porque le cegase su deseo de apoderarse de la ciudad y de los tesoros, comenzó a acercar a ella los manteletes, a tirar el cordón y adelantar lo demás que creía conducir a su intento.

Jugurta, vista la temeridad y falta de pericia militar del legado, procuraba con grande astucia ir ce-

bando su locura. Enviábale a menudo mensajeros con súplicas; llevaba su ejército por veredas y lugares fragosos, en apariencia de que huía, hasta que al fin, con esperanza de que se compondría con él, logró inducirle a que dejando a Sutul, le persiguiese y, por ciertas regiones apartadas, adonde fingiría retirarse, y además cualquiera negociación que se hiciese estaría más oculta. Entretanto, no cesaba de día ni de noche de solicitar su ejército por medio de gente práctica y sagaz; cohechaba a los centuriones y oficiales de caballería para que o desertasen o a cierta señal que les daría, desamparasen sus puestos; y cuando tuvo ya las cosas preparadas según su idea, déjase a medianoche caer imprevistamente sobre los reales de Aulo con gran muchedumbre de nómadas. Los soldados romanos sorprendidos con el no esperado alboroto, toman unos las armas, otros procuran ocultarse; parte anima a los medrosos, parte se turba y se embaraza; los enemigos cargan por todos lados en gran número; la noche aumenta sus sombras con las nubes; en todo hay riesgo; dúdase si mayor en huir o en esperar. En esto una cohorte de ligures, del número de los que se dijo estaban cohechados, juntamente con dos escuadrones de caballos trases y algunos soldados de poca cuenta,

pásanse al rey, y el centurión de la primera columna de la legión tercera da entrada franca a los enemigos por un puesto fortificado, cuya defensa estaba a su cargo, por donde los nómadas rompieron de tropel. Los nuestros, huyendo vergonzosamente y los más arrojando las armas, se acogieron a un collado vecino. La noche y el despojo de los reales hicieron que los enemigos no se aprovecharan más de la victoria. Jugurta el día siguiente, en una conferencia con Aulo, le dijo: «que aunque le tenía encerrado a él y a su ejército por hierro y hambre, sin embargo, conociendo la inconstancia de las cosas humanas, le concedería, si le prometía la paz, que saliesen todos salvos, con tal que antes pasasen por bajo del yugo, y saliesen dentro de diez días de Numidia, cuyas condiciones, aunque tan duras y llenas de ignominia, hubieron de aceptarse por temor de la muerte, y así se hizo la paz según quiso Jugurta.

Sabido esto en Roma, el miedo y la tristeza se apoderaron de la ciudad; unos se lastimaban por ver oscurecida la gloria guerra, llegaban a temer si la libertad peligraría. Contra Aulo se enfurecían todos, y especialmente los que en las del imperio; otros, poco acostumbrados a los reveses de las pasadas guerras se habían portado con valor. Objetábanle

que, teniendo las armas en la mano, había procurado salvarse, no por medio de ellas, sino a costa de la mayor ignominia. Por esto el cónsul Albino, temiendo el aborrecimiento y el peligro que el delito de su hermano podría ocasionarle, propuso al Senado que deliberase acerca de la capitulación. Al mismo tiempo alistaba gente para completar el ejército, solicitaba socorros de los confederados y latinos, y por todos medios se prevenía con la mayor diligencia para la guerra.

El Senado resuelve, como era justo, que sin su orden y la del pueblo no pudo Aulo haber hecho tratado alguno. El cónsul, habiéndole prohibido los tribunos de la plebe llevar consigo la gente que tenía prevenida, se parte de allí a pocos días al África proconsular, porque todo el ejército, según lo estipulado, había salido de Numidia e invernaba en nuestra provincia. Cuando llegó allá, aunque ardía en deseos de perseguir a Jugurta y mitigar el general aborrecimiento de su hermano, con todo eso, visto el ejército (en quien además de la desertión, había la falta de disciplina, la libertad y la lascivia hecho el mayor estrago), determinó, según el estado de las cosas, no emprender nada por entonces.

Entretanto en Roma, Cayo Mamilio Limetano, tribuno de la plebe, propone al pueblo «que haga ley para que se inquiera contra los autores de haber Jugurta despreciado los mandamientos del Senado, y los que en sus embajadas o empleos hubiesen recibido dinero de él, o entregádole los elefantes y desertores, y últimamente contra cualesquiera que hubiesen hecho tratados de paz o de guerra con los enemigos. Como a esta ley no podían en lo público oponerse los que se sentían culpados, ni los que temían algún peligro por el encono de los partidos, antes bien era preciso mostrar que la aprobaban y aplaudían, procuraron bajo mano por medio de sus amigos, y especialmente de algunos latinos y otros confederados itálicos, ver si podrían impedir que se llevase a efecto. Pero no es creíble lo empeñada que estaba en ello la plebe, ni el tesón con que había decretado y promulgado aquella ley; no tanto por amor a la república, como por aborrecimiento a la nobleza, contra la cual se asestaba el tiro; tal era el desenfreno de los dos partidos. Consternado, pues, el resto de los nobles, Marco Scauro, de quien dijimos antes que había sido legado de Bestia, estando aún entonces la ciudad fluctuante entre la alegría de la plebe y el quebranto de los de su partido, y de-

biendo, según proponía Mamilio, nombrarse tres sujetos que hiciesen la pesquisa, pudo lograr que él fuese uno de los nombrados. Pero habiéndose esta pesquisa ejecutado dura y violentamente, dejándose los comisionados llevar de las hablillas y caprichos del vulgo, sucedió que, como la nobleza en otras ocasiones, Así en ésta la plebe por la demasiada prosperidad vino a hacerse insolente.

Este abuso de las divisiones y partidos entre los del pueblo y el Senado, y todos los desórdenes que después se experimentaron, tuvo principio en Roma pocos años antes, y era efecto de la paz y de la abundancia de las cosas que el mundo más estima. Porque mientras estuvo en pie Cartago, el Senado y pueblo romano administraban la república con gran moderación y templanza; ni entre ciudadanos se disputaba sobre quién había de sobresalir en la gloria o en el mando; el miedo del enemigo contenía a la ciudad en su deber. Pero luego que sacudió de sí este cuidado, se apoderaron de ella la soberbia y la lascivia, males que trae regularmente consigo la prosperidad. De esta suerte el descanso por que anhelaron tanto en los tiempos trabajosos, después de alcanzado, fue para ellos más duro y amargo que los trabajos mismos. Porque así la nobleza como el

pueblo hicieron servir, aquélla su elevación, éste su libertad a sus antojos; robando unos y otros y apropiándose cuanto podían. De esta suerte todo se dividió en dos bandos, y la república, cogida en medio de ellos, fue despedazada. Pero el partido de los nobles por su estrecha unión era más fuerte; la plebe, aunque mayor en número, por estar desunida y dividida su fuerza, podía menos. Gobernábase en paz y en guerra el Estado por el arbitrio de pocos. Estos tenían en su mano el erario, los gobiernos, los magistrados, la gloria y los triunfos; el pueblo vivía oprimido con la pobreza y el peso de la guerra; los generales se apoderaban y a pocos daban parte de los despojos militares; y entretanto las mujeres y los hijos pequeños de los soldados eran echados de sus casas y posesiones, si confinaban con las de algún poderoso. De esta suerte la avaricia sin tasa ni vergüenza alguna, juntamente con el poder, lo invadía, manchaba y asolaba todo, no teniendo el menor miramiento ni respeto, hasta que se despeñó ella misma. Luego, pues, que entre los de la nobleza hubo quien antepusiese al poder injusto la verdadera gloria, comenzó a revolverse la ciudad y se vio nacer en ella la discordia, no de otra suerte que cuando vemos formarse un torbellino.

Porque después que Tiberio y Cayo Graco, cuyos mayores en la guerra púnica y en otras habían acrecentado mucho los términos del imperio, intentaron restablecer a la plebe en su libertad y descubrir las maldades de algunos particulares, la nobleza, que se sentía culpada y por eso estaba temerosa (valiéndose unas veces de los confederados y latinos, otras, de algunos caballeros romanos, que con la esperanza de que se les daría parte en los empleos, se hablan separado de la plebe), se opuso al intento de los Gracos, y en los principios mató a Tiberio, tribuno que era del pueblo; de allí a pocos años a Cayo, triunviro conductor de las colonias, que seguía las mismas pisadas, y a Marco Fulvio Flaco. Y a la verdad los Gracos, arrebatados del deseo de la victoria, no guardaron la moderación que convenía; pero mejor es disimular prudentemente los agravios que tomar satisfacción a costa de un mal ejemplo. La nobleza, pues, usando de esta victoria desenfrenadamente, mató y desterró a muchas gentes, con lo que logró en lo venidero hacerse más temible que poderosa, mal que ordinariamente ha sido la ruina de grandes y opulentas ciudades, por querer unos y otros vencer a toda costa y ensangrentarse demasiado en los vencidos. Pero si hubie-

se yo de hablar menudamente de los partidos y de las costumbres de Roma, según lo pide la grandeza del asunto, antes me faltaría tiempo que materia; por cuya razón vuelvo a mi propósito.

Después de la capitulación de Aulo y de la vergonzosa retirada de nuestro ejército, Metelo y Silano, nombrados cónsules para el siguiente año, sortearon entre sí las provincias; y de éstas la Numidia cupo a Metelo, varón fuerte y, aunque opuesto al partido del pueblo, constantemente reputado por hombre de grande entereza. Este, luego que comenzó a ejercer su magistrado, hecho cargo de que los demás negocios eran comunes a ambos cónsules, pero el de la guerra peculiar suyo, se aplicó seriamente a la que había de emprender. Teniendo, pues, poca confianza del ejército antiguo, alista gente, solicita socorros de todas partes, apresta armas, caballos y demás tren de campaña; previene asimismo víveres en abundancia y cuanto podía ofrecérsele en una guerra de sucesos varios y que pedía grandes prevenciones. Contribuía a ello el Senado con su autoridad; los confederados, los latinos y aun los reyes, enviando voluntariamente socorros, y finalmente la ciudad toda con el mayor empeño. Prevenida y ordenadas las cosas según deseaba, pártese a

Numidia, dejando a los ciudadanos muy esperanzados, ya por sus excelentes prendas, ya especialmente porque sabían que su ánimo era superior a las riquezas, y que la avaricia de los magistrados había hasta entonces quebrantado en Numidia nuestras fuerzas y aumentado las de los enemigos.

Habiendo, pues, llegado a África, le entrega el procónsul Spurio Albino un ejército flojo, no aguerrido ni sufridor de los peligros y trabajos, de más lengua que manos, robador de sus aliados, y presa de los enemigos, hecho en fin a vivir sin rienda ni moderación alguna; de suerte que al nuevo general le daba más cuidado lo estragado de las costumbres de los soldados que alivio o esperanza su gran número. Y aunque la dilación de los comicios habla acortado el tiempo del estío, y Metelo conocía bien que en Roma estaba el pueblo ansioso esperando el éxito de la guerra, resolvió, sin embargo, no emprender cosa alguna, hasta tanto que hubiese ejercitado bien a los soldados en la disciplina militar de sus mayores. Porque Albino, amedrentado por la desgracia de su hermano y la del ejército y resuelto a no salir un paso de la provincia, tuvo ordinariamente a los soldados en cuarteles fijos todo el tiempo del verano, en que conservó el mando, si no

era cuando el mal olor o la necesidad de forrajes le obligaba a mudar de sitio. Ni se hacían las guardias según la costumbre militar: el que quería se ausentaba por su antojo de las banderas; los vivanderos mezclados con los soldados andaban día y noche ociosos y derramados por varias partes, talaban los campos, tomaban por fuerza las caserías, robando sus ganados y esclavos a porfía, y los trocaban con los mercaderes por vino que les traían de afuera y cosas semejantes; vendían además de esto el trigo que el público les daba por meses, y después compraban el pan diariamente. En suma, cuantos males, hijos de la flojedad y la lujuria, pueden decirse o imaginarse, tantos y aún más se hallaron en aquel ejército.

Entre estos embarazos hallo yo a Metelo no menos prudente y grande que en lo más vivo de la guerra; tal fue su templanza entre la ambiciosa blandura y el rigor. Lo primero, pues, que hizo fue quitar cuanto podía fomentar la pereza y regalo, mandando «que nadie en los reales vendiese pan ni vianda alguna cocida; que los vivanderos no siguiesen al ejército; que el soldado raso, ni en el campo ni en la expedición tuviese esclavo o caballería; y en lo demás poniendo con grande arte las cosas en buen

orden. Mudaba además de esto cada día la situación de los reales por varias travesías; fortificábalos con su valla y foso, como si estuviera a la vista el enemigo, ponía en ellos muy espesas centinelas, haciendo por sí mismo la ronda en compañía de los primeros oficiales. Hallábase unas veces en el frente del ejército, otras en la retaguardia; pero regularmente en el centro, a fin de que nadie se desordenase; y para que no se alejasen en las banderas, dispuso que los soldados llevasen consigo su comida y sus armas. De esta suerte, impidiendo los delitos más que castigándolos, logró restablecer en breve el ejército.

Cuando entendió Jugurta por sus espías en lo que Metelo se ocupaba y sabiendo desde que estuvo en Roma su integridad, comenzó a desconfiar de sus cosas y entonces finalmente quiso de veras entregarse. Resuélvese, pues, a enviar sus mensajeros a Metelo con orden de que únicamente le pidan la vida para sí y para sus hijos, y lo demás lo entreguen sin reserva al pueblo romano. Pero tenía Metelo experimentado mucho antes, cuán poco de fiar y cuán volubles y amigos de novedades eran los númidas; y así se introduce con los mensajeros, háblales a cada uno de por sí y sondeándolos poco a poco, cuando vio que daban alguna entrada a su

designio, solicita de ellos a fuerza de promesas «que le entreguen, si es posible, la persona y si no la cabeza de Jugurta; pero en público dio a todos juntos la respuesta que quería llevasen al rey. De allí a pocos días se encamina con su ejército bien disciplinado y deseoso de obrar hacia la Numidia, donde contra el regular aspecto de un país que está en guerra, encuentra las chozas llenas de gente y los campos de colonos y ganados, y que de los pueblos y mapalias le salían a recibir los gobernadores que en ellos tenía el rey, dispuestos a aprontar trigo, a transportar víveres y últimamente a hacer cuanto se les mandase. Pero no por eso Metelo procedía menos cauto; antes bien, marchaba con su ejército formado, y siempre a punto, como si tuviese al lado al enemigo, haciendo alargar más a los batidores para que lo explorasen todo, persuadido a que lo de la entrega no era sino añagaza para hacerle dar en alguna emboscada. Y así él iba en la vanguardia con los compañías ligeras y una banda escogida de honderos y ballesteros; Cayo Mario legado en la retaguardia con nuestra caballería; la de los auxiliares la había repartido entre los tribunos y prefectos de las cohortes a uno y otro lado del ejército, a fin de que interpolada con nuestra tropa ligera pudiese recha-

zar la caballería de los enemigos por cualquiera parte que embistiese. Porque Jugurta era tan astuto y tan práctico del terreno y de la guerra, que podía dudarse si era más de temer ausente o cuando estaba a la vista, si haciendo guerra o estando en paz.

Había no lejos del camino que llevaba Metelo una ciudad de Numidia, llamada Vaca, emporio el más célebre de todo el reino, donde solían habitar y comerciaban muchos mercaderes italianos. En ella puso guarnición el cónsul, por ver cómo sería recibida, y si se le franquearían sus entradas. Mandó después de esto conducir allí trigo y lo demás necesario para la guerra, creyendo, como era natural, que la copia de mercaderes y de vituallas podría ser útil al ejército, y juntamente servir de seguridad a las prevenciones que se hiciesen. En este intermedio no cesaba Jugurta, por medio de sus mensajeros, de solicitar con la mayor instancia el tratado de paz, ofreciendo entregarse a Metelo, sin más condiciones que su vida y la de sus hijos. Pero el cónsul los enviaba a sus casas, como a los primeros, después de haberlos inducido a que le entregasen a su rey, sin rehusar ni ofrecer la paz que éste pretendía, y entretanto esperaba a ver si tendría efecto lo que le habían prometido los mensajeros.

Jugurta, cotejadas las palabras con los hechos de Metelo y echando de ver que le hería por sus mismos filos; porque al paso que le daba esperanzas de paz, le hacía una guerra muy cruel, en la que había perdido una ciudad considerable, los enemigos habían tomado conocimiento de la tierra y sus vasallos habían sido solicitados para que le desamparasen; obligado de la necesidad determinó volver a las armas. Habiendo, pues, explorado el camino que llevaban los enemigos y lisonjeándose de que podría vencerlos en algún sitio ventajoso, junta cuanto más gente puede de todas clases, y por veredas ocultas se adelanta y ataja al ejército de Metelo. Había en la parte de Numidia, que cupo a Aderbal, un río que tenía su origen al Mediodía, llamado Mutul; y cerca de veinte millas de él corría en igual distancia una cordillera de montes pelados y sin cultura alguna, del medio de la cual salía como una colina, cuyo fin no se alcanzaba a ver, vestida de acebuches, arrayanes y otras plantas de las que suelen producir las tierras secas y arenosas. La llanura intermedia estaba del todo yerma por falta de agua, a excepción de las cercanías del río, en que había varios arbustos y frecuencia de ganados y colonos.

En esta colina, pues, que como dijimos se alargaba al través del camino que traía Metelo, sentó Jugurta su campo, dándole mucha extensión por el frente. A Bomílcar dio el cargo de los elefantes, y parte de la infantería, diciéndole lo que debía hacer; él se apostó más cerca del monte con toda la caballería y los infantes escogidos, y girando por los escuadrones y compañías una a una, exhorta y conjura a sus soldados victoria, defiendan sus personas y su reino de la avaricia, «que, acordándose del valor antiguo y de la pasada de los romanos. Díceles que van a pelear con los mismos a quienes ya antes habían vencido y hecho pasar por bajo del yugo; que sólo habían mudado de caudillo, no de ánimo; que cuantas precauciones podía un buen general tomar, tantas había él tomado; lugar ventajoso, que los prácticos del terreno peleasen con los que no lo eran y nunca los menos contra superior número, ni los bisoños con los más aguerridos. Y así, que estuviesen apercebidos, y a punto para acometer a los romanos, luego que se les diese la señal, que aquel día o les aseguraría el fruto de sus trabajos y victorias o sería principio de las mayores desgracias e infortunios. Va, además de esto, acordando en particular a los que por alguna hazaña había honrado y

regalado, las mercedes y que les había hecho, y poniéndolos a la vista de los demás. últimamente, prometiendo a éstos, amenazando y rogando a aquéllos, según era el genio de cada uno, los disponía y animaba de diversos modos para la batalla, cuando entretanto Metelo, que nada sabía del enemigo, le descubre al bajar del monte con su ejército. Y al principio no acababa de comprender lo que sería aquel extraño objeto (porque los caballos e infantes númeradas estaban entre las matas, ni bien del todo encubiertos por lo bajo de ellas, ni dando idea clara de sí, por lo caprichoso del terreno y por la astucia con que ellos y sus banderas se habían ocultado). Pero cayendo presto en la cuenta de lo que aquello era, hizo un ligero alto, y mudando la formación del lado derecho, que era el más inmediato al enemigo, escuadrona y divide el ejército en tres cuerpos, reparte entre los claros de las compañías los honderos y ballesteros, acomoda la caballería toda en las dos alas, y habiendo exhortado brevemente a los soldados, según lo permitía el tiempo, conduce el ejército a lo llano, así como lo había escuadronado, haciendo el lado derecho, que formaba su vanguardia, frente al enemigo.

Pero como vio que los númeridos se estaban quietos y que no bajaban de la colina, recelando que el ejército por lo ardiente de la estación y la escasez de agua pereciese de sed, hizo que Rutilio, su legado, con algunas compañías ligeras y parte de la caballería se adelantasen al río, para tomar con tiempo sitio donde acampar, persuadido a que los enemigos, acometiendo muchas veces por los costados, retardarían su marcha, y que viéndose inferiores en fuerzas, tirarían a fatigar a sus soldados con el cansancio y con la sed. Después, según el caso y el lugar lo permitían, fue poco a poco prosiguiendo su camino en la forma en que había bajado del monte, llevando a Mario en el cuerpo de batalla, y él yendo con la caballería del ala izquierda, la cual, según el movimiento del ejército, había venido a ser su vanguardia. Jugurta, cuando vio que la retaguardia de Metelo se había adelantado a sus primeros escuadrones, ocupa con un cuerpo como de dos mil infantes el monte por donde habla bajado Metelo, a fin de que en caso de retirarse los nuestros, no les sirviese de abrigo, y después se fortificasen en él; y dando de repente la señal, acomete a los enemigos. Los númeridos, unos dan sobre nuestra retaguardia, otros hacen sus tentativas por la derecha e izquier-

da, porfiando, estrechando y procurando por todas partes desordenar nuestras líneas. En ellas, aun los que resistían con mayor esfuerzo, burlados por el irregular modo de pelear de los enemigos, eran heridos desde lejos, sin poder vengarse ni venir a las manos, porque Jugurta había prevenido a los de a caballo que cuando les persiguiesen en tropa los romanos no se retirasen apiñados, ni en un cuerpo, sino cada cual por su lado y lo más desviados que pudiesen. De esa suerte, siendo superiores en número, cuando no podían hacer frente a los nuestros, los cogían ya desordenados por las espaldas o por los lados; y si les acomodaba más para la fuga el collado que la llanura, allí también los caballos númerados, hechos a sus veredas, se escabullían fácilmente entre las matas, al paso que a los nuestros embarazaba la aspereza y poca práctica del terreno.

Era el aspecto de todo el campo fluctuante y vario, causando a un mismo tiempo horror y compasión. De los desmandados parte huían, otros seguían el alcance, sin acordarse nadie de su formación ni de sus banderas. Donde a cada uno le cogía el riesgo, allí hacía frente y procuraba superarle; armas, lanzas, caballos, hombres, númerados y romanos, todos andaban mezclados y revueltos: nada se hacía

por consejo ni orden, todo lo gobernaba el acaso. Así pasó gran parte del día y aún estaba pendiente el éxito de la batalla. Finalmente, cansados ya unos y otros con el trabajo y el calor y visto por Metelo que los números no estrechaban tanto como antes, reúne poco a poco su gente, vuelve a ordenar las líneas y opone cuatro cohortes legionarias a la infantería de los enemigos, gran parte de la cual, fatigada, tomaba algún aliento en lo alto del collado; ruega al mismo tiempo y exhorta a los soldados «que no desfallezcan, ni den lugar a que venzan los enemigos que ya huyen. Díceles que no tienen reales, ni atrincheraimiento alguno adonde acogerse en la retirada, ni más recurso que las armas. Pero ni Jugurta estaba entretanto ocioso: giraba, animaba a los suyos, renovaba la pelea; hacía mil tentativas por sí mismo con su tropa escogida; socorría a los suyos, cargaba a los enemigos que vacilaban, y a los que veía firmes los contenía desde lejos con las armas arrojadizas.

De esta suerte combatían estos dos grandes capitanes, Iguales en el valor y pericia militar, pero desiguales en fuerzas. Metelo tenía mejor gente; pero el sitio le era poco favorable. Al contrario, Jugurta llevaba ventaja en todo, sino en la calidad de su tropa. Pero al fin, viendo los romanos que ni

ellos tenían donde retirarse, ni los enemigos volvían a la batalla, y se acercaba ya la noche, suben a pechos, según el orden que tenían, a lo alto del collado; echan de allí a los números y los desbaratan y ponen en huida, pero con muerte de pocos, porque a los más salvó su ligereza y el no ser los nuestros prácticos del terreno. Entretanto Amílcar que, como dijimos, estaba encargado de los elefantes y parte de la infantería, luego que se le adelantó Rutilio, conduce poco a poco los suyos a una llanura, y mientras el legado se daba prisa por llegar al río, que era su designio, pudo él con su sosiego poner su gente en orden según el caso lo pedía; y no omitió diligencia para saber en qué se ocupaba por todas partes su enemigo. Sabido, pues, que Rutilio había sentado su campo y estaba sin cuidado, y viendo al mismo tiempo que se aumentaba el estruendo de la batalla de Jugurta, receloso de que si el legado lo llegaba a entender, iría prontamente a socorrer a los suyos en aquel peligro, extendió el frente de su tropa (que hasta allí por lo poco que confiaba en ella había tenido muy unida) para impedir el paso a su enemigo y en esa posición marcha hacia los reales de Rutilio.

Los romanos advierten de improviso una gran polvareda, sin descubrir la causa, porque lo embar-

zaban los arbustos de que estaba vestida la campaña. Y aunque al principio juzgaron que sería polvo que se levantaba con el viento, cuando observaron que se mantenía en un estado y que se les iba acercando al paso que se movía el escuadrón, entendido lo que era, toman apresuradamente las armas, fórmanse en batalla delante de los reales, según el orden que se les dio, y llegando a tiro, trábase con gran vocería de ambas partes. Los númidas sólo hicieron frente mientras tuvieron confianza de que los elefantes les socorrerían; pero cuando vieron que éstos, embarazados con las ramas y perdida su formación a manos de los nuestros, echan precipitadamente a huir, y los más, arrojando las armas, se escapan sin daño alguno al abrigo del collado y de la noche, que comenzaba ya a cerrarse. Tomáronse cuatro elefantes: el resto hasta cuarenta fueron muertos. Los romanos, aunque cansados y rendidos por el trabajo del camino, del acampamento y la batalla, viendo que Metelo tardaba en llegar más de lo que creían, vanse a encontrarle, así escuadronados como estaban, y prontos para cualquier acontecimiento, porque los engaños de los númidas no permitían el menor descuido. Y al principio, cuando llegaron cerca, con la oscuridad de la noche y el rui-

do que ambas partes hacían, comienzan unos y otros a temer y alborotarse como si viniese el enemigo, y estuvo a pique, por esta incertidumbre, de haber sucedido una gran fatalidad, si los caballos avanzados de una y otra parte no hubiesen aclarado lo que era; con lo que el miedo que tenían se trocó repentinamente en gozo. Los soldados alegres llámanse unos a otros por sus nombres; cuéntanse mutuamente las particularidades del suceso; cada uno pone en las nubes sus hazañas, que esta es la condición humana: jactarse y gloriarse en la victoria aun los cobardes, y, al contrario, abatir a los valerosos las desgracias.

Metelo habiendo permanecido cuatro días en el acampamento de Rutilio, cura con gran diligencia a los heridos, premia según la costumbre militar a los que se habían distinguido en las dos acciones, alaba y da gracias en público a todos y les exhorta «a que se porten con igual valor en lo que resta, que es cosa ya ligera. Díceles, que bastante han peleado ya por la gloria de vencer, que lo que falta de trabajo ha de ser para enriquecerse con la presa. Entretanto envía algunos desertores y otros sujetos a propósito para explorar por dónde iba y lo que meditaba Jugurta, si tenía poca gente o ejército formado, y cómo se go-

bernaba después de vencido. Por ellos supo haberse retirado a lugares fragosos y fuertes por naturaleza, y que allí juntaba un ejército mayor en número que el primero, pero de gente bozal, de poco valor y más para el campo y los ganados que para la guerra. Nacía esto de que entre los nómadas nadie sigue a su rey en las derrotas, a excepción de los caballeros de la guardia real; los demás vanse cada uno adonde quiere, sin que esto se tenga por delito militar. Así lo llevan sus costumbres. Viendo, pues, Metelo que ni aun entonces había el rey perdido el ánimo y que se iba a emprender de nuevo una guerra, que era preciso hacerla dónde y cómo Jugurta quisiese; que era muy desigual su partido y el de sus enemigos, porque aun siendo éstos vencidos, perdían menos que los vencedores, determinó proseguir la guerra, no con batallas ni peleas, como hasta entonces, sino por un rumbo diferente. Vase, pues, a las ciudades más ricas de Numidia: tala sus campos; toma y abraza muchas villas y castillos poco fortificados o que estaban sin guarnición; manda pasar a cuchillo a cuantos puedan tomar las armas, y todo lo demás lo da al saco a los soldados. Con este miedo se entregaron muchos por rehenes a los romanos, se aprontó trigo y lo demás de servicio en abundancia

y se puso guarnición donde se creyó conveniente; cuyas calamidades hacían más impresión en el ánimo del rey que la pasada derrota. Porque teniendo puesta toda su esperanza en evitar los encuentros con Metelo, se veía precisado a seguirle, y no pudiendo aún defenderse en los lugares ventajosos, tenía que hacer la guerra en los que le eran poco favorables. Resuelve, no obstante esto, lo que en aquel apuro le pareció mejor, es a saber, que el grueso del ejército le aguardase en los sitios donde solía estar: él, con la caballería escogida sigue a Metelo, y caminando de noche por veredas desusadas, sin que nadie le observase, acomete improvisamente a los romanos, que andaban derramados: mata a los más de ellos que halló sin las armas, cautiva a muchos; ni uno siquiera se escapó sin herida, y antes que de los reales puedan socorrerles, se retiran los númidas, según el orden que tenían, a los montes inmediatos.

Entretanto habla gran regocijo en Roma por las noticias que se tenían de Metelo: es a saber, por su buena conducta y haber gobernado a su ejército a semejanza de sus mayores, y porque, sin embargo, de serle contrario el lugar de la batalla había por su esfuerzo salido vencedor, apoderándose de la tierra del enemigo y obligado a Jugurta (a quien la flojedad

de Aulo había hecho insolente) a librar toda la esperanza de salvarse en la aspereza de los montes o en la fuga. Y así el Senado manda que por estos sucesos felices se den gracias públicamente a los dioses inmortales; y la ciudad, antes sobresaltada y cuidadosa del éxito de la guerra, se alegra y explaya, ensalzando el nombre de Metelo. Éste, por lo mismo, se aplica con más empeño a terminar la guerra, y no omite diligencia para ello; pero cuidando mucho de no dar ocasión de que le asaltase el enemigo, y teniendo presente que a la gloria sigue comúnmente la envidia. De esta suerte, cuanto era su crédito mayor, andaba más vigilante y cuidadoso; ni permitía después de la sorpresa de Jugurta que los soldados derramados saliesen a pillaje; antes bien, hacía que los escoltasen las cohortes y toda la caballería, cuando había falta de forrajes o de trigo. Parte del ejército mandaba Metelo por sí mismo, el resto Mario, y ambos asolaban la campaña, no tanto con las correrías, como a fuego. Acampaban separadamente, aunque a poca distancia uno de otro. Cuando era necesaria fuerza, se juntaban; pero a fin de esparcir más lejos el terror y la fuga, tomaba cada uno su rumbo. Entretanto Jugurta seguía sus pasos por los montes, buscando lugar y ocasión de sorprenderlos;

destruía los pastos y las pocas fuentes que había por la parte que entendía que habían de pasar; presentábase unas veces a Metelo, otras a Mario, picando nuestra retaguardia y retirándose inmediatamente a los montes; ahora amagaba a unos, luego a otros, sin hacernos guerra, ni dejarnos quietos, con sólo el fin de entretener y apartar de su intento al general.

Éste, viendo que se le inquietaba con falsas alarmas y que el enemigo huía la batalla, resuelve conquistar a Zama, ciudad grande y llave por aquella parte del reino; juzgando, como era natural, que Jugurta iría en socorro de los sitiados y que allí vendría con él a las manos. Pero éste entendió por nuestros desertores lo que se le preparaba, y anticipándose a fuerza de marchas a Metelo, exhorta a los ciudadanos de Zama a la defensa y refuerza su guarnición con los desertores mismos, gente para el caso la más segura de todas sus tropas, porque no podía engañar sino a gran riesgo. Ofréceles sobre esto que él irá en persona y con ejército a socorrerlos, cuando sea tiempo. Dispuestas así las cosas, retírase a unos lugares muy fuera de comunicación; pero habiendo poco después sabido que Mario con algunas cohortes había sido enviado desde el camino de Zama por trigo a Sica, que era la primera ciu-

dad que después de la derrota había abandonado a Jugurta, encaminase allá de noche con su caballería escogida y traba en las mismas puertas de ella la pelea con los nuestros, que iban ya saliendo; exhorta al mismo tiempo en alta voz a los sicenses «que los acometan por las espaldas; díceles que la fortuna les ha puesto en las manos la más bella ocasión para una acción gloriosa, y que haciéndolo así, asegurará él su reino y ellos su libertad y su quietud para siempre. Y a la verdad si Mario no se hubiera echado tan presto sobre el enemigo con sus banderas y salido de la ciudad, todos los más de los sicenses hubieran sin duda alguna mudado de partida; tal es la inconstancia de los númeridas. Los soldados de Jugurta, habiendo sido algún tanto sostenidos con su presencia, cuando ven que el enemigo los estrecha con fuerzas superiores, se retiran huyendo con pérdida de pocos.

Mario llega después a Zama. Estaba esta ciudad situada en una llanura, y así era más fuerte por arte que por naturaleza. Tenía muchas armas, numerosa guarnición y cuanto era necesario para la defensa. Metelo, prevenidas las cosas, según el tiempo y el lugar lo permitían, cerca la muralla con su ejército, señala a los legados dónde debía cada uno mandar;

y dada la señal del asalto, levántase por todas partes gran gritería. Los númeridos no por eso se amedrentan, antes bien fieros y resueltos se mantienen en sus puestos sin turbarse; trábese la pelea. Los romanos, cada cual a su modo, arrojaban desde lejos piedras y balas de plomo contra los defensores; sucedíanse unos a otros, ya zapando, ya escalando el muro, con deseo de llegar a las manos. Por el contrario, los de la ciudad dejaban caer grandes piedras sobre los que se acercaban y les arrojaban jaras, chuzos y teas embreadas con pez y azufre ardiendo. Ni el miedo ponía del todo en salvo a los que estaban apartados, porque a muchos de ellos herían las armas arrojadas a mano o disparadas con máquinas; y así valerosos y cobardes, aunque desiguales en gloria, corrían igual riesgo.

Mientras se peleaba así en Zama, Jugurta acomete de improviso con gran número de gente nuestros reales, y hallando a los que estaban de guardia descuidados y muy ajenos de pensar que podían ser sorprendidos, penetra por una de las puertas. Los nuestros poseídos de repentino espanto, mira cada cual por sí, según era su valor; huyen unos, otros toman las armas, los más son heridos o muertos. Cuarenta hubo solos en toda aquella muchedumbre,

que acordándose del nombre romano, tomaron hechos una pifia un puesto algo superior, de donde jamás los enemigos, por más esfuerzos que hicieron, pudieron desencastillarlos; antes bien, revolvían contra ellos los mismos dardos que les arrojaban, sin errar golpe, por ser muchos en quienes ponían la mira, y si los números se les acercaban, allí era donde más descubrían su valor y donde con mayor esfuerzo los herían y desbarataban, haciéndolos retroceder. Metelo, que se hallaba entonces en lo más vivo de la acción, oye detrás de sí la gritería y estruendo del enemigo, y revolviendo el caballo, ve gentes que huían hacia él, lo que le hizo conocer que eran los suyos. Envía, pues, sin tardanza a los reales toda la caballería y tras ella a Cayo Mario con las cohortes auxiliares, y arrasados sus ojos de lágrimas, le ruega «por su amistad y por el honor de la república, que no permita quede ignominia alguna en el ejército ya vencedor; ni que se vayan los enemigos sin castigo. Mario ejecuta al punto lo mandado. Jugurta, embarazado con el atrincheramiento de los reales (porque unos caían en el foso, otros con la prisa de salir por los portillos angostos se impedían mutuamente), retirase a lugares fuertes con pérdida de muchos, y Metelo, muy cerca ya de la noche,

vuelve al campamento con su ejército, sin haber adelantado nada en el sitio.

El día siguiente, antes de salir al combate, manda formar la caballería delante de los reales en el paraje por donde solía venir el rey; encarga la guarda de las puertas y sus inmediaciones a los tribunos; él se encamina a la ciudad y asalta como el día antecedente la muralla. Jugurta, entretanto, desde una emboscada, se echa de repente sobre los nuestros. Los primeros con quienes dio, desordenánse algún tanto atemorizados; los otros acuden prontamente al socorro. Ni hubieran podido resistir mucho los númeridas, sino por su infantería, que entretejida con los caballos hizo en los nuestros gran estrago en el primer encuentro; a cuyo abrigo la caballería (contra su costumbre de embestir y retirarse luego) acometía de frente, se mezclaba con los nuestros y desordenaba las líneas; y así deshechas y casi ya vencidas las presentaba a su infantería suelta y expedita.

Al mismo tiempo en Zama se peleaba con gran furia. Donde acertaba a hallarse legado o tribuno, allí era el empeño mayor: nadie fiaba sino de sus manos. Lo mismo hacían los defensores, peleando y acudiendo a todas partes, ansiosos más de herir al enemigo que de resguardarse. Olase un confuso

clamor de exhortaciones, alegrías y gemidos; llegaba al cielo el estruendo de los golpes; cruzábanse por el aire las armas arrojadas. Los que guardaban la muralla, si acaso los nuestros aflojaban un momento en el combate, miraban atentamente la batalla de la caballería que se descubría desde allí. Viéraselos ya alegres, ya caídos de ánimo, según iban las cosas de Jugurta; y como si pudiesen ser oídos o vistos de los suyos, los animaban y exhortaban, haciéndoles señas con las manos y ademanes con sus cuerpos, moviéndose ya hacia éste, ya hacia el otro lado, como que se desviaban de los tiros del enemigo, o como que disparaban los suyos. Visto esto por Mario, que se hallaba en aquella parte, comenzó con estudio a aflojar algún tanto, fingiendo que desconfiaba del suceso y dejando a los sitiados gozar a todo su placer de aquel espectáculo. Pero cuando más embebecidos los tenía el afecto a los suyos, asalta de repente la muralla con gran furia; y ya los que la escalaban habían casi llegado a las almenas, cuando acudiendo de todas partes los defensores, arrojan sobre ellos un diluvio de piedras, fuego, dardos y otras armas. Los nuestros resistían al principio; pero rotas muchas de las escaleras, dieron en tierra los que subían por ellas; el resto se salvó co-

mo pudo, pocos de ellos sanos, los más atravesados de heridas. La noche hizo cesar de ambas partes la batalla.

Viendo Metelo frustradas sus ideas y que ni la ciudad se tomaba, ni Jugurta quería pelear sino por sorpresa o en lugares ventajosos, y que ya se había pasado el estío, levanta el sitio de Zama, pone guarnición en las ciudades que se le habían entregado y eran bastante fuertes por su situación o por sus murallas, y acuartela el resto de su ejército en la parte de la provincia romana más cercana a la Numidia, para que invernase allí. Pero ni en ese tiempo estuvo ocioso, ni entregado, como otros suelen, al regalo, sino antes bien, visto que la guerra se adelantaba poco con la fuerza, resuelve valerse de los amigos del rey para tenderle lazos y usar de perfidia en vez de armas. Tienta, pues, con grandes promesas a aquel Bomílear que dijimos había estado con Jugurta en Roma, y que, sin embargo, de hallarse afianzado por la muerte de Masiva, se había ocultamente substraído al juicio con la fuga, el cual por la gran confianza que de él hacía el rey tenía gran proporción para engañarle, y logra desde luego de él que vaya en secreto a verle. Asegúrale después con su palabra que, si le entrega vivo o muerto a Jugurta,

el Senado le perdonará y dejará toda su hacienda, y le persuade a ello fácilmente, ya por su natural infiel, ya porque temía que, si llegaba a hacerse la paz, una de las condiciones sería que le llevasen al suplicio.

Llégase, pues, en la primera ocasión que tuvo a Jugurta, que andaba acongojado y lastimándose de sus trabajos, y le exhorta y ruega con lágrimas, «que mire al fin por sí y por sus hijos y también por sus númidas, que tan acreedores a ello eran. Dícele que no ha habido batalla en que no hayan sido vencidos; que la campaña está asolada, la gente cautiva y muerta, las fuerzas del reino arruinadas; que hartas pruebas tiene ya hechas del valor de sus soldados y de la fortuna; y, finalmente, que no dé lugar con su tardanza a que los númidas se le anticipen. Con estas y otras razones induce al rey a que se entregue. Envíanse mensajeros a Metelo para hacerle saber que Jugurta hará cuanto se le mande, y que desde luego se pone a sí y a su reino en sus manos a discreción y sin pacto alguno. Metelo manda que vengan al instante de los cuarteles cuantos había en ellos del orden senatorio, con quienes, y con otros que creía a propósito, tiene su consejo; y tomada resolución en él, según la costumbre de los mayores, manda a Jugurta que apronte doscientas mil libras

de plata, todos los elefantes y algunos caballos y armas. Hecho esto sin la menor tardanza, ordena que se le traigan atados todos los desertores. Tráesele gran parte, según lo acordado: algunos de ellos, desde que empezó a tratarse de entrega, se habían pasado al rey Boco a la Mauritania. Jugurta, viendo que sobre haberle despojado de sus armas, gente y dinero, le mandaban presentar en Tisidio para oír lo que debería hacer, comenzó a vacilar de nuevo y a temer por su mala conciencia el merecido castigo. Finalmente, habiendo entre estas dudas pasado muchos días, pareciéndole unas veces cualquiera suerte más llevadera que la guerra, por el tedio con que miraba su fortuna, y otras, considerando entre sí cuán dura cosa era pasar de re a siervo, después de haber perdido infructuosamente y lo más y mejor de sus fuerzas, emprende de nuevo la guerra. En Roma, entretanto, el Senado, siendo consultado acerca de la distribución de las provincias, prorrogó a Metelo la Numidia.

Por el mismo tiempo en útica, estando acaso Mario haciendo sus sacrificios, le dijo el arúspice «que las víctimas le pronosticaban cosas grandes y portentosas, y así que llevase adelante sus ideas, fiado en el favor de los dioses, y se entregase sin mie-

do a la fortuna, que todo le sucedería felizmente. Pero a él ya antes de esto le traía muy inquieto su deseo de llegar al consulado, para cuyo logro, a excepción de no ser antigua su familia, le sobraban méritos personales, esto es, industria, bondad, gran pericia militar, presencia de espíritu en la guerra, frugalidad en la paz, genio superior a los placeres y riquezas, y únicamente amante de la gloria. Era natural de Arpino, donde pasó su primera edad; y luego que fue capaz de la milicia, hizo profesión de ella, sin cuidar de cultivar su ánimo con la elocuencia griega, ni con los modales o cortesanas de Roma, y de esta suerte su noble ingenio, con la buena crianza y costumbres, adelantó mucho en breve tiempo. Por lo que no bien hubo acabado de pedir al pueblo el empleo de tribuno militar, cuando, sin conocerle los más de rostro, le eligieron por aclamación todas las tribus, pues era notoria su reputación y fama. De éste fue pasando sucesivamente a otros magistrados, y siempre se hubo en ellos de tal suerte, que generalmente le juzgaban digno de otro mayor. Con todo eso, un hombre tan grande hasta aquel punto (porque después le precipitó su ambición) no tenía valor para pedir el consulado, porque aún entonces pasaba la nobleza de mano en mano

este empleo entre los de su cuerpo, como dividía entre sí la plebe otros magistrados; ni había hombre, por grande que fuese su fama y sus servicios, a quien, si no era noble, no tuviera el pueblo como por tachado y poco a propósito para aquel honor.

Viendo, pues, Mario que la respuesta del arúspice le conducía al término mismo de sus deseos, ruega a Metelo le dé licencia para pasar a Roma a su pretensión. Metelo, aunque tan virtuoso, ilustre y lleno de las más envidiables prendas, era, como de ordinario son los nobles, de un genio despreciador y altivo, y así alterado al principio por ver una cosa tan extraña, comenzó a maravillarse de su modo de pensar y a rogarle en tono de amigo «que no intentase una cosa tan fuera de camino, ni aspirase a lo que era sobre su esfera. Díjole que no era todo para todos, que se contentase con su suerte, y últimamente, que no se expusiese pidiendo al pueblo romano una cosa que, sin hacerle agravio, podría negarle. Pero viendo que ni éstas ni otras tales razones hacían mella en el ánimo de Mario, le respondió «que luego que lo permitiesen los negocios públicos, le daría el permiso que pedía, e importunándole aún Mario, cuentan que le añadió: que no se diese tanta prisa a marchar, que harto llegaría a tiempo de pedir

el consulado, cuando lo pidiese también su hijo. Podría éste tener entonces veinte años y militaba a la sazón en el ejército, bajo el mando y disciplina de su padre. Esta respuesta inflamó vehementemente a Mario, ya para conseguir el honor a que aspiraba, ya especialmente contra Metelo, y así dejándose arrastrar de dos malísimos consejeros, la ambición y la ira, no ponía reparo en decir ni hacer cuanto creía conducente a sus designios. Tenía a los soldados de su cargo en los cuarteles de invierno con menos severa disciplina que hasta entonces; hablaba de la guerra entre los mercaderes, de que había gran muchedumbre en títica; zahiriendo a Metelo y ensalzándose a sí, decía: «que con la mitad del ejército tendría él dentro de pocos días a Jugurta en cadenas; que el general alargaba de propósito la guerra, porque como era hombre hueco y de un fausto casi real, estaba muy bien hallado con el mando. Todo esto como era según el paladar de los mercaderes (porque con haberse alargado la guerra, se habían arruinado sus caudales), se les hacía muy creíble; y para quien desea con ansia, no hay diligencia que baste.

Había, además de esto en nuestro ejército, cierto número llamado Gauda, hijo de Manastabal y nieto de Masinisa, al cual Micipsa en su testamento había

dejado heredero en segundo lugar, hombre de salud muy quebrantada, y por esta razón, de juicio no del todo cabal. Pretendía éste que Metelo le hiciese poner silla junto a sí, según se acostumbra con los reyes, y que le señalase para su guardia cierto número de caballeros romanos. Metelo le había negado uno y otro; la silla, porque era distinción que sólo se concedía a los reyes que el pueblo había reconocido por tales; la guardia, porque le parecía indecoroso que caballeros romanos la hiciesen a un nómida. Introdácese, pues, Mario con este hombre, que andaba acongojado, y le exhorta a que con su ayuda pida al pueblo romano satisfacción de los desaires que el general le hacía; y como por sus achaques tenía el juicio débil, le engríe fácilmente, lisonjeándole «con que era rey, personaje de gran cuenta y nieto de Masinisa, y que si llegaba el caso de que Jugurta fuese muerto o preso (lo que sucedería tan presto como le enviasen a él después de cónsul a esa guerra), obtendría inmediatamente el reino de Numidia. Por este medio logra inducirle, y también a los caballeros, soldados y mercaderes romanos; a unos por el crédito que tenía y a los más con la esperanza de la paz, para que escriban a Roma a sus amigos y parientes, quejándose del gobierno de

Metelo y pidiendo por general de aquella guerra a Mario, que era lo mismo que pedir por un medio honradísimo que le hiciesen cónsul; y esto en un tiempo en que la plebe, habiendo con la ley Mamilia logrado abatir a la nobleza, procuraba colocar en los empleos a los suyos. De esta suerte todo se le iba disponiendo bien a Mario.

Jugurta entretanto, después que abandonado el pensamiento de la entrega volvió a la guerra, prevenía con gran diligencia lo necesario para ella; juntaba ejército, solicitaba, ya por vía de amenazas, ya con premios, reducir a su obediencia las ciudades que le habían desamparado; fortificaba los sitios ventajosos, reparaba o compraba de nuevo armas de todos géneros y lo demás de que con la esperanza de la paz se había despojado; atraía a su servicio a los esclavos de los romanos y procuraba ganar con dinero hasta a los mismos soldados de las guarniciones; en suma, todo lo tentaba y revolvía, sin dejar piedra por mover. En Vaca, pues, donde Metelo en los principios, cuando Jugurta andaba en tratos de paz, había puesto guarnición, los principales ciudadanos (porque el vulgo en todas partes, y más entre los nómadas, siempre es voluble, alborotado, rencilloso, amigo de novedades y contrario de

la pública quietud), importunados por los ruegos de su rey, de quien más por fuerza que de su voluntad se habían separado, fraguan entre sí una conjuración contra los romanos; y cuando tuvieron las cosas ya dispuestas, determinan su ejecución para el tercer día, que por ser festivo y célebre en todo el África, prometía juegos y regocijos más que recelos ni temores. Llegado que fue, convidan a comer a sus casas a los centuriones, a los tribunos y al mismo gobernador de la ciudad, Tito Turpilio Silano, cada cual al suyo; y mientras comían mátanlos a todos, a excepción de Turpilio. Después acometen a los soldados, que por ser el día que era andaban derramados, sin armas y sin caudillo. Lo mismo hace el vulgo; parte sabedor por medio de la nobleza de lo que se trataba, otros por genio e inclinación a semejantes revueltas, los cuales, aun ignorando lo que hacían y el fin a que aquello se dirigía, gustaban del tumulto y de las novedades por sí mismas.

Los soldados romanos, sobrecogidos con el repentino miedo, sin acertar ni saber qué hacerse, corren turbados al alcázar de la ciudad, donde tenían sus banderas y escudos; pero la guarnición enemiga, que lo había ocupado y cerrado de antemano las puertas, se lo impedía. Además de esto, las mujeres

y niños echaban a porfía desde los terrados piedras y cuanto les venía a las manos, de suerte que ni podían precaverse contra un riesgo que les cercaba por todas partes, ni resistir unos hombres tan esforzados al sexo y edad más débiles; y así buenos y malos, valerosos y cobardes, murieron igualmente sin poder tomar satisfacción. En medio de tantas dificultades, estando encarnizados los númidas y cerradas todas las puertas de la ciudad, Turpilio, su gobernador, fue el único que escapó sin lesión. Si fue esto compasión que de él tuvo el que le hospedó en su casa, o bien concierto o casualidad, no he podido averiguarlo; sólo sí me parece que quien en una adversidad tan grande estimó más vivir afrentado que morir con reputación, debe tenerse por hombre infame y detestable.

Metelo, cuando supo lo de Vaca, retirase un poco a su estancia con la pesadumbre; pero luego que ésta dio lugar a la ira, dispónese con el mayor cuidado a vengar prontamente la injuria; saca de sus cuarteles al mismo ponerse el sol la legión con que invernaba, y cuantos más númidas de a caballo encontró apercebidos, y al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana, llega a cierta llanura rodeada de pequeños collados, y haciendo allí alto, dice a su

tropa (que cansada con lo largo de la marcha rehusaba ya obedecer) «que Vaca no distaba sino una milla, que era honor suyo sufrir constantemente lo que restaba de trabajo hasta vengar a sus valerosos y desgraciados conciudadanos. Ofrécela además de esto liberalmente la presa, con lo que, alentados los soldados, ordena que la caballería ocupe la vanguardia del escuadrón y la infantería se estreche lo más que pueda y oculte sus banderas.

Los de Vaca, cuando echaron de ver que se encaminaba un ejército hacia ellos, al principio creyendo que fuese Metelo, como era la verdad, cerraron las puertas, pero luego que vieron que ni la campaña se talaba y que los que venían en las primeras filas eran nómadas de a caballo, de nuevo hicieron juicio que era Jugurta y salen con gran contento a recibirle. Nuestra caballería e infantería, habiéndose de repente dado la señal, unos hieren a su placer en aquella muchedumbre derramada, otros vanse a toda prisa a ocupar las puertas y apoderarse de las torres, venciendo la ira y la esperanza del despojo el gran cansancio que tenían. De esta suerte los de Vaca no gozaron sino dos días del fruto de su perfidia, y esta ciudad grande y opulenta fue pasada enteramente a cuchillo y saqueada. Turpilio, en

otro tiempo su gobernador, que como dijimos fue el único que escapó de ella, siendo mandado comparecer y dar sus descargos, no habiendo parecido a Metelo suficientes, después de sentenciado y azotado, pagó con su cabeza, por ser ciudadano del Lacio.

Por el mismo tiempo Bomílear, autor del pensamiento de la entrega (que Jugurta, medroso, abandonó después de comenzada), siendo desde aquella hora sospechoso al rey, y él también teniéndose por poco seguro, deseaba que las cosas se mudasen y buscaba ocasiones de perderle, fatigándose en ello día y noche, hasta que, tentando cuantos medios pudo, logra ganar a Nabdalsa, hombre ilustre, famoso por sus riquezas y bienquisto de sus compatriotas, el cual solía mandar un ejército distinto al del rey y despachar por sí todos los negocios que Jugurta no podía, por estar cansado o ocupado en otros mayores, lo que le produjo crédito y riquezas. Queda, pues, por consejo de ambos acordado el día para la traición, dejando pendiente lo demás para resolverlo en la ocurrencia, según el caso lo pidiese. Pártese Nabdalsa a su ejército, que, según el orden de Jugurta, tenía apostado entre los cuarteles de los romanos, a fin de que no pudiesen talar a su salvo la

campana. Pero después, acobardado por lo grande del empeño en que se había metido y temeroso del éxito, no acudió al plazo señalado. Bomílear a un mismo tiempo, atormentado del deseo de llevar al fin su empresa y receloso de su compañero, no fuera que arrepentido del concierto tomase otras medidas, escríbele con persona de su satisfacción una carta en que le trataba de cobarde y flojo; pónle delante a los dioses, por cuya fe había jurado, y le dice «que no haga de suerte que las promesas de Metelo se vuelvan en su daño. Añade que Jugurta de todos modos ha de morir presto; que el punto está en si ha de ser a sus manos o por el valor de Metelo, y así que reflexione bien si quiere más la recompensa o el suplicio.

Cuando llegó esta carta, se hallaba casualmente Nabdalsa reposando en su lecho, por hallarse fatigado del ejercicio, y viendo lo que Bomilcar le decía, le sobrecogió el cuidado y luego el sueño, como sucede a un ánimo apesadumbrado. Tenía consigo Nabdalsa un númida que le ayudaba en sus negocios, hombre fiel, a quien amaba mucho, y era sabedor de todos sus secretos, excepto éste. El númida apenas entendió que había llegado una carta, creyendo, como en otras ocasiones, que para el despa-

cho de ella sería necesaria su asistencia y consejo, entra en la tienda de Nabdalsa y hallándole dormido, toma la carta que sin reflexión había puesto en la cabecera de la cama sobre la almohada; léela y vista la traición que se tramaba contra su rey, vase inmediatamente a darle cuenta. Despierta poco después Nabdalsa; y cuando se halla sin la carta y entiende cuanto había pasado, primero intenta alcanzar y detener al que iba con la noticia, y no habiendo podido lograrlo, vase a Jugurta para aplacarle y decirle «que la perfidia de aquel confidente suyo se le había anticipado a hacer lo mismo que él pensaba, pídele con muchas lágrimas, por su amistad y buenos servicios hasta entonces, que no entre en sospecha de él sobre aquel hecho.

El rey le responde plácidamente, pero muy contra lo que pensaba en su interior, y con haber hecho morir a Bomílcar y a otros muchos que supo ser cómplices de la conjuración, desahogó algún tanto su enojo, sin atreverse a más, por miedo de que no se levantase con ocasión de eso algún tumulto. Desde este lance no tuvo ya Jugurta día o noche alguna con sosiego; de nadie se fiaba, ni se tenía por seguro en tiempo ni en paraje alguno; temía no menos a los suyos que a los enemigos; volvía

frecuentemente el rostro a todas partes, sobresaltándose a cualquier ruido; dormía ya en un lugar, ya en otro, muchas veces contra lo que pedía el real decoro, y despertando a menudo, tomaba las armas y lo alborotaba todo. De esta suerte su miedo le traía como loca.

Metelo, luego que por los desertores supo la desgracia de Bomílear y que se había descubierto lo que se trataba, de nuevo se apercibe a la guerra con la misma diligencia que al principio, y hecho cargo de que Mario (el cual no cesaba de importunarle con sus ruegos) no sería ya allí más de provecho, porque sobre no serle agradable, se había estrellado con él abiertamente, dale su licencia para partirse a Roma, donde la plebe, habiendo entendido lo que las cartas decían de Metelo y Mario, estaba con lo uno y lo otro muy contenta, porque la calidad de noble, que hasta allí había realzado al general, comenzó desde entonces a hacerle odioso, y al contrario el nacimiento humilde de Mario le granjeaba crédito para con el vulgo, bien que ni en uno ni en otro regían para esto sus buenas o sus malas calidades, sino el empeño de los partidos. Además de esto, los magistrados sediciosos no cesaban de alborotar al vulgo, atribuyendo en todas sus Metelo delitos capitales

y ensalzando más y más arengas a el valor de Mario. últimamente la plebe estaba tan acalorada, que todos los artesanos y labradores que no tenían más crédito ni bienes que el trabajo de sus manos, abandonando sus haciendas, iban a casa de Mario y dejaban de atender a sus familias por hacerle obsequio. De esta suerte, consternada la nobleza, vino al fin a conferirse el consulado a este hombre de inferior condición, cosa que no se había visto largo tiempo; y el pueblo, preguntado después por Lucio Manlio Mantino su tribuno, ¿a quién quería por general contra Jugurta?, dijo casi a una voz, que a Mario. Por lo cual, aunque el Senado había poco antes decretado a Metelo la Numidia, no tuvo esta determinación efecto.

En el mismo tiempo Jugurta, habiendo perdido a sus amigos, de los cuales los más había hecho él matar y otros por miedo se habían pasado a los romanos o al rey Boco, viendo que no podía la guerra hacerse sin oficiales y que era muy arriesgado hacer experiencia de los nuevos, a vista de la deslealtad de los antiguos, andaba dudoso y fluctuante, sin hallar cosa ni resolución, ni persona alguna que le satisficiese; tomaba cada día rumbos distintos; mudaba gobernadores; volvía unas veces el rostro al enemi-

go, otras se encaminaba a las soledades; su esperanza la ponía de ordinario en huir los encuentros, pero poco después en las armas, sin saber si fiaría menos del valor o de la fidelidad de sus vasallos. De esta suerte a cualquiera parte que se volvía, todo le era contrario. Entre estas dilaciones sobreviene de repente Metelo con su ejército. Jugurta dispone y escuadrona a los númidas, según lo permitía el tiempo, y comienza luego la batalla. Donde asistía el rey hubo alguna resistencia; los demás al primer encuentro fueron rotos y ahuyentados, quedando los romanos dueños de las banderas, de las armas y de un pequeño número de enemigos; porque a éstos, casi en todas las batallas, salvaba más su ligereza que las manos.

Jugurta con la nueva desgracia, desconfiando mucho más de sus cosas, encamínase con parte de su caballería y los desertores a las soledades, y desde allí a Tala, ciudad considerable y rica, donde estaban los principales tesoros del rey y donde sus hijos se criaban con gran magnificencia. Entendido esto por Metelo, aunque no ignoraba que desde un río, que tenía cerca, hasta Tala no se hallaban en el espacio de cincuenta millas sino tierras áridas y despobladas, sin embargo, con la esperanza de acabar la

guerra, si lograba apoderarse de aquella ciudad, empuñase en superar todas las dificultades y vencer a la naturaleza misma. Dispone, pues, que se descargue todo el bagaje, a excepción del trigo necesario para diez días, y que se traigan odres y otros vasos a propósito para conducir agua. Busca, además de esto, en aquellos campos el mayor número que puede de bestias de carga y acomoda en ellas vasijas de todos géneros, las más de madera, recogidas en las chozas de los númidas. Manda asimismo a los pueblos comarcanos que después de la derrota de Jugurta se le habían entregado, acarrear cada uno la mayor porción de agua que pudiese, señalándose día y lugar donde debían tenerla a punto, y él carga también su bagaje del agua de aquel río, que, como dijimos, era el más cercano a la ciudad. Con esta prevención se encamina a Tala, y habiendo llegado al sitio donde había mandado que le esperasen los númidas, y puesto y fortificado en él su campo, dícese que llovió repentinamente tanto, que sólo aquel agua hubiera sido bastante y aun sobrada para el ejército. Hubo también más víveres de lo que se esperaba, porque los númidas, como es regular en los que de nuevo se rinden, se mostraron muy officiosos. Pero nuestros soldados usaban más del agua llovediza,

teniéndola por milagrosa, lo que les infundía mucho ánimo, por persuadirse que cuidaban de su conservación los dioses inmortales. De esta suerte llegan el siguiente día a Tala contra la expectación de Jugurta. Los ciudadanos, que se tenían por seguros sólo por lo inaccesible de aquel sitio, aunque espantados viendo una cosa tal y tan extraña, no por eso dejaron de atender con el mayor cuidado a la defensa. Lo mismo hacen por su parte los nuestros.

Pero Jugurta, viendo que nada sería ya difícil a Metelo, después de haber vencido con su industria la fuerza de las armas, la aspereza de los sitios, el rigor de las estaciones y hasta la misma naturaleza, árbitra de las cosas humanas, sálese de noche de la ciudad con sus hijos y con gran parte de sus tesoros. Ni después de esto se detuvo ya en lugar alguno más que un día o una noche, pretextando pedirlo así sus ocupaciones; pero en la realidad era por miedo que tenía de alguna traición, la cual juzgaba que podría evitar mudando frecuentemente sitios, porque semejantes tratos necesitan para fraguarse tiempo y oportunidad. Pero Metelo, viendo que los ciudadanos se apercibían a la defensa y que la ciudad era bastantemente fuerte por arte y por su situación, cércala con su vallado y foso; manda adelantar los

manteletes por los parajes que entre todos creyó más oportunos; levanta un cordón de tierra y sobre él algunas torres, desde las cuales pudiesen ser sostenidos los que asistían y gobernaban los trabajos del sitio. Por el contrario, los defensores se prevenían y acudían con gran diligencia a todo; en suma, ni unos ni otros dejaban cosa por hacer. Pero al fin los romanos, aunque cansados de antemano con tantos trabajos y batallas, a los cuarenta días de haber llegado a Tala se apoderaron de ella; mas no gozaron de la presa, porque la habían destruido enteramente los desertores. Éstos, viendo que los arietes comenzaban ya a hacer brecha en las murallas y que sus cosas no tenían remedio, llevan al palacio el oro, la plata y cuanto había precioso en la ciudad, y cargados de vino y de comida lo abrasan todo juntamente con el edificio, y ellos mismos se entregan a las llamas, tomándose por sus manos el castigo, que siendo vencidos pudieran temer de sus enemigos.

Al mismo tiempo que se ganó Tala, llegaron a Metelo mensajeros de la ciudad de Leptis, suplicándole «que les enviase guarnición y gobernador, porque cierto Amílcar, hombre noble y partidario intentaba alborotarla y no hacía caso de las órdenes

del magistrado, ni de ley alguna; y añadieron «que si no daba pronta providencia, corría sumo ries o aquella ciudad, su aliada. Porque en la realidad los 9leptitanos, desde el principio de la guerra de Jugurta, habían acudido primero al cónsul Bestia y después a Roma a solicitar nuestra alianza y amistad; y obtenida, siempre se mantuvieron firmes y leales, haciendo con la mayor prontitud cuanto Bestia, Albino y Metelo les mandaron. Por esto no hubo dificultad en que el general les concediese lo que pedían; y, en efecto, se les enviaron cuatro cohortes de ligures y a Cayo Anio por su gobernador.

Fundaron esta ciudad los sidonios, que, según es tradición, huyendo de su patria por las discordias civiles, aportaron con sus naves a aquellas playas. Su asiento está entre dos bajíos, llamados sirtes por los efectos que causan, porque vienen a ser dos ensenadas que el mar forma cerca del confín del África y del Egipto, y aunque en grandeza desiguales, la naturaleza de ambas es la misma; el mar cerca de las riberas muy profundo; en lo interior lo es más o menos, según lo da el caso, y en partes vadeable en tiempo de borrascas, porque cuando comienza a engrosarse y embravecerse, las olas llevan tras sí el légamo, la arena y peñascos grandes, y de esta suer-

te, según es el embate de los vientos, mudan de aspecto aquellos mares. Llámense estos bajíos sirtes, porque atraen. El lenguaje antiguo de los leptitanos estaba muy alterado por el comercio y matrimonio con los númidas; no así sus leyes y costumbres, que por lo común eran sidónicas, y las retuvieron fácilmente porque vivían lejos de donde el rey mandaba. Entre este pueblo y la Numidia habitada no había sino tierras incultas y desiertas.

Pero, pues nos han traído acá las cosas de los leptitanos, no será extraño que yo cuente una ilustre y memorable hazaña de dos cartagineses, que la ocasión me ha hecho venir a la memoria. Cuando los de Cartago poseían lo más del África, fueron también grandes y opulentos los de Cirene. Había entre estas dos ciudades una campaña arenosa y de un aspecto igual, sin río ni monte alguno que pudiese distinguir los límites de cada una, lo que ocasionó entre el grandes y prolongadas guerras. Pero al fin, después de varias batallas y derrotas de ambas partes por mar y tierra, y que unos y otros quedaron algo quebrantados, temiendo que si sobrevenía un tercero se apoderase de los vencidos y vencedores ya cansados, hacen en tiempo de treguas el acuerdo «de que en cierto día y hora salgan dos de cada pue-

blo y el lugar donde se encontraren sea el común lindero de ambos. Envían los de Cartago dos hermanos, llamados Filenos, los cuales se dieron gran prisa en caminar; los de Cirene no fueron tan diligentes, lo que si fue descuido o casualidad no he llegado yo a averiguar. Lo cierto es que en aquellos lugares suelen las tormentas detener a los que caminan, no menos que en el mar, porque arreciendo el viento en las campañas llanas y peladas, levanta del suelo las arenas, y éstas, como si fueran disparadas, llenan la boca y ojos de los caminantes y embarzándoles la vista los detienen. Viendo los cirenenses que habían perdido algún terreno y temiendo que a su vuelta serían por ello castigados, acusan a los de Cartago de que han salido antes de la hora aplazada y tiran a embrollar el negocio, dispuestos a pasar por todo, antes que volverse vencidos a su patria. Pero diciéndoles los cartagineses que propusiesen cualquiera otra condición, con tal que fuese razonable, danles los de Cirene a escoger, «que o bien los de Cartago han de ser enterrados vivos en aquel sitio, puesto que quieren sea el término de su pueblo, o si no, que ellos pasarán adelante Filehasta donde quieran bajo la misma condición. Losnos, aceptado el partido, sacrificaron sus vidas por la re-

pública, y fueron allí enterrados vivos, en memoria de lo cual los cartagineses dedicaron en aquel lugar aras a los dos hermanos, y en Cartago les hicieron otros honores. Vuelvo ahora a mi propósito.

Jugurta, perdida Tala, viendo que nada había que pudiese resistir a Metelo, vase acompañado de pocos, y atravesando unos desiertos grandes, llega a los gétulos, gente fiera y sin cultura alguna, que ni tenía entonces noticia del nombre romano; junta gran número de ellos y los va poco a poco acostumbrando a escuadronarse, a seguir las banderas, observar disciplina y hacer otros ejercicios militares. Gana además de esto con grandes dones y mayores promesas a los confidentes del rey Boco; y habiendo por su medio logrado introducirse con él mismo, le induce a que tome las armas contra los romanos. Esto fue llano y fácil de conseguir, por haber ya Boco en el principio de estas revueltas enviado a Roma sus mensajeros solicitando nuestra alianza y amistad, cuya conclusión (que hubiera sido muy del caso para la guerra) estorbaron algunos pocos, ciegos de avaricia y acostumbrados a hacer granjería de todo, bueno y malo. Concurría también el haber casado antes Jugurta con hija de Boco, pero de este parentesco no se hace grande aprecio entre los nómadas y

moros, porque cada uno, según sus facultades, mantiene cuantas mujeres puede, quien diez, quien más, pero los reyes en mucho mayor número; y de esta suerte, dividido el afecto entre muchas, ninguna es reputada por compañera individua de la vida; todas son igualmente tenidas en poco.

Júntanse, pues, los ejércitos de los dos reyes en el lugar que habían aplazado; y, dadas mutuamente las seguridades, inflama Jugurta con una arenga el ánimo de Boco, diciéndole: «que los romanos son injustos, avarientos sin término y comunes enemigos de todos; que el mismo motivo tienen para hacer guerra a Boco que a él y a las demás gentes; es, a saber, su antojo de mandar y su aversión a toda soberanía; que entonces guerreaban con él, poco antes habían guerreado con los cartagineses y con el rey Perseo y despues harían lo mismo con cualquiera otro, sólo porque les pareciese muy poderoso. De resulta de éste y otros discursos semejantes determinan ir a Cirta, donde Metelo había depositado el despojo, los cautivos y el bagaje, creyendo Jugurta que si se tomaba la ciudad, sería de grande importancia; y si Metelo intentaba socorrerla, vendrían a las manos, porque, como tan astuto, ponía toda su

mira en que Boco rompiese presto con los romanos, no fuese que si lo difería abrazase otro partido.

Metelo, sabida la alianza de los dos reyes, no se presentaba ya sin precaución al enemigo, ni le daba lugar de pelear en cualquier parte, como acostumbraba hacer, después de haberle tantas veces vencido, sino que los espera no lejos de Cirta en sus reales bien fortificados, creyendo que sería mejor tantear primero a los moros para pelear después ventajosamente con este nuevo enemigo. Entretanto sabe por cartas de Roma, que se había decretado a Mario la Numidia, porque de lo del consulado tenía ya noticia. Con esto, apesadumbrado más de lo que era justo y correspondiente a su decoro, ni podía contener las lágrimas, ni refrenar su lengua, y siendo, como era hombre grande en todo lo demás, mostró en este accidente menos constancia que debiera. Esto lo atribuían unos a soberbia, otros decían que su buen natural se había inflamado por la afrenta que se le hacía, y muchos que era porque se le arrebatava la victoria que tenía ya en las manos. Yo sé bien que le atormentó aún más el honor que se había hecho a Mario que su particular injuria, y que hubiera sido menor su sentimiento si la provin-

cia de que le separaban se hubiera dado a cualquiera otro.

Embargado, pues, Metelo de la pesadumbre y porque hubiera sido necedad cuidar con riesgo propio de la hacienda ajena, envía mensajeros a Boco pidiéndole «que no quiera sin causa alguna hacerse enemigo del pueblo romano; que le será muy fácil obtener su amistad y alianza, la cual sin duda alguna le estará mejor que la guerra; que por confiado que esté de sus fuerzas, no es prudencia dejar lo cierto por lo incierto; que las guerras se emprenden fácilmente, pero no se acaban sino con gran dificultad, por no pender de uno mismo el fin que el principio de ellas; que provocar puede aún el más cobarde, pero hacer la paz está en mano del vencedor; y así, que mirase por sí y por su reino y no quisiese mezclar sus cosas florecientes con las de Jugurta desesperadas. Boco respondió a esto cortésmente «que él deseaba la paz, pero que se compadecía de la desgracia de Jugurta; que si a éste se le diese el arbitrio que a él, todo se compondría. De nuevo Metelo le envía su embajada para satisfacer a esta demanda, y el rey se convenía en algunas cosas, pero rehusaba otras. Do esta suerte, yendo y viniendo mensajeros,

se iba pasando el tiempo y en la guerra nada se innovaba, que era el designio de Metelo.

Mario en Roma, que, según dijimos, había sido hecho cónsul con tanto aplauso y aclamación de la plebe, después de haberle el pueblo decretado la Numidia, explicó más y con mayor desenfreno su antiguo aborrecimiento a la nobleza, ultrajando en particular y en común a muchos, y diciendo a cada paso: «que su consulado era el despojo de la victoria que había conseguido de los nobles, con otras expresiones jactanciosas hacia sí y para ellos MUY amargas. Entretanto su primer cuidado era el disponer lo necesario para la guerra, pedir que se le completasen las legiones, solicitarlos socorros de los reyes, de los pueblos y de los confederados. Convidaba además de esto a cuantos había esforzados en el Lacio, que la mayor parte eran sus conocidos por la milicia, pocos sólo por fama; y a fuerza de ruegos y promesas obligaba aún a los que estaban ya jubilados a que le acompañasen. Ni el Senado, aun siéndole contrario, se atrevía a negarle nada, y en lo del suplemento de las legiones vino muy gustoso; porque como sabía que la plebe rehusaba ir a la guerra, se figuraba que o no habla de hallar Mariogente para ella o el vulgo, si quería obligarle, le perdería la

afición. Pero no sucedió así; tal era el deseo que tenían los más de acompañar a Mario, prometiéndose cada uno se haría rico con los despojos de la guerra y que volvería a su casa victorioso. Con tales pensamientos se lisonjeaban; y sobre esto Mario los había acabado de envanecer con una arenga que les hizo. Porque habiendo obtenido cuanto pedía, y estando para alistar la gente a fin de animarla y dar quesentir a la nobleza, según su costumbre, juntó al pueblo y le habló de esta suerte:

«Sé bien, ¡oh quirites!, que por lo regular es muy otra la conducta de los que os piden los empleos que la que observan después de haberlos conseguido; que al principio se muestran officiosos, tratables, contenidos, pero después pasan la vida entregados al ocio y la soberbia. Yo pienso muy de otra suerte, porque cuanto es de más consideración el todo de la república que el consulado o la pretura, tanto debe ponerse más cuidado en la administración de aquella que en la solicitud de estos empleos. Conozco asimismo el gran peso que habéis puesto sobre mí, con haberme hecho el mayor honor que podíais; que debo hacer la guerra, sin llegar, si se puede, al erario; obligar a que militen aquellos a quienes en nada quisiera disgustar; atender a todo en Rorna y

fuera; y haber de hacer esto, estando rodeado de gentes que me aborrecen, que se oponen, que todo lo alborotan, creed, quirítes, que es más difícil de lo que parece. Añádese, que a otros, si delinquen, su antigua nobleza, los hechos de sus mayores, el poder de sus deudos y allegados y los muchos a quienes han favorecido, los sostienen.. Yo no tengo más esperanza que en mí mismo; y así es preciso mantenerla con mi valor y conducta, porque todo lo demás es muy endeble. También sé, ¡oh quirítes!, que toda Roma tiene puestos en mí los ojos; que la gente de bien me favorece, porque ve que mi proceder trae gran cuenta a la república; que, por el contrario, la nobleza busca portillo por donde entrarme. Por lo mismo, debo yo insistir con más empeño en que vosotros no quedéis burlados y ellos en vano se fatiguen. Tal me he portado desde mi niñez hasta este punto, que no hay trabajo ni peligro a que no esté acostumbrado. Lo que he hecho, pues, de mi buen grado, antes de estaros en tanta obligación, no hayáis miedo, quirítes, que deje de hacerlo después del honor que he recibido. Para aquéllos es difícil contenerse en los empleos, que por la ambición de alcanzarlos se vendieron por buenos; en mí, que he pasado toda mi vida en las más nobles ocupaciones,

la costumbre de bien obrar ha venido ya a ser naturaleza. Habeisme mandado hacer la guerra a Jugurta, lo que la nobleza ha llevado muy mal. Reflexionad OS ruego, si sera mejor revocarlo y que encarguéis un negocio de esta naturaleza a alguno de aquel corrillo de nobles, quiero decir, a uno de linaje antiguo y que tenga muchas estatuas de sus mayores, pero que jamás haya militado; para que puesto en él se turbe, se apresure sin saber qué hacerse y eche mano del primero que encuentre para que le enseñe su oficio. Así sucede muchas veces, que a quien vosotros habéis cometido el mando, busca otro que le mande a él. De algunos sé yo, ¡oh quirites!, que después de cónsules comenzaron a leer los hechos de nuestros mayores y la disciplina militar de los griegos; hombres que todo lo invierten. Porque aunque en el orden del tiempo, primero es lograr un empleo que ejercerle, el modo de portarse bien y provechosamente en él, debe saberse antes. Comparad, pues, ahora, quirites, a un hombre de fortuna, cual yo soy, con la altanería de estas gentes. De lo que ellos suelen leer u oír, parte he visto, parte he ejecutado por mí mismo; lo que ellos leyendo, yo lo he aprendido militando; juzgad, pues, ahora si han de estimarse más las obras o las palabras. Desprecian en mí la

falta de nobleza; yo en ellos la sobra de flojedad; a mí se me echa en cara mi nacimiento; a ellos sus maldades; bien que, según entiendo, la calidad es una y general en todos, y el que tiene más valor ése es el más noble. Y si no, si se pudiese hoy preguntar a los padres de Albino y Bestia, a quién quisieran más tener por hijo, a mí o a ellos, ¿qué creéis que habrían de responder sino que querrían por hijos los mejores? Si tienen, pues, razón para despreciarme a mí, desprecien también a sus antepasados, cuya nobleza, así como la mía, comenzó en ellos por su valor. Si me envidian el honor que tengo, envidien también mis trabajos, mi conducta y los peligros en que me he visto, pues por tales medios lo he adquirido. Pero estos hombres corrompidos por su soberbia, así viven como si no quisieran vuestros empleos, y después Así los solicitan como si hubieran vivido bien. Mas ¡ah, cuánto se engañan, creyendo que pueden lograr juntas dos cosas tan repugnantes entre sí, como son el deleite de la ociosidad y el premio de la virtud! Y tienen aún valor cuando arengan en vuestra presencia o en el Senado para ensalzar prolijamente a sus mayores, creyendo que la memoria de sus grandes hechos les hará a ellos más ilustres, lo que es muy al contrario. Porque

cuanto la vida de aquéllos fuese más esclarecida, tanto es más reprehensible la pereza de éstos. Y en la realidad ello es Así; la gloria de los mayores es para sus descendientes una antorcha que no permite que sus virtudes ni sus vicios estén ocultos. Yo nada de esto tengo, ¡oh quirites!, pero puedo referir mis hazañas, que vale mucho más. Ved, pues, cuán injustos son, que lo que se atribuyen ellos a sí por la virtud ajena, no quieren concedérmelo a mí por la propia. ¿Y por qué? Porque no tengo en mi casa estatuas y porque mi nobleza es de ayer; siendo cierto que es mejor adquirírsela uno por sí mismo que haber corrompido la que heredó. Ni ignoro que si quieren satisfacerme, tendrán a mano una oración, copiosa y limada. Mas puesto que toman ocasión de la gran merced que me habéis hecho para despedazar en todas partes con dieterios vuestro honor y el mío, no me ha parecido razón callar; no haya quien atribuya mi silencio a remordimiento o culpa. A mí en la realidad, según me siento, nada de cuanto digan puede dañarme; porque si hablan verdad, han de hablar bien; si no, los desmentirá mi vida y mis costumbres. Pero vosotros, cuya resolución de haberme honrado y puesto a mi cargo el negocio de más peso, se acusa igualmente, pensad una y otra

vez si convendrá revocarla. Porque a la verdad yo no puedo presentar en abono mío estatuas ni triunfos, ni consulados de mis mayores; pero si fuere necesario presentaré lanzas, banderas, jaeces y otros dones militares; y además de esto heridas recibidas pecho a pecho. Estas son mis estatuas, ésta mi nobleza, no como ellos la tienen heredada, sino adquirida a costa de grandes trabajos y peligros. No son mis palabras aliñadas, ni hago de esto caso; harto se descubre la virtud por sí misma. Ellos sí que necesitan de artificio para encubrir sus maldades con arengas estudiadas. Ni tampoco he aprendido la lengua griega, ni querido perder en ello el tiempo, porque veía que los que la sabían no por eso fueron mejores. Lo que si he aprendido cuidadosamente es lo que importa más a la república: herir al enemigo, ganar o defender una plaza, no temer otra cosa alguna sino la infamia, sufrir igualmente el frío y el calor, dormir en el suelo y luchar a un mismo tiempo con el hambre y el trabajo. Con este ejemplo animaré yo a los soldados; ni los trataré a ellos mal y a mí con opulencia, ni convertiré en alabanza mía su trabajo. Éste es el gobierno útil y el propio de un ciudadano; porque regalarse un general y tratar con rigor a sus soldados no es portarse según su oficio,

sino como dueño absoluto. Por estos y otros tales medios, ¡oh quirites!, se engrandecieron vuestros mayores a sí mismos y a la república, y apoyada en ellos la nobleza, sin embargo, de lo desemejante de sus costumbres, me desprecia a mí, que procuro imitarlos, y os pide los empleos, no como recompensa del mérito, sino como cosa debida a su nacimiento. Pero en esto los engaña mucho su vanidad. Sus mayores les dejaron cuanto pudieron: riquezas, estatuas y una clara memoria de sí mismos; virtud no les dejaron, ni podían. 2sta sola es la que ni se regala, ni se hereda. Dicen de mí que soy hombre rústico y sin cultura, porque no pongo una mesa con primor, ni mantengo truhanes, ni doy más salario al cocinero que al que cuida de mis labranzas, lo que yo os confieso de buena gana, quirites. Porque oí a mi padre y a otros graves varones, que estas delicadezas son propias de mujeres y el trabajo de hombres; que la gente de bien debe tener mayor caudal de gloria que de riquezas, y que sus armas, no los muebles preciosos, han de ser su principal adorno. Hagan, pues, en hora buena lo que les place y en lo que tienen puestas sus delicias: amen, beban, pasen su vejez donde tuvieron la juventud, esto es, en banquetes, entregados a la gula y a la lascivia, y de-

jen para nosotros el sudor, el polvo y los trabajos, que nos son más suaves que las viandas delicadas. Pero no es esto lo que quieren, sino, después de haber manchado vergonzosamente su honor con mil infamias, solicitan quitar de las manos los premios a los buenos. De esta suerte, contra toda razón y justicia, los que se abandonaron a los detestables vicios de la pereza y de la lujuria, nada pierden por ello, y quien viene al fin a pagarlo es la república inocente. Ahora, pues, que he satisfecho a los cargos que los nobles me hacen, aunque no según merecían sus maldades, sino según lo llevan mi moderación y genio, diré algo de lo que pertenece a la república. Lo primero, en cuanto a la Numidia, buen ánimo, quirites, pues lo que hasta ahora ha sido favorable a Jugurta, quiero decir, la avaricia, la ignorancia del arte militar y la soberbia, lo habéis todo apartado de vosotros. El ejército que allí tenéis es práctico del terreno y valeroso, aunque a la verdad no igualmente afortunado, por haber la codicia o temeridad de sus capitanes quitádole gran parte de su fuerza. Y así vosotros, que estáis en la flor de la edad para las armas, esforzaos conmigo y tomad a vuestro cargo la defensa de la patria, sin que en manera alguna os acobarde la desgracia ajena o la soberbia de los pa-

sados generales. Yo, yo estaré siempre a vuestro lado en las filas y en la batalla, por vuestro consultor y compañero en los peligros; ni cuidaré más de mí que de vosotros. Y a la verdad, mediante el favor de los dioses, tenemos a la vista la victoria, la presa y la alabanza, lo que, aunque no fuese así y estuviese muy remoto, sería justo que los buenos ciudadanos socorriesen a su república. Nadie hasta ahora por cobarde evitó la muerte, ni padre alguno ha deseado que sus hijos fuesen eternos, sino que fuesen buenos y viviesen con honor. Más dijera, ¡oh quirites!, si las palabras diesen valor a los medrosos; para los esforzados creo que baste.

Mario, acabada su oración, viendo que la plebe estabadispuesta y animosa, embarca sin perder tiempo el bastimento, la paga militar, las armas y lo demás que cree conveniente, y hace partir con ello a Aulo Manlio, su legado. Entretanto alistaba gente, pero no según la costumbre de los mayores, ni precisamente de las clases, sino según se le presentaba cada uno; y aun de los que por no tener bienes pagaban tributo por sus personas. Esto decían unos que se hacía a falta de buenos; otros lo atribuían a ambición del cónsul, por ser esta gente a quien debía su fama y sus aumentos; y para el que aspira al

mando, nadie es más a propósito que el más necesitado, porque quien no tiene, nada aventura, y como haya ganancia de por medio, todo le parece bien. Mario, pues, habiéndose embarcado con alguna más gente que se le había concedido, llegó en pocos días Útica, donde el legado Publio Rutilio le entregó el ejército, porque Metelo había evitado el encuentro de Mario, por no ver por sus ojos lo que ni por relación había tenido valor para sufrir.

Pero el cónsul, después de haber completado las legiones y las cohortes auxiliares, encaminase a una campaña fértil y llena de despojos, y concede toda la presa a los soldados. Asalta después de esto algunas villas y ciudades poco fortalecidas por su sitio o por falta de guarnición; tiene varios choques y otras ligeras refriegas con el enemigo en diferentes partes, con lo que los bisoños iban perdiendo el miedo y echaban de ver que los que huían eran regularmente presos o muertos, y al contrario los más esforzados los que mejor libraban; en suma, que con las armas se aseguraba la libertad, la patria, las familias y cuanto había, y que por su medio se adquiriría gloria y riqueza. De esta suerte en breve tiempo nuevos y veteranos se incorporaron, haciéndose todos iguales en valor. Los reyes por su parte, cuando supieron la

llegada de Mario, fuéronse cada cual por su lado a lugares fragosos y ásperos. Éste fue consejo de Jugurta, el cual creyó que dando algún tiempo a los enemigos se derramarían y podrían ser asaltados, porque se figuraba que los romanos, depuesto el primer miedo, andarían, como regularmente sucede, más libres y con menos disciplina.

En este tiempo Metelo, que había partido para Roma, fue, contra lo que esperaba, recibido en ella con las mayores demostraciones de alegría, no sólo de los nobles, sino también de la plebe, que igualmente le amaba, después que cesó el motivo del disgusto. Pero Mario observaba a un mismo tiempo con gran cuidado y prudencia sus cosas y las del enemigo; instruíase en lo que se hallaba, bueno y malo, en ambos ejércitos; exploraba las marchas de los reyes; preveníase contra sus designios y asechanzas, sin permitir que hubiese el menor descuido en su campo, ni un momento de seguridad en el del enemigo. De esta suerte en varias ocasiones acometió y derrotó a los gétulos y a Jugurta, al volver de sus correrías en tierra de nuestros confederados, y al mismo Jugurta le obligó, no lejos de Cirta, a que arrojase las armas por salvarse. Pero conociendo que esto sólo le conciliaba crédito, mas no era parte

para acabar la guerra, resuelve ganar o atraer a su partido una a una las ciudades que por su gente o su situación eran para él de estorbo y de gran ventaja para los enemigos; persuadido a que Jugurta perdería el apoyo de aquellas plazas si no acudía al socorro o vendría con él a las manos, porque Boco le había enviado varias veces a decir «que quería ser amigo del pueblo romano, y así que no temiese por su parte hostilidad alguna. Si esto fue fingimiento para hacernos más daño dejándose caer de improviso, o ligereza y facilidad suya en abrazar la paz o la guerra, no puedo asegurarlo.

Pero el cónsul, según había resuelto, se presentaba delante de las ciudades y lugares fuertes, y parte por las armas, parte con promesas o amenazas procuraba apartarlos del enemigo, sin querer al principio empeñarse en cosas de consideración, creyendo que Jugurta, por defender a los suyos, vendría con él a batalla. Pero cuando supo que estaba lejos de allí, y que entendía en otros negocios, juzgó que era ya tiempo de emprender cosas mayores y de más dificultad. Había entre unos desiertos grandes una ciudad populosa y fuerte, llamada Capsa, fundación que decían ser de Hércules Líbico. Sus habitantes eran libres de tributos y tratados por Jugurta con

blandura, por lo que estaban en concepto de muy fieles. Defendíanlos del enemigo, no sólo sus murallas, sus armas y su gente, sino aún más que esto lo inaccesible de aquel sitio, porque a excepción de los contornos de la ciudad, todo lo demás estaba yermo, inculto, falto de agua e infestado de serpientes, cuya actividad, como sucede en las demás fieras, es mayor cuando les falta el pasto, pero más en las serpientes, porque nada irrita tanto su natural ponzoña como la sed. Tenía gran deseo Mario de hacer esta conquista, ya por lo que conduciría para acabar la guerra, ya porque era empresa muy ardua. Contribuía también el haber Metelo con gran gloria suya conquistado a Tala, que en el sitio y fortificación no era desemejante; sólo que en Tala había algunas fuentes cerca de sus muros, y en Capsa no había sino una, y ésa dentro de la ciudad, cuya agua bebían los vecinos, sirviéndose de la llovediza para los demás usos. Esta escasez de agua, así en aquel sitio, como en el resto del África distante de la costa y menos habitada, para los númeras era llevadera, por ser su ordinario alimento leche y carne de fieras, sin sal ni condimento alguno que irritase la gula, y por servirles sólo la comida de reparo contra el hambre y la sed, no de fomento al apetito ni al deleite.

El cónsul, pues, aunque sabía todas estas cosas, confiando, a lo que yo juzgo, en el favor de los dioses (porque a la verdad, contra tantas dificultades no había prudencia humana que bastase, pues comenzaba también a faltarle el trigo, por cuidar más los húmedas de los pastos para sus ganados que de la labor, cuanto se había cogido lo había mandado guardar el rey en lugares fortalecidos, y la campaña estaba en aquel tiempo seca y pelada, por ser el fin del estío), da, sin embargo, sus providencias lo mejor que puede, acomodándose al tiempo; encarga a la caballería auxiliar el ganado que los días pasados se había tomado para que lo guardase y condujese; ordena que Aulo Manlio su legado vaya con la infantería ligera a la ciudad de Laris, donde habla puesto la caja militar y los almacenes, y le ofrece que dentro de pocos días se alargará él hasta allá corriendo la campaña. De este modo, sin manifestar su designio, se encamina al río Tana.

Pero en su marcha iba todos los días repartiendo entre el ejército el ganado por compañías y escuadrones igualmente, y encargaba que de los cueros se hiciesen odres, con lo que a un mismo tiempo suplía la falta de trigo, y sin que nadie lo entendiese, iba previniendo lo que después le había de

servir, de suerte que cuando llegó al río, después de seis días de camino, se había juntado una copia inmensa de odres. Sentados allí y fortificados ligeramente los reales, manda que los soldados coman y estén prevenidos para marchar al ponerse el sol, y que descargando todo el bagaje, lo carguen solamente de agua y ellos lleven también la que pudieren. Después, cuando le pareció que era tiempo, sale de sus reales, y habiendo caminado la noche entera, descansó por el día. Lo mismo ejecutó la siguiente noche; pero en la tercera, mucho antes que amaneciese, llegó a un terreno desigual y caprichoso, que no distaba de Capsa sino dos millas, donde hizo alto con todo el ejército, procurando ocultarse lo más que pudo. Ya que hubo amanecido y que los núbidas, sin el menor recelo del enemigo, salieron en gran copia de la ciudad, manda de repente que la caballería toda y los de a pie más expeditos, vayan a carrera tendida a Capsa y cojan las avenidas de las puertas. Síguelos luego él mismo a gran prisa, sin permitir que los soldados se detengan en el despojo. Visto esto por los ciudadanos, la turbación, el miedo grande, la desgracia imprevista y el ver ya parte de los suyos fuera de las murallas y en poder del enemigo, les obligaron a rendirse. Sin embargo, la

ciudad fue abrasada, los númeridos de catorce años arriba muertos, el resto vendidos, y la presa repartida entre los soldados. Este rigor, contra el derecho de la guerra, no se ejecutó por avaricia, ni otra culpa del cónsul, sino por ser el lugar a propósito para Jugurta, para nosotros de difícil acceso, y la gente de suyo infiel y voluble, a la que hasta entonces ni los beneficios ni el miedo había contenido en su deber.

Después que Mario, sin pérdida alguna de los suyos acabó una empresa tan ilustre, su fama, que ya era grande, comenzó a crecer y ensalzarse sobremedera, de suerte que aun las cosas resueltas con poco acuerdo, como salían bien, se atribuían a su valor; los soldados tratados con blandura y al mismo tiempo ricos con las presas, lo ponían en las nubes; los númeridos lo respetaban por más que hombre mortal; últimamente, confederados y enemigos creían que tenía divino instinto, o que por especial favor de los dioses le salía bien cuanto intentaba. Pero él, acabada felizmente esta empresa, se encamina a otros lugares, toma algunos de ellos, que quisieron resistirle; los más, que por el ejemplar de Capsa, halló desiertos, fueron entregados a las llamas, con lo que todo se llenó de muertes y de llanto. Últimamente, habiéndose apoderado de gran número

ro de pueblos, y de los más sin derramar una gota de sangre, resuélvese a otra empresa no de tantos embarazos, pero de igual dificultad a la de Capsa. No lejos del río Muluca, que era el lindero de los reinos de Jugurta y Boco, se elevaba en medio de una gran llanura un monte formado de peñascos, harto espacioso y sumamente alto, en que había una mediana población, sin másque una entrada muy estrecha, porque todo él era por su naturaleza un precipicio, como si se hubiera hecho a mano y de propósito. Esta conquista deseaba hacer Marió con el mayor empeño, por saber que Jugurta tenía allí sus tesoros, y aunque el pensamiento le salió bien, se debió más a una casualidad que a su prudencia. Porque el lugar estaba muy abastecido de gente, de armas y provisiones, tenía agua viva y no podían abrirse al derredor trincheras, ni levantarse torres ni otras máquinas; el camino sumamente angosto y cortado de un lado y de otro. Ni los manteletes se adelantaban sino con mucho riesgo, y sin fruto alguno, porque apenas se acercaban a la muralla, cuando el fuego y piedrasque arrojaban los sitiados, los abrasaban o deshacían. Tampoco fuera de ellos podían los soldados mantenerse, por la desigualdad del terreno; ni aun cubiertos andaban sin peligro.

Los que querían señalarse, caían luego muertos o heridos, con lo que se aumentaba el miedo de los otros.

Mario, después de haber perdido mucho tiempo y trabajo, andaba vacilante y dudoso si abandonaría la empresa, visto que nada adelantaba, o si permanecería en ella esperando el favor de la fortuna, que tantas veces había experimentado. Pero después de haber muchos días y noches andado inquieto entre estas dudas, sucedió acaso que un ligur, soldado raso de las cohortes auxiliares, habiendo salido de los reales por agua, advirtió no lejos del sitio por donde el lugar se combatía, que serpeaban entre aquellas peñas algunos caracoles, y habiendo cogido uno u otro, y después en más cantidad, embebecido en esto, fue poco a poco subiendo casi hasta lo más alto del monte; y asegurado de que no había por aquella parte gente, púsose, como es natural, a registrar por curiosidad aquel país nuevo. Había por fortuna en el mismo sitio una grande encina entre las peñas, en parte algo inclinada, el resto derecha y erguida, según la naturaleza de todo vegetable. El ligur, asido unas veces a sus ramas, otras a los peñascos que sobresalían algún tanto, forma en su idea muy a su salvo el plano de la fortaleza, porque todo

el pueblo estaba en el opuesto lado atento a los que combatían; y habiendo explorado bien cuanto hizo juicio que después podría conducir, vuelve a bajar por el mismo camino; pero no ya sin cuidado, como a la subida, sino tanteándolo y examinándolo todo. Vase después de esto en derechura a Mario, cuéntale el suceso y le exhorta a que dé un tiento a la plaza por la parte por donde él había subido, ofreciéndose a guiar la gente y acompañarla en el peligro. Mario envía con él algunos de los que se hallaban presentes para examinar su propuesta, de los cuales unos vuelven diciendo que era empresa difícil, otros que no, según que eran más o menos animosos. El cónsul, no obstante esta variedad, entró en alguna esperanza del suceso; y así escoge entre los trompeteros y cornetas del ejército cinco de los más ágiles, dales para su defensa cuatro compañías, mandando que al día siguiente, señalado para la ejecución, estén todos a las órdenes del ligur.

Cuando a éste, según el designio que había formado, le pareció tiempo, dispuesto y prevenido lo necesario, encamínase al sitio. Los capitanes, instruidos por su conductor, habían, junto con la tropa, mudado de armas y vestido: iban con la cabeza descubierta y descalzos para ver más libremente y tre-

par mejor por las peñas; llevaban al hombro sus espadas y los escudos al modo de los númeridos, de cuero, así para evitar peso, como porque hiciesen menos ruidos, si acaso se encontraban. El ligur iba delante, poniendo cuerdas en las peñas y en los raigones viejos de las matas, a fin de que afianzados en ellos los soldados, tuviesen menos dificultad en el subir. Alguna vez daba la mano para ayudar a los que veía temerosos por lo agrio del camino; donde la subida era más difícil, los iba enviando delante uno a uno sin armas; luego subía él con ellas, explorando muy cuidadosamente los parajes de dudoso apoyo; y subiendo y bajando muchas veces, y dejando luego el lugar desembarazado, alentaba a los demás para que subiesen. Al fin, después de una grande y prolija fatiga, llegan a la plaza, que hallaron por aquel lado desamparada, porque toda la gente estaba, como los días pasados, empleada contra el enemigo. Mario, sabido por los avisos que le daban el estado de la empresa, aunque todo el día había tenido a los númeridos ocupados en la defensa, entonces, exhortando a los soldados, preséntase al enemigo fuera de los reparos, formando con los escudos una concha de tortuga, y hace que al mismo tiempo las máquinas y los ballesteros y honderos

disparen desde lejos, para desviar de la muralla al enemigo. Pero los númeridos, como habían ya otras veces trastornado y pegado fuego a los manteletes, no cuidaban de resguardarse con las almenas de la muralla, sino que de noche y aun por el día combatían a cuerpo descubierto, maldiciendo a los romanos, tratando a Mario de loco y amenazando a los nuestros con que serían esclavos de Jugurta; en suma, la prosperidad los había hecho insolentes. Entretanto, cuando estaban más empeñados los romanos y los enemigos en la acción, peleando con el mayor esfuerzo, unos por la gloria y el imperio, otros por la libertad y por la vida, suenan de repente por el opuesto lado las trompetas; y al principio echan a huir las mujeres y los niños, que se habían adelantado para ver el combate; después otros, según estaban más cerca de la muralla, y últimamente todos, armados y desarmados. Visto esto por los romanos, cargan con mayor fuerza y desbaratan a los enemigos; hieren a los más de ellos, sin acabarlos de matar; después, ansiosos de gloria, rompen peleando derecho al muro por encima de los caídos, sin detenerse nadie en el despojo. De esta suerte habiendo la fortuna enmendado la temeridad de Mario, su mismo yerro le concilió alabanza.

Mientras pasaba esto, llegó a los reales con un gran cuerpo de caballería el cuestor Lucio Sila, que se había quedado en Roma para recoger los socorros del Lacio y de los confederados. Pero ya que nos presenta el asunto a un varón tan grande, razón será decir aquí algo de su natural y sus costumbres, pues no hemos de hablar de esto en otra parte, y porque juzgo que Lucio Sisena, que es quien mejor y con más exactitud ha tratado de sus cosas, habló con menos libertad de la que conviene a un historiador. Fue Sila de gente patricia, de una familia casi del todo oscurecida por la flojedad de sus mayores. Sabía igualmente las lenguas latina y griega en el más alto grado; era de grande espíritu, amigo de placeres, pero más de gloria; vivía en tiempo de ocio delicadamente, pero jamás descuidó por eso de lo que estaba a su cargo, bien que en cuanto a su mujer pudiera haberse portado con más decoro. Era afluente, astuto, accesible aquellos que querían su amistad, de una increíble profundidad de ingenio para disimular; daba francamente cuanto tenía, y especialmente el dinero, y con haber sido el hombre más feliz de cuantos se conocieron, jamás fue su fortuna superior a su merecimiento; de suerte que dudaban muchos si era más esforzado o venturoso. Hablo de él

antes de la guerra civil, porque lo que después hizo, no sé si causa más vergüenza o fastidio referirlo.

Sila, pues, habiendo, como se dijo untes, llegado a África y a los reales de Mario con la caballería; siendo así que hasta entonces ignoraba enteramente el arte militar, se aventajó muy presto en su pericia a todos. Llegábase a esto su cortesanía y liberalidad con los soldados, a quienes daba cuanto le pedían y a muchos aun antes; él nada admitía sino con repugnancia, y si admitía, era más puntual en pagarlo que si fuese empréstito, descuidando enteramente de recobrar lo que a otros daba, y procurando a toda costa que le debiesen más. Gastaba chanzas y trataba asuntos serios aun con las gentes más humildes; asistía con frecuencia a los trabajos, a las filas, a las rondas, sin tomar jamás en boca (como suelen hacer los ambiciosos) al cónsul, ni a sujeto alguno acreditado; ni poner la mira sino en que nadie se le aventajase en prudencia ni en valor, y en adelantarse a todos. Por estos medios muy en breve se granjeó la benevolencia de Mario y de los soldados.

Jugurta, después de haber perdido a Capsa y a otros lugares fuertes e importantes, con gran parte de sus tesoros, envía a decir a Boco «que pase

cuanto antes con su ejército a Numidia, que era ya tiempo de obrar: mas viendo que éste lo difería y buscaba pretextos, dudando si abrazaría la paz o la guerra, cohecha de nuevo a sus confidentes y ofrécele la tercera parte de su reino, si se lograba echar a los romanos de África o se ajustaba la paz sin perder nada de sus estados. Inducido con esta promesa Boco, vase a Jugurta con gran número de gente, y juntos los dos ejércitos acometen a Mario, que estaba ya en marcha para tomar cuarteles, cuando quedaba poco más de una hora de día, por parecerles que la cercana noche les servirla de abrigo en caso de ser vencidos, y si salían con victoria, no les sería de estorbo para usar de ella, por ser prácticos del terreno; y que al contrario, los romanos, en uno y otro caso, se habían de hallar muy embarazados con la oscuridad. Lo mismo, pues fue recibir el cónsul los avisos de que venía el enemigo, que tenerlo ya sobre sí; y antes de formarse nuestro ejército y de recogerse el bagaje, en suma, antes que pudiese darse la señal, ni recibirse orden alguna, los caballos moros y gétulos arrójanse sobre los nuestros, no escuadronados ni en forma de batalla, sino a pelotones, según la casualidad los había juntado, y aunque al principio con la impensada alarma lograron

conturbarlos, recobrándose luego y volviendo a su acostumbrado valor, toman las armas para defenderse a sí y dar lugar a que otros las tomasen; parte monta a caballo y va a encontrar al enemigo; de suerte que más que batalla parecía la acción sorpresa de ladrones; infantes y caballos sin orden y sin banderas andaban mezclados y revueltos, matando a unos, hiriendo a otros y cogiendo por las espaldas a muchos que peleaban gallardamente con los enemigos, sin que ni su valor ni sus armas pudiesen defenderlos, por ser éstos superiores en número y hallarse por todas partes. Finalmente, nuestros veteranos aguerridos, y a su ejemplo los nuevos, cuando los juntaba el lugar o la casualidad, formaban un círculo, y así escuadronados y defendidos por todas partes, sostenían el ímpetu del enemigo.

Ni Mario en un conflicto tan grande se amedrentó o mostró menos valor que por lo pasado, sino antes bien, girando por todas partes con su escuadrón, compuesto, no de sus más allegados, sino de los más valerosos, socorría unas veces a los que peligraban, otras rompía por medio de los enemigos donde estaban más apiñados, haciendo con la mano señas a sus soldados para que se animasen, pues en aquella turbación no podían entenderse sus

órdenes. Habíase ya acabado el día y ni entonces aflojaban los bárbaros; antes bien, según les habían prevenido sus reyes, por creer que la noche les sería favorable, cargaban con mayor furia. Mario en aquel estrecho toma su resolución lo mejor que puede; y a fin de que los suyos asegurasen la retirada, ocupa dos collados poco distantes entre sí, de los cuales el uno, aunque no era capaz de todo el ejército, tenía una gran fuente; el otro era muy a propósito para acampar, porque como gran parte de él fuese pendiente y quebrado, necesitaba de poca fortificación. Hace apostar por la noche a Sila junto al agua con su caballería; reúne poco a poco por sí mismo a los soldados derramados, aprovechándose del no menor desorden de los enemigos, y después se retira a todo andar con los suyos al collado. De esta suerte los reyes, no pudiendo seguirle por lo escabroso del sitio, vense obligados a dejar el combate; pero no permiten que sus gentes se alejen; antes bien, cercado con su muchedumbre ambos collados, se alojan esparcidos a la redonda, y después encendiendo muchos fuegos, pasan lo más de la noche en alegrías a su modo con grandes voces y algazara. Hasta los mismos capitanes estaban muy ufanos, y sólo porque no habían desamparado el campo de

batalla se tenían por vencedores. Todo esto que los romanos entre la oscuridad y desde la altura que ocupaban veían claramente, les infundía grande aliento.

Pero en especial a Marío, el cual asegurado de la poca pericia militar de los enemigos, manda observar un silencio profundo y que ni aun toquen las trompetas, según se acostumbraba al mudar las guardias. Después, cuando ya quería amanecer e hizo juicio de que los enemigos estarían cansados y vencidos del sueño, manda que las rondas, los trompetas de las cohortes y legiones y los cornetas de la caballería toquen a un mismo tiempo, y que los soldados con gran gritería salgan de los reales. Los moros y gétulos, despertando repentinamente con tan extraño y horrible estruendo, no acertaban a huir ni a tomar las armas, ni obrar podían, ni dar disposición alguna; de tal suerte los traía desacordados el alboroto y clamor, no menos que la turbación, el terror y espanto, y el ver que de los suyos nadie les socorría, y que los nuestros más los estrechaban. Finalmente, todos fueron desordenados y puestos en huida, sus armas y banderas en la mayor parte tomadas, y el número de los muertos fue mayor en sola aquella batalla que en todas las pasadas,

porque el sueño y el extraño pavor impidieron la fuga.

Mario prosiguió su camino a los cuarteles, que había resuelto tener cerca de la costa, por la comodidad de los bastimientos, sin que la victoria le hiciese descuidar ni ensoberbecerse; antes bien, no de otra suerte que si tuviera a la vista al enemigo, caminaba formando con su gente un cuadro, cuya derecha mandaba Sila con la caballería, la siniestra Aulo Manlio con los honderos, los ballesteros y las cohortes de los ligures; en la frente y la espalda había colocado las compañías ligeras a cargo de los tribunos. Los desertores, gente que no dolía, pero muy práctica del terreno, exploraban el camino de los enemigos. No obstante lo cual, el cónsul atendía a todo como si nada hubiera encargado a otros; hallábase en todas partes; alababa o reprendía a los suyos según el merecimiento de cada uno; no dejaba las armas, ni se descuidaba un punto, obligando con el ejemplo a que hiciesen lo mismo los soldados; cuidaba, no menos que de su marcha, de fortificar su campo en los descansos, encargando la guarda de sus puertas a las cohortes de las legiones, y la campaña a la caballería auxiliar. Ponla además de esto tropa en los fortines de su atrincheramiento; hacia él

mismo las rondas, no por recelo que tuviese de que dejarían de ejecutarse sus órdenes, sino porque viendo los soldados que el general partía con ellos el trabajo, lo hiciesen de buena gana. Y a la verdad, Mario en esta ocasión y en todo el tiempo de la guerra con Jugurta, contuvo en su deber al ejército más por el pundonor que por el castigo; lo que unos atribuían a ambición, otros a que hallaba gusto en la dureza misma a que desde niño se había acostumbrado, y en lo que el vulgo llama trabajos. Lo cierto es que la causa pública anduvo por este medio de blandura tan bien y noblemente administrada como pudiera bajo del gobierno más severo.

Pasados cuatro días, a poca distancia de la ciudad de Cirta, llegan a un mismo tiempo de todas partes los batidores muy apresurados, lo que indicaba acercarse el enemigo; pero como aunque venían por distintos caminos y cada cual por su lado, no decía uno más que otro, dudando el cónsul en qué modo ordenaría su gente, se resolvió al fin a esperaren el mismo sitio y formación que traía, dispuesto para todo acontecimiento. De esta suerte burló la expectación de Jugurta, el cual había dividido en cuatro trozos su ejército, creyendo que alguno de ellos había de dar precisamente con los nuestros

por las espaldas. Sila, que fue el primero a quien los enemigos se acercaron, habiendo animado a los suyos, embiste juntamente con otros a los moros, formando un escuadrón muy apiñado; los demás, firmes en sus puestos, procuraban resguardarse de los dardos que les disparaban desde lejos, y si osaba acercarse alguno, moría luego a sus manos. Mientras peleaba así la caballería, Boco con los infantes que había traído su hijo Vólux y no se habían hallado en la primera batalla por haberse detenido en el camino, embiste la retaguardia de los romanos. Hallábase entonces Mario en la vanguardia, porque Jugurta cargaba mucho por aquella parte; el cual, sabida la llegada de Boco, vase ocultamente con pocos adonde peleaba nuestra infantería y dícele en latín (cuyo idioma había aprendido en Numancia), «que en vano se esforzaba; que Mario poco antes había muerto a sus manos, y mostraba, diciendo esto, su espada teñida de sangre de uno de nuestros infantes, a quien valerosamente acababa de matar. Esto no dejó de asustar a los soldados, más por lo grande de la novedad, que porque diesen crédito al que lo decía; y al mismo tiempo los bárbaros, tomando aliento, estrechaban más a los nuestros ya consternados, de suerte que faltaba poco para ponerse

en fuga, cuando Sila, habiendo derrotado a los que tenía por su frente, vuelve sobre los moros y los acomete por un costado, con lo que rechaza al instante a Boco. Jugurta, que por sostener a los suyos y no querer soltar de las manos la victoria, que casi tenía en ellas, se detuvo; viéndose rodeado de nuestros caballos y que habían muerto cuantos con él estaban, se escabulle solo por medio de los enemigos, resguardándose de sus tiros. Mario entonces, ahuyentaba la caballería enemiga, vuelve en socorro de los suyos, que había oído estaban para ser rechazados. Finalmente, los enemigos fueron deshechos por todas partes. Entonces sí que aquellas dilatadas campiñas presentaban un aspecto horrible; seguían unos el alcance, otros huían; todo era matar y hacer prisioneros; caballos y jinetes por el suelo; muchos ni huir podían por sus heridas, ni dejar de intentarlo, hacer por levantarse y volver a caer luego; últimamente, cuanto alcanzaba la vista se hallaba cubierto de dardos, armas y cadáveres, y los claros que había estaban teñidos de sangre.

Después de esto el cónsul, declarada ya del todo la victoria a su favor, llega a Cirta, adonde se encaminaba desde el principio, y cinco días después de la segunda derrota de los bárbaros, llegan mensaje-

ros de parte de Boco a pedirle «que le envíe dos sujetos de su mayor satisfacción, porque desea tratar con ellos de cosas que le importan a él y también al pueblo romano. Mario manda al instante ir a Lucio Sila y a Aulo Manlio, y aunque iban llamados, pareció conveniente que hiciesen su arenga al rey, bien para disuadirle si le veían poco inclinado a la paz o para confirmarla en su pensamiento, si la deseaba. Sila, pues, a cuya elocuencia cedió Manlio su vez, no obstante que era mayor de edad, habló brevemente de este modo:

«Grande es, rey Boco, nuestra alegría al ver que a un varón, cual tú eres, los dioses han inspirado al fin que quieras más la paz que la guerra, y que no sufras ver manchada tu reputación, permaneciendo aliado con el más perverso de los hombres: Jugurta; con lo que nos libras de la dura necesidad de perseguirte a ti, sin más delito que haber sido engañado, igualmente que a él, que tanto lo merece por sus maldades. Además, que el pueblo romano, aun en los principios, cuando era muy limitado su poder, creyó siempre que debía buscarse amigos antes que esclavos, teniendo por mejor hacerse obedecer por vía de blandura que por la fuerza. Ni para ti puede haber amistad más útil que la nuestra, ya porque es-

tamos muy distantes, con lo que hay menos ocasiones de disgusto y el provecho es el mismo que si estuviéramos cerca; ya porque súbditos tenemos bastantes; amigos, ni a nosotros ni a nadie sobraron jamás. Y ojalá lo hubieras tú sido nuestro desde el principio, que harto más bienes hubieras recibido hasta aquí del pueblo romano que males has tenido que sufrir. Pero ya que la fortuna, árbitra de las cosas humanas, ha dispuesto que experimentases nuestras fuerzas, y que la misma te ofrece ahora nuestra amistad, abrázala, pues te lo permite, sin detención; prosigue como empezaste, procura que tus servicios excedan a tus yerros, ya que tanta oportunidad tienes para ello, y últimamente, fija en tu pecho la máxima, de que al pueblo romano nadie ha vencido hasta ahora en generosidad, toda vez que sabes lo que puede con las armas.

A esto respondió plácida y cortésmente Boco, y juntamente se disculpó algún tanto, con que él no habla tomado las armas para insultar a nadie, «sino por defender su reino, y ,por no poder sufrir que la parte de Numidia, de donde había sido echado Jugurta (la cual le pertenecía por la convención que con él tenía hecha), se devastase; fuera de que habiendo antes solicitado en Roma la paz por medio

de sus mensajeros, no la había podido conseguir; pero que omitiendo cosas pasadas, si ahora Mario lo permitía, enviaría de nuevo sus embajadores al Senado. No hubo dificultad en ello; pero el bárbaro dejóse nuevamente vencer de los ruegos de sus confidentes, a quienes Jugurta, sabida la embajada de Sila y Manlio, y temiendo las resultas de ella, había corrompido con dinero.

Entretanto Mario, dejando acuartelado el ejército, vase con algunas cohortes expeditas y parte de la caballería por tierras desiertas a poner sitio a un alcázar real, donde Jugurta había puesto de guarnición a todos nuestros desertores. Boco entonces, bien que reflexionase lo mal que le había ido en las dos batallas o aconsejado de algunos a quienes no había podido ganar Jugurta, toma de nuevo su resolución, y escogiendo cinco entre todos sus amigos, sujetos de la mayor confianza y destreza en los negocios, mándales que vayan a Mario, y si a éste le pareciere bien, pasen a Roma con facultad de tratar las cosas y ajustar de un modo o de otro la paz. Parten, pues, sin pérdida de tiempo a los cuarteles de los romanos; pero habiendo en el camino caído en manos de unos salteadores gétulos que los despojaron, llegan a donde estaba Sila (a quien el cón-

sul en su ausencia había dejado en calidad de propretor), despavoridos y sin el decoro correspondiente a su carácter. Tratólos Sila, no según merecían, esto es, como a enemigos volubles y engañosos, sino con mucha cortesanía y liberalidad; con lo que los bárbaros depusieron el concepto que tenían de la avaricia de los romanos, y aun llegaron a creer, viendo la generosidad de Sila, que les era amigo; porque aun entonces se conocía poco el dar interesado: a nadie creían dadivoso sino al que quería bien; y así, cuanto se daba, se atribuía a nobleza de corazón. Ábrense, pues, con él, diciéndole a lo que Boco los envía y le ruegan que les favorezca y aconseje; pero sin olvidarse de encarecer cuanto pudieron el poder, la fidelidad y la grandeza de su rey, con otras cosas conducentes para la paz o que podían granjearle nuestra benevolencia. Sila les ofreció cuanto pedían, y habiéndolos instruido del modo con que habían de hablar a Mario y al Senado, esperaron allí como unos cuarenta días a que llegase el cónsul.

Vuelto éste a Cirta sin haber logrado el fin de su expedición, y sabiendo la venida de los mensajeros, dispone que vayan con Sila a hablarle, y que se llame de Utica a Lucio Belieno, pretor, y a cuantos se

hallasen en aquellos contornos, del orden senatorio; oye en presencia de todos la embajada de Boco, y queda acordado que los mensajeros puedan pasar a Roma y que en el entretanto hubiese tregua, como lo pedían. De este parecer fue Sila y la mayor parte de los concurrentes, bien que hubo algunos que con poca reflexión de la inestabilidad de las cosas humanas y de los reveses de la fortuna, lo repugnaron agriamente. Obtenido por los mensajeros cuanto querían, vanse tres de ellos a Roma en compañía de Cneo Octavio Rufón, cuestor, que había pasado a África con las pagas; los otros dos se vuelven para Boco, al cual contaron cuanto les habla pasado en su viaje y especialmente la generosidad y afecto con que los había tratado Sila. A los primeros, después de haber confesado el yerro de su rey por haberse dejado engañar de Jugurta, en punto de la paz y alianza que solicitaban, se les dio en Roma la respuesta siguiente:

«El Senado y pueblo romano conserva siempre la memoria, no sólo de los beneficios, sino también de los agravios que se le hacen. Concede el perdón a Boco, porque está arrepentido de su yerro; la amistad y alianza se le concederá cuando la mereciere con sus servicios.

Sabido esto por Boco, escribe a Mario pidiéndole que le envíe a Sila para tratar con él de los intereses comunes. Pasa éste allá escoltado de algunos infantes y caballos, de los honderos mallorquines, y además de esto de los ballesteros y la cohorte Peligna, armada a la ligera, así para adelantar camino como porque aquellas armas resistían bastante a los dardos y flechas enemigas, que no son sobrado fuertes. Pero después de cinco días que caminaban, aparécese de repente en una llanura Vólux, hijo de Boco, el cual no traía sino mil caballos, pero como venían sin formación alguna y derramados, hacían parecer a Sila y a los suyos que era mayor número y daban algún recelo de que fuese el enemigo. Comienza, pues, cada uno a prevenirse y a requerir y poner a punto sus armas, no sin algún temor, pero siempre con mayor esperanza, como sucede a los vencedores cuando han de pelear con aquellos a quienes en muchas ocasiones han vencido. Entre estas dudas, los de a caballo, enviados a hacer la descubierta, vuelven con la noticia de que eran amigos.

Llegado Vólux, pregunta por el cuestor y le dice «que viene de orden de su padre a recibirlo y a escoltarlo al mismo tiempo. Con esta seguridad cami-

naron juntos aquel y el siguiente día. Pero al caer de la tarde, cuando habían ya sentado sus reales, llégase de repente el moro, demudado el rostro y despavorido, a decir a Sila «que acababa de saber por sus espías que Jugurta estaba cerca, y ruégale con la mayor instancia que se parta de allí con él ocultamente aquella noche. óyelo Sila con enfado y le asegura «que está muy lejos de temer al númida, a quien tantas veces ha vencido; que tiene gran confianza en el valor de sus soldados, y que aunque supiese con certidumbre que había de, perderse, aguardaría allí antes que desamparar traidoramente a los que estaban a su cargo, por conservar, huyendo con afrenta, una vida de incierta duración y que tal vez cortaría muy presto alguna enfermedad. Pero habiéndole después propuesto que a lo menos levantase por la noche el campo, aprueba el pensamiento y manda que los soldados, después de la cena, permanezcan en los reales, enciendan en ellos muchos fuegos, después de lo cual marchan secretamente a la primera hora. El día siguiente, al mismo apuntar del Sol, cuando disponía Sila el acampamento para sus gentes, que venían cansadas de caminar toda la noche, llegan los moros batidores de a caballo con el aviso de que Jugurta se había acampado a distancia como

de dos millas y en un sitio por donde precisamente habían de pasar. Sabido esto por los nuestros, entonces sí que dejaron poseerse del terror, creyendo que Vólux los había traído engañados y vendido, hasta haber quien dijese que se le debía castigar y no dejar una maldad tamaña sin el pago merecido.

Pero Sila, no obstante que recelaba lo mismo que todos, asegura lo primero a Vólux de todo insulto y exhorta a los suyos «a que se porten con valor. Díceles que ya han visto en cuantas ocasiones poco número de soldados valerosos han triunfado de una gran muchedumbre; que cuanto con más desnudo expongan sus vidas, tanto estarán más seguros; que será cosa vergonzosa que hombres con las armas ,en las manos apelen para salvarse a los pies que no las Aienen, y que en la ocasión del mayor peligro vuelvan al enemigo la parte del cuerpo más desnuda e indefensa. Después, llamando a Júpiter por testigo de la maldad y traición de Boco, manda que Vólux, ya que se portaba como enemigo, salga del campo. Éste, todo era disculparse y pedir a Sila con lágrimas «que nada sospechase, que no habla en gaflo, que todo eran astucias de Jugurta, el cual sabía rmenudamente por sus espías cuantos pasos daba, pero que se persuadía que Jugurta, ya por llevar

consigo poca gente, ya porque sus cosas y esperanzas pendían enteramente de su padre, no tendría valor para intentar cosa alguna a las elaras, estando él a la vista. Por tanto, que en su dictamen sería lo mejor atravesar sus reales francamente; que él iría solo en compañía de Sila, enviando delante a sus moros o haciéndolos quedar donde estaban. Pareció bien la propuesta en aquel apuro, y marchando al instante, como su llegada imprevista sobrecogió a Jugurta, mientras dudaba qué resolución tomaría, pasan sin daño alguno y dentro de breves días llegan al lugar a donde se encaminaban.

Trataba mucho y muy familiarmente allí con Boco cierto númida llamado Aspar, a quien Jugurta, desde que supo el llamamiento de Sila, había hecho ir por su enviado, con encargo al mismo tiempo de explorar artificiosamente cómo pensaba el rey. Otro había en su corte llamado Dabar, hijo de Masugrada, de la familia de Masinisa, pero desigual por línea materna, porque su padre era hijo de concubina. Tenía éste por sus prendas mucha cabida en la gracia y estimación de Boco, el cual sabiendo por varias experiencias que era fiel a los romanos, lo envía al instante a decir a Sila: «que estaba dispuesto a hacer cuanto el pueblo romano quisiese; que fijase día,

lugar y tiempo para una conferencia; que en lo que con él había acordado no había mudanza alguna, y así que nada recelase del mensajero de Jugurta; que lo había admitido para tratar con menos embarazo de los intereses de ambos, pues de otra suerte no podía precaverse contra sus asechanzas. Mas yo tengo averiguado que Boco, con trato doble y no por lo que manifestaba en lo exterior, iba entreteniéndolo a los dos partidos con esperanzas de paz; que muchas veces dudó consigo mismo si pondría a Jugurta en poder de los romanos o entregaría a Sila a los nómadas; que su inclinación nos era contraria, pero su miedo favorable.

Sila satisfizo a esto diciendo «que delante de Aspar hablaría poco; que el resto había de pasar en secreto, con ninguno o con los menos testigos que ser pudiese, y al mismo tiempo le instruyó de lo que el rey le había de responder. Llegado el caso de la conferencia en la forma que se había tratado, dice Sila a Boco «que el cónsul lo había enviado a preguntarle si estaba en ánimo de hacer la paz o de continuar la guerra, a lo que el rey, según el anterior acuerdo, respondió que nada había aún resuelto; que volviese dentro de diez días y sabría su determinación. De esta suerte se partió cada uno para su

acampamento, pero después de la medianoche llama Boco en secreto a Sila, sin más testigos de una y otra parte que los intérpretes de la mayor confianza; luego el interlocutor Dabar jura religiosamente a satisfacción de ambos, y el rey comienza así:

«Jamás creí que un rey, cual yo soy, el mayor que en estas tierras se conoce y el más poderoso de cuantos tengo ,)noticia, pudiese estar en obligación a un particular. De mí te aseguro, ¡oh Sila!, que antes de conocerte he ayudado a muchísimos que han implorado mi favor y a otros sin pedirlo, pero que jamás he necesitado a nadie. El no poder ,ya decirlo así, cosa que para otros fuera tan sensible, para mí es de grande alegría, pues el haber yo necesitado alguna vez, me ha producido tu amistad, que aprecio en más que cuanto tengo, como puedes en la hora experimentar. Armas, gente, dinero y cuanto te viniere al pensamiento, todo lo tienes a tu arbitrio; toma, usa de ello según quisieres, y mientras vivas, nunca te des por satisfecho, porque, en mi gratitud siempre se conservará entera la memoria de lo que te debo. En suma, nada apetecerás que no consigas, si llego yo a saberlo, porque en mi juicio, menos vergonzoso es para un rey ser vencido por las armas que en generosidad. Ahora, por lo que toca a la re-

pública, cuyo encargo ha traído acá, te digo en breve: que yo jamás hice, ni quise que otro hiciese guerra al pueblo romano; lo que he hecho es defender mis límites, oponiendo fuerza a fuerza, pero quede esto a un lado. Vosotros, pues lo queréis así, haced la guerra a Jugurta como mejor os parezca. Yo no pasaré jamás el río Muluca, que desde Micipsa ha sido el lindero común de nuestro imperio, ni permitiré tampoco que Jugurta lo pase. En lo demás, si otra cosa quisieres digna de mí y de vosotros, te la concederé gustoso.

A esto respondió Sila muy poco y con gran modestia en lo que miraba a sí, pero en lo tocante a la paz y a la república se alargó mucho, y al fin vino a declararle «que el Senado y pueblo romano no se satisfaría con sus ofertas, pues le obligaba a hacerlas la necesidad y el haber sido vencido; que era menester hacer algo en que se viese más el interés de la república que el suyo, lo que le era muy fácil, pues tenía en su mano a Jugurta; que si lo entregaba, le quedaría el pueblo en la mayor obligación; y la amistad y alianza, juntamente con la parte de Numidia que ahora solicitaba, se le vendrían entonces de suyo a las manos. El rey en los principios lo rehusó muchas veces, «alegando la amistad, el parentesco y

la alianza que con él tenía; y asimismo el recelo de que si faltaba a su fe y palabra, enajenaría de sí los ánimos de sus vasallos que amaban a Jugurta y aborrecían a los romanos. Pero vencido al fin de las instancias de Sila se rinde y le promete hacer en todo según su voluntad, y para fingir que trataban de paz (que era lo que deseaba con la mayor ansia Jugurta, cansado de tan larga guerra) se buscaron algunos coloridos a propósito, y urdido de este modo el engaño, se disuelve el congreso.

Al día siguiente llama el rey a Aspar, enviado de Jugurta, y dícele «haber entendido de Sila, por medio de Dabar, que la paz podría ajustarse mediante algunas condiciones, y así, que explorase la intención de su rey. Aspar vase muy alegre a los reales de Jugurta, y habiéndole éste declarado su voluntad, vuelve con gran prisa después de ocho días a Boco y dícele: «que Jugurta estaba dispuesto a cuanto se le mandase, pero que desconfiaba de Mario, porque ninguno de los acuerdos hechos por él hasta entonces con los generales romanos había tenido efecto; por lo que si Boco deseaba mirar por ambos y que la paz fuese estable y segura, procurase que, so color de tratar de ella, se tuviese una junta en que los tres concurriesen y allí le entregase a Sila; que si él logra-

ba tener en su poder a un hombre de aquella esfera, sin duda el Senado y pueblo romano mandaría efectuar el tratado, por no abandonar a un personaje tan ilustre, que no por cobardía suya, sino por el bien de la república, había caído en manos del enemigo.

Boco, después de haber dado en su ánimo mil vueltas a esta propuesta, ofrece al fin que lo ejecutaría. Si el tardar en resolverse fue ficción o verdadera repugnancia, no puedo asegurarlo; lo cierto es que los deseos de los reyes, por lo mismo que son más vehementes, suelen ser menos estables, y aun a veces contrarios entre sí. Señalado tiempo y lugar para tratar de la paz, Boco llamaba unas veces a Sila, otras al enviado de Jugurta, hablando cortésmente a entrambos y ofreciendo a cada uno que le pondría su enemigo en las manos, con lo que ellos estaban contentos, y al mismo tiempo muy esperanzados. La víspera en la noche del día aplazado para el congreso, llama el moro a sus confidentes; pero mudando repentinamente de parecer, despídelos, y habiendo quedado solo, dícese que estuvo mucho tiempo batallando consigo mismo, demudado el semblante y el color, y atribulado a un tiempo mismo de ánimo y de cuerpo, cuyos ademanes, aun callando él, descubrían su interior agitación. Pero al fin manda llamar

a Sila y por su dirección arma el lazo al númerida. Venido que fue el día y avisado Boco de que Jugurta estaba no lejos de allí, sale, como por hacerle obsequio, con pocos de sus amigos y con nuestro cuestor, a encontrarle hasta un colladito que tenían muy a la vista del que estaban emboscados. Llega a aquel sitio Jugurta con los más de sus parientes y amigos, sin armas, según estaba convenido, y habiéndose dado la señal, embístenle por todas partes los que le esperaban. Cuantos con él venían fueron muertos; Jugurta, atado y entregado a Sila, quien lo condujo a Mario.

Por este tiempo nuestros capitanes Quinto Cépion y Marco Manlio fueron rotos por los galos, cuya noticia hizo estremecer a toda Roma; por lo que ya entonces y hasta nuestra edad solía decirse que todo lo demás era fácil de superar al valor de los romanos, pero que con los galos no se peleaba por ganar gloria, sino por la libertad y por la vida. Mas cuando se supo en Roma que se había concluido la guerra de Numidia y que traían preso a Jugurta, Mario fue reelegido cónsul en ausencia y se le encargó la administración de la Galia. Llegado a Roma, triunfó con grande aplauso en las calendas de enero, primera era de su nuevo consulado, y des-

de aquel tiempo estaban puestas en él todas las esperanzas y la felicidad de la república.